



**SIERVA DE
SU AMOR**

**CONCEPCIÓN MARÍN
ALBESA**

SIERVA DE SU AMOR

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

La niña de ojos esmeraldas miraba con temor como su padre discutía con el recaudador de impuestos intentando evitar que los despojara de sus pertenencias; las cuáles distaban de ser muy numerosas. En realidad, apenas lo básico.

—¡No podéis hacernos esto, Martín! Como sabéis la cosecha ha sido escasa a causa de la sequía. ¡El conde debería comprender! —gritó Gordon.

—A mí no me cuentes tus problemas, viejo. ¿Tienes o no el dinero? ¿No? En ese caso, no te lamente y deja que trabaje —repuso el recaudador.

—¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo es arrebatarle objetos miserables a un pobre?

—Asquerosas o no, pertenecen al amo si no pagas. ¡Seguid! —ordenó con indiferencia Martín.

La multitud se agolpó alrededor. Los muebles, los enseres de cocina y las ropas fueron sacados de la choza siendo esparcidas por el suelo.

—¡Sois unos desalmados! —gritó un anciano blandiendo el bastón.

—¡Unos tiranos! —coreó la gente.

El jinete miró la escena desde la colina y dirigió al caballo hacia el poblado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es este escándalo? —preguntó con voz acerada.

Todos los aldeanos callaron ante la imagen del hombre y se inclinaron en señal de sumisión.

La pequeña de ojos verdes miró al caballero. Nunca había visto tan cerca a Liam Evans y le pareció un gigante subido en el corcel negro como el carbón. Sus ojos del mismo color mostraban frialdad y su rostro desagradable, crueldad.

El recaudador carraspeó nervioso.

—Los Smith no pueden pagar y confiscamos sus cosas, señor. Como ordena la ley.

—¿Y por qué razón permites este alboroto? Sabéis que no me gustan los altercados —dijo con enojo.

—Por lo visto vuestros vasallos no os consideran justo.

El conde paseó su mirada gélida por los presentes.

—Estáis al corriente de que hay que cancelar las deudas. Necesitamos dinero para defendernos de nuestros enemigos. Es lo justo por estar bajo mi protección.

Gordon se inclinó ante su señor.

—Conde, dadme unos días más.

—Te has atrasado un año. Considero que he esperado un tiempo más que prudencial. No puedo prolongarlo —respondió su señor con insensibilidad.

—¿Y qué podéis sacar de estas miserias?

—Absolutamente nada. Pero debo dar ejemplo.

—Siempre he respetado la ley, señor. Incluso os serví en la batalla quedando lisiado de la pierna. Mi honor me impide engañaros. Sin embargo, en esta ocasión las tierras que os cuido no me han ofrecido gran cosa. No tengo dinero. Comprended —insistió Gordon.

—Entiendo, Smith. De todos modos, no puedo perdonar el impuesto.

—¿Vais a permitir que esta niña muera de hambre? Tened compasión. Castigadme a mí, pero no a la pequeña. Tomadla a vuestro servicio. ¡Os lo suplico! —suplicó el campesino.

El conde miró a la niña. Su aspecto era realmente penoso. Su cuerpo era delgado como un

junto y el vestido ajado no contribuía a mejorarla. Únicamente sus ojos verdes ofrecían un poco de belleza a aquel desastre.

—¿Y qué pretendes que haga con ella? —repuso con sarcasmo.

—Puede servirnos. A pesar de su escasa edad es buena cocinera y muy esforzada. No pediremos dinero, señor. Ella cancelará la deuda con su trabajo.

El conde meditó durante unos segundos. No la necesitaba. El castillo estaba bien provisto de personal. Sin embargo, a pesar de su aparente crueldad, no sentía ningún placer en desalojar a esa gente de su casa. Como bien dijo, fue valiente en la guerra. Pero como debía dar ejemplo, decidió aceptar.

—Necesitamos un ayudante en la cocina —dijo lanzando un suspiro.

—¡No os arrepentiréis señor! —exclamó Gordon aliviado.

La niña miró al conde con temor. No quería ir al castillo. Sabía lo despiadado que era con todos sus moradores. Y comenzó a llorar.

—¿Qué pasa ahora, niña? ¿Acaso no te parece justo el trato? Si no dejas de gimotear desistiré y ordenaré que continúen con el desalojo. ¡Os quedaréis sin nada! —dijo su amo con irritación.

Gordon abrazó a su hija con ternura.

—Eleonor, cariño. Cálmate. El señor ha sido muy generoso. En el castillo estarás bien.

—No quiero apartarme de ti, padre —dijo ella enjuagándose las lágrimas con la manga.

—No estaremos separados. Nos veremos a menudo. Hija, tampoco deseo vivir solo. Sin embargo, no puedo alimentarte ni cuidarte como mereces. Además, es un honor vivir con el señor conde.

—Está bien. Pero lo hago obligada —dijo ella mirando con ojos rabiosos al hombre que la tomaba como esclava.

—Niña, te aconsejo que a partir de ahora cumplas todas mis órdenes. Nunca deben discutirse. ¿Comprendido? —dijo él con dureza. Jamás nadie se había atrevido a mirarlo de un modo tan osado —. Bien. Volved a colocar las cosas en la casa. Esta tarde que me envíen a la pequeña.

—Sí, señor. Gracias —dijo Gordon haciéndole una reverencia.

El conde espoleó al caballo con cuidado y se alejó de la aldea con majestuosidad. Era el amo de todos y todo. Había actuado con rectitud y generosidad. Smith podía estar agradecido por permitir que continuase en la choza.

Al llegar la tarde, Gordon tomó a su hija de la mano y se encaminaron hacia el castillo.

—Padre. ¿Por qué no nos marchamos lejos de este lugar miserable? En la ciudad podríamos prosperar. Seríamos libres —dijo Eleonor.

—Hija, no tenemos ni un chelín. Además, todo el país está sufriendo la sequía y las epidemias asolan la ciudad. Tenemos que permanecer aquí. Vamos, no comiences a llorar. Eres afortunada. Muchos darían un brazo por estar en tu situación. Los que están al servicio del amo, por lo menos, comen a diario.

—Seré una presa —musitó ella.

Gordon se detuvo y la miró con seriedad.

—¿Y ahora que eres? Una niña sin dinero, sin nada que llevarse a la boca y si no hubiese sido por la generosidad del conde, sin un techo donde cobijarse. No te quejes y da gracias al Señor.

—¿Qué harás tu? —preguntó Eleonor.

—¡Oh, no debes preocuparte! Sobreviviré —respondió él con gesto que denotaba

despreocupación, a pesar del dolor que le roía las entrañas por esta separación.

2

Eleonor no podía dejar de llorar.

—Cariño. Asume que es lo mejor.

—Padre. Aún estamos a tiempo de irnos.

—No podemos huir. Pertenece al conde y si lo hacemos, nos perseguirían. Lo único que conseguiremos es recibir cien latigazos. ¿Quieres eso?

—Tengo miedo. Dicen que el conde es despiadado.

—Solamente con aquellos que no cumplen con su obligación. Y tú lo harás. ¿Verdad?

Ella aseveró.

—Allí estarás más protegida. Y comerás lo que se te antoje. Incluso carne. ¡Trabajarás en las cocinas! Deja de gimotear. Has tenido mucha suerte, cariño. Ya lo verás. Anda. Vamos. No hagamos esperar al amo.

Abandonaron la mísera choza y caminaron hacia lo alto de la colina, desde donde la fortaleza se asomaba con majestuosidad.

Las murallas del castillo aparecieron ante ellos. Eran imponentes. La puerta estaba protegida por un foso lleno de agua. El puente era levadizo.

El vigía, al verlos, ordenó que elevaran la pasarela. Gordon y su hija entraron en la fortaleza.

Eleonor observó las cuatro torres que se elevaban al cielo.

—Imponentes, ¿eh? Esa de la derecha es la torre del homenaje, donde vive el conde y sus parientes.

Los soldados se ejercitaban en el patio interior. El ruido de las espadas al entrechocar hizo que Eleonor se tapara los oídos. También lo hizo al pasar ante el herrero. En cambio, le parecieron graciosos los corderos recién nacidos en el corral.

—Todo un mundo, ¿eh? —dijo su padre.

Lo era. El patio estaba rodeado de dependencias. La despensa, la capilla, viviendas para trabajadores y otras que permanecían cerradas, y no pudo identificar.

—Seguidme —les ordenó un hombre.

Lo acompañaron hacia la torre principal. Bajo ella se hallaba la cocina.

Una mujer de carnes entradas los recibió en el umbral.

—¿Es esta la niña? Pensé que era mayor. ¿Cuántos años tiene? ¿Ocho?

—Diez, señora —respondió Gordon.

—Por lo esmirriada parece menor —dijo la cocinera mirándola con aprensión. Nunca había visto tanta delgadez ni ojeras.

—Eso no debe preocuparos. Es muy trabajadora y no da problemas —dijo Gordon.

—Así lo espero. Al señor Conde no le agradan los patanes. Y por su bien, espero que me obedezca en todo. Debe adaptarse a los gustos del amo. Yo soy Helen, la cocinera y él, personalmente, me ha dado el mando en la cocina —dijo con arrogancia.

—Eleonor cumplirá con su deber. ¿Cierto, cariño?

Ella asintió. Estaba aterrorizada. Por primera vez en su vida estaría lejos de casa y con extraños, que seguramente no la querrían.

—No pongas esa cara, mocosa. Se te tratará con justicia —dijo la cocinera—. Vamos. Tú, debes irte. He de ponerla al corriente y no queremos moscones que no importunen. El amo está esperando el almuerzo. Despídete.

Gordon abrazó a su hija.

—Recuerda. Se obediente y todo irá bien. Nos veremos pronto.

Con el corazón encogido, dejó a su hija en manos de aquella mujer tan desagradable.

Eleonor miró expectante a la cocinera.

—Entremos. Como he dicho, mi nombre es Helen. Señora Helen, para ti. Te encargarás de limpiar los cacharros y fregar el suelo. En una palabra, deberás mantener la cocina limpia.

—Pensé que... que cocinaría —dijo Eleonor a media voz.

—¿Cocinar? ¡Ja! ¿La habéis oído? ¡Ilusa! Aquí se necesita tiempo para alcanzar mi categoría, mocosa —se burló la mujer.

Eleonor miró a su alrededor. La cocina era gigantesca. Las estanterías estaban repletas cazos, ollas y bandejas. En la chimenea se estaba guisando con tres ollas a la vez. Ocho mujeres se encargaban de las tareas. Unas troceaban el venado, otras limpiaban las verduras y las restantes amasaban la harina para hacer pan. La única que no se encargaba de los alimentos era una niña algo mayor que ella.

—Una cocina espléndida. ¿No te parece? ¡Bien! Como he dicho, eres la fregona. Anda, coge ese cubo y llénalo de agua del pozo. Después, friega el suelo —se burló Helen.

Eleonor cumplió el mandato temerosa. Aquella mujer era despiadada.

—Si quieres vivir tranquila, será mejor que sigas sus instrucciones sin rechistar. Se enoja si alguien la contradice. Y sus castigos no son nada agradables.

Los ojos de Eleonor mostraron terror.

—¡Oh! Siento haberte asustado. La verdad es que apenas lo aplica. Por cierto. Me llamo Pamela.

—Eleonor —musitó la recién llegada.

Pamela bajó la voz.

—Tú friega a fondo y no abras la boca. La discreción es la mejor estrategia. ¿De acuerdo?

Eleonor pensó que no le sería nada fácil su vida a partir de ahora.

Y no lo fue. Durante largos años limpió el suelo y las cacerolas horas y horas, hasta el agotamiento; teniendo que dormir en un miserable catre en los sótanos húmedos y fríos.

Las esperanzas de mejorar se esfumaron al comprender que Helen no la dejaría. Esa vieja bruja parecía odiarla.

Así era. Helen no podía soportar a esa muchacha que, a pesar de las vejaciones, no logró doblegar su carácter dulce que había conseguido que sus compañeros la apreciaran; mientras que a ella la aborrecían.

Y se juró que algún día se doblegaría ante ella.

Eleonor, a pesar de que ya habían transcurrido cinco años al servicio del conde, jamás pisó las estancias principales. Un hecho que no le preocupaba en absoluto. Lo que en realidad deseaba era poder liberarse del yugo que la pobreza la había atado al cuello. Su mayor sueño era irse bien lejos de allí y cada vez que se abría la puerta del castillo, no podía evitar soñar con cruzarla para siempre.

—¿Quién es? —preguntó cuando el jinete se adentró en el patio.

Pamela, que ya había alcanzado la categoría de ayudante principal de la cocinera, dijo:

—El hijo del conde. Lleva años alejado de estas tierras para educarse. Será nuestro señor cuando su padre muera. Y temo que será pronto.

—¿Por qué dices eso?

—Hay rumores de que el amo está muy enfermo. Y viendo como su hijo a abandonado los estudios, pues eso. Iremos de funeral.

—¿Y alguien tan joven llevará estas tierras? —se extrañó Eleonor.

—¡En qué mundo vives! El joven acaba de cumplir dieciocho años. Y es guapo, ¿verdad? El muchacho es el vivo retrato de la difunta condesa. Desde luego, no se parece nada a su padre. Y esperemos que tampoco en su carácter.

Cierto, pensó Eleonor. El chico era muy atractivo.

—Aunque, para mí, el más guapo es Peter. Y esta noche pienso solazarme con él —dijo Pamela, guiñándole un ojo.

—Eso no está nada bien. No estáis casados —opinó Eleonor.

Su amiga se carcajeó.

—¿De verdad eres tan cándida como aparentas?

—No soy idiota, Pamela. Sé lo que ocurre cuando yaces con un hombre.

—Saberlo no es lo mismo que disfrutarlo. Te estás perdiendo algo muy gustoso. ¡Espabila, muchacha!

—Creo que debe existir el sagrado sacramento del matrimonio para hacer eso o es pecado mortal.

—Pues, la mayoría de los mortales arderán en el infierno. Incluso el amo. Por su cama han pasado casi todas las mujeres que habitan en sus dominios.

—¿Tú también? —inquirió Eleonor.

Pamela alzó el mentón.

—Por lo visto no me ha considerado lo suficiente hermosa para metérseme entre las piernas. Pero no sabe lo que se ha perdido. Sé como volver loco a un hombre.

—¿Y eso te humilla? ¡Deberías sentirte afortunada de que no te trate como a una prostituta! Yo espero correr la misma suerte —se escandalizó Eleonor.

Su amiga la miró con tristeza.

—Querida, eres demasiado bonita para que los hombres te ignoren. Tarde o temprano deberás someterte a los deseos de tu amo, si así lo requiere.

—¡Jamás! —jadeó Eleonor.

—Recibirías los castigos más crueles. Y finalmente, cederías. No es inteligente sufrir innecesariamente. Pero no pongas esa cara de terror. Hasta ahora has tenido suerte de que no se haya fijado en ti. Y puede que incluso te libres si la espicha pronto. Lo de que no nos vamos a librar es de la furia de la bruja de Helen si no terminamos pronto las tareas. ¡Vamos a la cocina!

Durante el resto del día, Eleonor no pudo dejar de pensar en la conversación. ¿De verdad tendría que entregar su honra a su amo sin opción a negarse? No lo consentiría.

El miedo se volatilizó cuando la mejor noticia que podía esperar llegó antes del anochecer. El conde había fallecido.

No es que fuese malvada por desear la muerte de nadie. En absoluto. Nunca la deseó. Pero con respecto a ese hombre, se alegraba. Fue cruel y despiadado al separarla de su padre obligándola a trabajar a las órdenes de una mujer espantosa, flagelando a los que consideraba desleales, usando a las mujeres como objetos de placer. Fue un mal hombre. Y esperaba que fuese directo al infierno.

Al funeral asistieron nobles llegados de varios puntos del país. Por lo que, Eleonor tuvo que trabajar hasta la extenuación. No tan solo tuvo que limpiar cada rincón de la cocina. Esa noche Helen la obligó a desplumar faisanes, trocear la verdura y no contenta con ello, recoger y lavar todos los cacharros. Terminó la tarea casi al amanecer. Por ello, aún odió más al viejo conde.

Sin apenas pegar ojo, asistió al funeral.

—Tienes un aspecto espantoso —dijo Pamela.

—¿Qué aspecto tendrías tú si tan solo hubieses dormido dos horas? ¡Odio a esa bruja de Helen!

—Todos, querida. Todos. ¡Mira! Es lady Caroline. La esposa del Barón de Ladmont. ¿No

es hermosa? –suspiró Pamela.

Lo era. Nunca había visto a alguien tan distinguido. Su vestido era maravilloso. Bordado con hilos dorados. Pero lo más asombroso era las alhajas. Piedras rojas como el fuego.

Sin poder dejar de mirar a tan distinguida dama, entraron en la pequeña iglesia. Aquella mañana estaba a rebosar. Nobles cercanos y vasallos del finado no faltaron al servicio religioso.

—No se ve muy afectado al joven Sean –le susurró Pamela.

Eleonor encaminó su mirada violeta hacia el muchacho. Su rostro casi perfecto parecía de granito.

—O disimulaba mucho su dolor o nunca apreció a su padre.

—Más bien lo segundo. El viejo era cruel y perverso.

—Su hijo se ve distinto.

Pamela esbozó media sonrisa.

—Con ese no te importaría meterte en su catre. ¿Eh? La verdad es que es muy atractivo y tiene un cuerpo digno de un dios. Debe tener una potencia excepcional.

—No, claro que no –rebató Eleonor.

—¿Qué no es hermoso o que no gozarías con él?

—No voy a entregar mi virtud a alguien que no sea mi esposo. ¿Queda claro? Y por favor, deja de decir blasfemias. Estamos en la iglesia –remugó Eleonor.

Pamela inspiró. Esa muchacha era realmente cándida. Pronto la vida le enseñaría su crueldad.

Tras el funeral y el banquete posterior a la toma del gobierno del joven Sean, la normalidad regresó al castillo. Aunque en Eleonor algo cambió. No podía resistir la tentación de observar detenidamente al conde cuando salía al patio de armas para entrenar con sus soldados. Le gustaba mirar como se movía, como saltaba, como sus ojos grises de gato se centraban en la flecha y la lanzaba insertándola casi siempre en la diana. Pero lo que más le quitaba el aliento era ver su cuerpo cincelado a la perfección.

—¿Nos estamos enamorando? —se burló Pamela.

Eleonor respingó.

—Por supuesto que no.

—Ya. Y yo me lo creo.

—Te digo que no –insistió Eleonor.

Pero, lo cierto era que, algo en su estómago se removía al verlo. ¿Era amor? Según los trovadores el amor surgía en el mismo instante de ver al ser de nuestros sueños. Pero ella nunca había sonado con un hombre como él. En realidad, nunca soñó con ninguno.

—¿Otra vez en las nubes? Sal al patio y trae agua —le ordenó Helen.

—Señora. Está nevando muchísimo. El frío es espantoso —protestó Eleonor.

—¡Afuera! —rugió la cocinera.

Eleonor abrió la puerta. El viento le golpeó el rostro y su cuerpo, pobremente abrigado, se estremeció. Sin embargo, salió. Debía acatar la orden de esa desalmada. Se acercó al pozo y bajó el cubo que golpeó contra el hielo.

—¡Maldita sea! —masculló impotente.

Izó el cubo apreciando que estaba lleno de hielo y se encaminó hacia la cocina. El viento hizo revolotear sus cabellos dorados, así como la falda dejando ver unas piernas preciosas, que no pasaron desapercibidas para el hombre que tras los cristales la estaba observando.

Eleonor peleó con el vestido y entró en la cocina.

Sean Evans se estaba preguntando quien sería esa joven de piernas largas y bien torneadas. No se había fijado nunca en ella. Claro que, jamás acudía al ala del servicio, ni se encargaba de elegir a los empleados más bajos.

—¿Qué miras con tanta atención? —le preguntó su primo.

—La nieve y a una joven que trabaja en el castillo que no conozco. Tengo el presentimiento que es una preciosidad.

—¿De veras? ¡No puedo creerlo! Jamás has desatendido a ninguna. ¿Acaso pierdes facultades? —se burló su primo.

—Arthur, no puedo estar en todo —rió el joven conde.

—¿Y lo estarás para lady Alice?

Sean arrugó la frente. No le complacía nada que esa mujer llegase. Pero necesitaba un buen enlace y esa dama se lo otorgaría. Era rica y con muchas tierras. Juntas serían el condado más grande del país. No podía eludir el deber.

—Dentro de tres semanas me centraré exclusivamente en ella —respondió con fastidio.

—No lo dices muy satisfecho, primo.

—El matrimonio no entraba en mis planes.

—Ya has cumplido dieciocho. Es hora que sientes la cabeza y pensar en hijos que te sucedan.

—Para eso no necesito casarme —repuso Sean apartándose de la ventana.

—Un bastardo no sería bien visto por el rey. Podría ser impugnado su derecho a la sucesión del condado —le recordó Arthur.

Sean lo miró con aprensión.

—Aún no he muerto, chico.

—Y espero que tardes muchos años. De todos modos, debes pensar en el futuro. Hemos de ser fuertes para enfrentarnos a ese bastardo de Clarke.

El rostro de Sean adquirió un gesto de odio.

—Algún día acabaré con él —juró.

Arthur se acercó al fuego y echó unos leños.

—Por suerte, tu padre, antes de morir, acabó con su descendencia y ahora no tiene heredero. Esta viejo y cansado. Será fácil apoderarnos de su condado.

—Ese será el día más dichoso de mi vida. Y espero que sea pronto —siseó Sean.

—No digas nunca eso ante Alice —bromeó su primo.

—Deja de hablar de esa mujer. Ya tendré que soportarla bastante. Seguramente será fea y gorda. Su hermano aceptó nuestra proposición sin dudar. Por algo malo será.

Arthur alzó los hombros con indiferencia.

—Cuando cruce esta puerta, lo descubriremos. Me voy a la cama.

—Por supuesto. Tú dormirás a pierna suelta porque ninguna responsabilidad te llama.

—A mis quince años, es lo normal —se defendió Arthur.

—No obstante, el deber de aprender sí lo tienes. Mañana, a primera hora, te espero ante mi escritorio.

—¿En serio? Quería ir a cabalgar.

—Mañana seguirá la nieve. Nadie saldrá de estos muros.

Buenas noches, Arthur.

Sean se quedó ante la chimenea. Se sirvió una jarra de cerveza mientras recordó a la muchacha envuelta por la nieve. Su curiosidad se había desatado. Pero muy pronto le pondría remedio. Mañana mismo ordenaría que la trajeran ante él.

Sonrió satisfecho. Aquellos días habían sido realmente duros. La tormenta no le había permitido montar. Necesitaba diversión. Ya estaba harto de las doncellas que calentaban su cama. Esa jovencita sería una novedad agradable. Claro que, tal vez se equivocaba. Su rostro había permanecido oculto por el cabello. ¿Y si era una monstruosidad? Sacudió la cabeza. No. Esa chica tenía que ser bonita. Lo presentía. De todos modos, no tardaría en descubrirlo.

Terminó la bebida y se fue a sus aposentos. La noche era fría y ya no quedaba nadie levantado. No encontraría a nadie que jugara con él una partida de ajedrez. Pero no se privaría de Lucy. Ella haría que la noche se convirtiese en cálida.

4

Helen miró al mayordomo personal del conde incrédula.

—¡No es posible! —exclamó.

—El conde ha ordenado que lleve a la muchacha ante él. ¡Ahora! ¿Dónde está?

Helen lo llevó a la parte trasera. Eleonor estaba arrodillada frotando las baldosas con vigor. Sus cabellos estaban revueltos y su ropa medio rota e impregnada de suciedad.

—El amo desea verte —le dijo el hombre, sin comprender su empeño al ver a la joven desaliñada.

Eleonor miró al mayordomo y empalideció.

—¿Qué pasa? ¡No he hecho nada malo! —gimió con temor.

—Nada has de temer. Sígueme.

Eleonor se levantó y miró a Helen.

—El amo ha dado una orden. Obedece —le dijo mirándola con disgusto. No comprendía

que deseaba el señor de esa muchacha miserable y repugnante.

Eleanor siguió al mayordomo hasta el piso superior.

A pesar del temor, no pudo evitar asombrarse de las maravillas. El suelo era de madera. Una mesa enorme presidía el centro rodeada de sillas y bancos. En las paredes tapices y las ventanas cubiertas por cristales de colores.

—No te encandiles, muchacha. El tiempo apremia.

Eleonor no podía entender la urgencia. Como tampoco que tras tantos años y sin haber efectuado una labor primordial, la requiriesen en los aposentos prohibidos para un vulgar siervo.

Siguió al hombre hasta el segundo piso.

Era el salón, dedujo, donde se recibían a las visitas importantes. En la pared del fondo se encontraba una pequeña escalera de piedra y sobre ella una silla de tamaño considerable. Al igual que en el comedor, había tapices y algún mueble.

Continuaron ascendiendo.

El tercer piso era distinto. Se toparon con un corredor. Era una especie de distribuidor. Había cuatro puertas. El hombre abrió una de ellas. Era un dormitorio.

Allí el lujo era ya desmesurado. El suelo de madera estaba cubierto por una alfombra enorme. La cama, con dosel del cuál caía una tela casi transparente, estaba cubierta por sábanas que parecían tan delicadas que debía ser una delicia deslizarse bajo ellas. Las lámparas parecían de oro y los baúles tan grandes que debían contener un montón de ropajes. Pero lo que más la impactó fue la enorme chimenea que aportaba un calor exquisito.

—Entra —le pidió el hombre.

Una mujer de aspecto agradable le sonrió.

—Pasa. Soy Nora.

Eleonor obedeció.

La mujer arrugó la nariz ante el hedor que desprendía la chica. No llegaba a entender que deseaba el joven conde de ella; puesto que ni era hermosa ni delicada. Pero los hombres eran extraños. Sus deseos, a veces, rayaban lo irracional.

—Desnúdate. Tienes que bañarte —dijo Nora.

Eleanor dio unos pasos hacia atrás. Sus ojos mostraron horror.

—Yo... Nunca me he bañado...

—Se nota. Venga. Quitate el vestido. Son órdenes del amo —la amenazó la mujer.

—Es pecado —musitó Eleonor.

La mujer perdió la paciencia.

—¡¿Qué estupidez es esa?! ¡Desnúdate! ¡Ahora mismo o te arranco la ropa!

Eleonor permaneció paralizada.

—¿Quieres que informe al amo de tu desobediencia?

Eleonor, temblando, obedeció. No quería probar el látigo. Se metió en la tina. El agua caliente le resultó agradable y el jabón perfumado le embotó los sentidos. En verdad era pecado, pues era el placer más delicioso que había experimentado. No le importó infringir la ley de Dios. Se relajó y dejó que la mujer la frotara con la esponja.

—¡Eso es otra cosa! —dijo Nora visiblemente satisfecha cuando la piel sonrosada de la muchacha apareció tras la espesa capa de roña.

—¡Ay! —se quejó Eleonor cuando el peine intentó desenredarle el cabello.

—Eso te pasa por no acicalarte. ¡Apechuga, muchacha!

Cuando terminó de asearla y cepillar el cabello dorado la miró sorprendida.

—Eres muy hermosa, niña. Mírate —dijo dándole un espejo.

Eleonor se miró y le fue casi imposible reconocerse. ¿Esa muchacha de piel de seda y ojos como los prados era ella?

—Ponte esto —dijo la mujer dándole una túnica tan blanca como la nieve.

—¿Dónde está mi vestido? —preguntó Eleonor.

—¿Acaso deseas enfurecer al conde con esos harapos? No seas estúpida, niña. ¡Vístete!
¡Ya!

Eleonor cedió una vez más. No quería ni pensar que haría el amo si lo desobedecía. Había visto con sus propios ojos como un sirviente era fustigado por robar un poco de queso.

—¡Perfecta! —exclamó Nora.

Sentir el tacto suave de la tela sí era perfecto.

—¿Qué hago ahora? —quiso saber.

—Esperar —respondió Nora abriendo la puerta.

—¿A qué?

—Al conde —dijo la mujer saliendo de la habitación.

Eleonor se dejó caer en la silla. El conde no debía querer solazarse con ella. No. Claro que no. Desde que había llegado al castillo apenas lo había visto en dos ocasiones y dudaba mucho que él se hubiese ni siquiera dignado a mirarla. En cambio ella, ante su presencia quedaba hechizada. Ese hombre ejercía un poder extraño sobre su voluntad. Debería odiarlo por ser el hijo de quién era. Por ver su crueldad cuando alguien contradecía una orden suya. Y le era imposible. Lo único que sentía era fascinación.

La puerta se abrió. Sean entró enfundado en una bata.

Eleonor no pudo evitar quedarse sin aliento. El conde estaba más atractivo que nunca. Su belleza era abrumadora. Y así, tan de cerca, aún era más alto de lo que pensó.

Él quedó paralizado al ver a su sierva. Aquella chiquilla había superado sus expectativas. Era muy hermosa. En realidad, la mujer más bella que había visto en su vida. El cabello dorado caía hasta su cintura y hacía resaltar los ojos verdes. Sus labios rojos y carnosos eran una invitación difícil de rehusar. Lo único que no pudo apreciar, por la bata, fue su cuerpo. Pero no importaba. Lo descubriría muy pronto.

Ella, atemorizada, se levantó.

—¿Por qué tiembles? —le preguntó Sean.

Eleonor no contestó. Estaba inmovilizada. Era el señor que tenía poder absoluto sobre sus súbditos y la duda del motivo por el cuál la hubiese requerido, aún la espantaba más.

—Contesta, muchacha— le exigió él.

—Tengo... frío, mí señor —musitó ella cruzando los brazos sobre el pecho.

Sean se sentó frente a ella.

—Acércate al fuego. ¿Cómo te llamas?

—Eleonor Smith, mí señor.

—¿De dónde eres? Nunca te vi.

—Vuestro padre me trajo al castillo hace cinco años. Mi padre le debía dinero y aceptó que saldara la deuda con mí trabajo.

—Creo que no hizo mal trato —dijo él mirándola de arriba hacia abajo con evidente admiración.

Eleonor bajó el rostro. Se sentía avergonzada. Era la primera vez que un hombre la miraba de un modo tan lascivo. De repente sintió pánico. Creyó adivinar sus intenciones y no podría evitarlo. Era su dueño y también el hombre que le aceleraba el pulso. El hombre con el que desearía convertirse en una mujer. A pesar de ello, debía resistir. Su honra era el único valor que poseía. Intentaría convencerlo y puede que fuese magnánimo. Que comprendiese su deseo de llegar inocente al matrimonio.

Sean se levantó y tomándola del mentón la obligó a mirarlo.

—¿Dónde ha estado escondida esta espléndida mujer todo este tiempo?

El rostro de Eleonor se ruborizó.

—En las cocinas, mí señor. Era la ayudante de Helen. Fregaba los suelos y la vajilla.

—Ya no tendrás que hacerlo. No es un oficio digno de tan hermosa muchacha.

—¿Y que haré a partir de ahora? —preguntó ella sin apenas voz.

Él sonrió y dos hoyuelos se dibujaron en sus mejillas. Eleonor jamás lo había visto sonreír y aún le pareció más apuesto que nunca.

—Hacerme compañía. Atenderme en mis necesidades. Eso es todo.

—¿Seré vuestra doncella? —inquirió ella esperanzada.

La pregunta inocente de la muchacha lo hizo reír estrepitosamente. ¿Sería tan cándida como parecía?

—Algo así —contestó.

Eleonor confirmó sus sospechas y un helor espantoso le recorrió la espina dorsal.

—Mí señor. Yo... Yo creo que no podré hacerlo. No sé lo que hacen sus sirvientas. Soy una simple fregona.

—Aprenderás. Te enseñaré —aseguró él.

—Estoy convencida que encontraréis a otra mucho mejor.

—No hay ninguna como tu —dijo Sean acercándose más. Ella retrocedió. El conde

parecía un león al acecho. Su cabello negro brillaba como el azabache y su boca esbozaba una sonrisa maliciosa.

—Mí señor...

—¿A qué temes? No te haré ningún mal. Nunca podría lastimar algo tan bello —susurró acercando las manos a su cuello. Apartó el cabello y le acarició la nuca.

—Es... muy tarde. ¿Puedo irme? —tartamudeó ella.

—¿Irte? No —repuso Sean acercándola hacia su pecho—. Esta noche he decidido complacerme con tu compañía.

—Os lo suplico. Devolvedme a la cocina —gimió ella.

—¿Prefieres ser una fregona a estar a mí lado? —inquirió él alzando una ceja.

—No deseo perder mi virtud. Es la única fortuna que tengo. ¿Qué será de mí cuando vos me la arrebatéis? Ningún hombre querrá casarse con una mujer mancillada por otro —osó decir.

La boca de Sean se curvó en una media sonrisa que le erizó la piel.

—Así que aún eres virgen. Un placer más a añadir a tus virtudes.

—Os lo ruego, mi lord. Dejadme marchar.

Sean endureció el rostro.

—Me perteneces. Eres mi sierva. Aún no has cancelado la deuda y haré lo que considere oportuno para saldarla. ¿Entendido, niña?

—Cinco años soportando a esa bruja de Helen y comiendo las sobras, me parece más que tiempo suficiente para haber abonado el pago —se atrevió a decir Eleonor con tono enojado.

—Yo decido el importe de la deuda que debes saldar. Y el trabajo que has realizado hasta ahora no basta. Me debes aún mucho —gruñó él.

—Pensé que seríais más justo que vuestro padre. Pero veo que sois igual de desalmado que él —le increpó Eleonor.

—Lo soy con aquellos que incurren en delitos. Pero soy generoso con todos aquellos que me complacen. ¿Tú lo harás, verdad? —siseó.

Bajó el rostro y su boca se posó sobre la de Eleonor besándola con dureza, casi con rabia. ¿Cómo se atrevía a rebatirlo? Se arrepentiría de su osadía por preferir seguir fregando a ser su amante.

Cuando él la liberó del beso, Eleonor tenía el rostro arrebatado y sus ojos esmeraldas chispeaban de ira. Él podía ser su amo y el hombre de sus sueños, pero no evitaba que quisiera odiarlo. La habían apartado de su padre y ahora pretendían arrebatarle la virginidad. Lo primero no pudo evitarlo; sin embargo, lo segundo, sí. Lucharía para que ese desalmado no la tomara. Para que la turbación inexplicable que su boca le produjo no mermara su entereza.

—¿Qué ocurre? ¿No te ha gustado? —se burló él al ver su indignación.

—¿Gustarme? ¡Ha sido humillante! Me habéis tratado como a una vulgar mujerzuela —exclamó ella apartándose.

—No eres una dama, niña. Solo una muchacha miserable.

—Eso no significa que deba aceptar esta bajeza —repuso ella con un gesto cargado de dignidad.

—Tu padre te vendió. ¿Lo has olvidado? Eres mi esclava. Me perteneces y puedo hacer contigo lo que me plazca —dijo él con crueldad.

—El conde no le dio otra alternativa.

—Como yo ahora que no te concedo ninguna otra —dijo él tajante.

Ella lo miró con desdén.

—¿Y si me niego?

—No dudaré en ejecutar yo mismo el castigo —dijo ásperamente.

—Os creo capaz. Conozco muy bien vuestra brutalidad. Ordenasteis fustigar a uno de vuestros vasallos por comer un simple trozo de queso. Una falta menor —repuso ella sin amedrentarse.

—Era un ladrón y quien infringe la ley debe recibir su castigo. Así que, ten tiento. Aún no sabes cuán más despiadado puedo ser —afirmó alzándola en el aire.

Eleonor pateó y golpeó su pecho. La tiró sobre la cama y la aprisionó con su cuerpo.

—Hoy serás mía.

—¿Violentándome? —jadeó ella.

—Nunca fue necesario con ninguna. Lo harás con gusto —rió él.

—¡Jamás! Os desprecio. No puedo ser complaciente.

—Entonces, olvidaré la consideración que siempre he tenido con mis mujeres y lo haremos de otro modo —siseó rasgándole la túnica.

—Por favor, no —gimió Eleonor; aún sabiendo que no podría rehusarlo. Porque su fortaleza no era tan inquebrantable como pensaba. Temía al castigo, pero más miedo le produjo descubrir que era incapaz de detestarlo. Solamente podía ser consciente de su belleza, de esos ojos cenicientos como el de los gatos que la miraban con una intensidad que la paralizó. De ese hombre que había conseguido introducirse en su sueños.

—Casi estás en los huesos —murmuró él.

Ella respiró agitada.

—No soy hermosa, mi lord. Disfrutaríais más con otra.

Sean acercó la mano a su mejilla y la acarició con delicadeza.

—Hoy no. Te deseo a ti.

El tono de voz que empleó para decirlo la dejó impactada.

—Veo que comprendes. ¿Aceptas ser complaciente?

Ella, muy a su pesar, asintió.

6

Sean echó otro leño al fuego y regresó junto a ella.

—No te arrepentirás, preciosa —dijo satisfecho.

Eleonor iba a protestar, pero calló. No saldría de ese cuarto hasta que la tomase.

Sean la desnudó. Ella intentó cubrirse con las manos

—No escondas esta maravilla. O lo será cuando te alimente como es debido. Mandaré azotar a esa cocinera por matarte de hambre.

Eleonor al visualizar la fusta golpeando la espalda de esa bruja, sonrió.

—Observo que puedes llegar a ser tan cruel como yo.

—¡Oh, no! Es que... Ella...

—No me apetece hablar sobre esa mujer en estos momentos. Lo único que anhelo es besarte y poseerte por completo.

—Mi lord. No...

Sean gruñó.

—Eres mía. Métete eso en la cabeza de una vez.

Bajó el rostro y mordisqueó sus labios carnosos.

—Os pido otra vez que me respetéis —le imploró ella con ojos húmedos.

—No te quepa la menor duda, preciosa. Seré muy generoso, pues por primera vez antepondré mi placer al tuyo —respondió él besándola con fruición. Eleonor no reaccionaba como era de esperar. Irritado por ello, buscó su pecho e introdujo el pezón en su boca, mientras sus manos inquietas recorrían el cuerpo de la muchacha, comprobando que su piel era suave, tersa como el terciopelo.

Eleonor cerró los ojos. Pero los abrió de inmediato al comprobar que de ese modo las caricias se tornaban más intensas.

—Tranquila, cielo. Seré cortés con tu doncelléz —dijo él al confundir su temblor con el miedo.

—Lo que deseo es que seáis indulgente y me dejéis la honra intacta —musitó Eleonor.

Él soltó una carcajada profunda.

—Compruebo que eres insistente. Pero ya es muy tarde, preciosa. Ya no puedo renunciar a ti.

—En ese caso, tomadme y siempre os recordaré como el hombre que me forzó a convertirme en una prostituta.

Sean acercó la boca a la oreja de su sierva.

—Tú nunca podrás serlo. Porque ningún otro te poseerá. No hasta que yo lo decida —aseguró Sean.

—¿De verdad disfrutaréis tomando a una mujer que yace con vos por obligación?

Él mordisqueó el lóbulo y después, su lengua recorrió el cuello de Eleonor. Ella jadeó sorprendida por el torrente de fuego que llegó hasta su vientre.

—En principio, veo que no sientes intimidación. Todo lo contrario. Te está gustando. ¿Ves como no debías preocuparte, preciosa? Esto solo es el principio. Te aseguro que nunca podrás encontrar a otro que sepa como tocarte.

—No me gusta. Me repugna —logró decir ella.

Él volvió a reír y la acalló con un beso ávido, pero exento de la violencia inicial, explorándola con calma, recreándose. A pesar de ello, Eleonor no correspondió.

—Bésame, Eleonor. Quiero sentir bajo mi cuerpo a una mujer no a una muñeca —le exigió mirándola con sus ojos grises brillantes de deseo.

—No sé como hacerlo —musitó ella.

Sean se ladeó y apoyándose en el codo la miró.

—¿Nunca te han besado? —preguntó con incredulidad.

Eleonor sacudió la cabeza.

La confesión le hizo sentirse aún más incitado por poseerla. Jamás había tenido entre sus brazos a una mujer que no hubiese ya experimentado el placer de otra boca.

—Completamente virginal. Un goce inesperado y grato. Será maravilloso ser el primero —murmuró rozando sus labios con el dedo. Después bajó el rostro y su lengua acarició la carne roja.

Eleonor quiso mantenerse firme. La haría suya, pero tan solo conseguiría indiferencia. Sin embargo, Sean era una tentación aberrante. Era el hombre que la tomaría como a una vulgar ramera y era incapaz de luchar, de intentar salvaguardar su honor. Sentía asco de ella misma. Asco por su reacción vergonzosa ante esas manos que la exploraban sin pudor.

—Dije que te gustaría —dijo él ronco la sentir como la tensión iba desapareciendo.

—No —logró decir Eleonor.

—Mientes muy mal —rió él.

Con lentitud su mano acarició el cuello y después descendió deteniéndose sobre su seno. Se entretuvo deliberadamente hasta que notó el pezón erecto y esbozó una sonrisa al ver la tensión de la muchacha por no ceder al placer que le estaba proporcionando.

—Esto aún será más delicioso —dijo acariciando su vientre.

A pesar de sus intenciones, su cuerpo la desobedeció. Reaccionó de un modo desvergonzado haciéndola lanzar un gemido al sentir un deleite desconocido.

Sean la miró con deseo animal y dejó caer la mano con osadía hasta llegar a su sexo, palpándola con estudiada perversidad.

Eleonor respingo e intentó apartarlo.

—No seas hipócrita. Tú humedad dice que me deseas.

Y continuó torturándola, al mismo tiempo que su boca caliente se recreaba en sus senos, obligándola a perder la cordura, a que lo aceptase y se entregara sin el menor pudor, acompasando con sus caderas las caricias osadas del hombre.

—Os odio —gimió.

—¿Mucho? —preguntó él en apenas un susurro, sin dejar de palparla.

—No sabéis cuanto —replicó ella sin apenas voz.

—Me gusta tú modo de odiar, cariño.

Sumamente excitado, se apartó y con manos ansiosas se desprendió de la bata.

Eleonor lo miró. Tenía un cuerpo perfecto. Musculoso y elástico. Sean Evans era un hombre realmente atractivo. Pero su admiración dio paso al temor al ver su masculinidad henchida; al comprender que él iba a arrebatarle su bien más precioso y que nada podía hacer.

Sean se tedió sobre ella y le separó los muslos.

—Mí señor, aún podéis deteneros —dijo ella implorante.

—¿Detenerme? Ahora mi única ambición es entrar en ti. Ver como gimes y mostrarte lo maravilloso que será estar unidos —dijo él ronco, comenzando a penetrarla.

Eleonor sintió su dureza pulsante buscando el calor húmedo que le devoraba las entrañas y como sus manos que se aferraron a sus caderas para alzarla hacia él.

Contrajo el rostro en un gesto de dolor cuando la plenitud palpitante y caliente de su deseo la llenó por completo. Hundió las uñas en la espalda del hombre y de sus misteriosos ojos cayeron dos lágrimas.

Él dejó de moverse.

—Perdón. Perdón —lloró ella, esperando el golpe por haberlo herido.

Pero él no la abofeteó. Lamió sus lágrimas y dijo:

—Es inevitable el dolor. Pero la próxima vez será mucho más gozoso. Lo prometo. Ahora

confía en mí. Relájate —dijo iniciando de nuevo las embestidas. Su boca buscó la de ella y la besó profundamente.

Eleonor no pudo evitar que sus movimientos, sus besos la arrastraran a un mundo de sensaciones exquisitas y al mismo tiempo dolorosas. Sentía necesidad de que él acabara con esa tortura, pero su piel, sus entrañas requerían más y más. Alzó los brazos y se aferró a su espalda, hundiendo el rostro en su pecho para ocultar las lágrimas vergonzosas por su entrega inmoral. No tenía dignidad. El placer la había tentado y ganó la batalla.

Sean exhaló un gemido rabioso al sentir la boca de Eleonor sobre su piel. Esa muchacha, con su respuesta voluptuosa lo estaba volviendo loco y se movió con más vigor, casi con violencia, olvidando su virginidad.

Eleonor se dejó arrastrar por la borrachera lasciva. Ya no importaba nada más que alcanzar lo que él le había prometido, que la liberara de esa tensión angustiada. Y lo hizo. El torbellino se desató en cada poro de su piel y gritó al experimentar los espasmos de placer.

Sean atrapó su boca y sin poder contener por más tiempo su propia ansia, se derramó dentro de ella, emitiendo un gemido casi animal.

Eleonor hundió la cara en la curva para esconder sus lágrimas cargadas de vergüenza.

7

Sean, unos minutos después, más calmado, se separó de ella y la miró con semblante satisfecho.

—Ya eres mía.

Eleonor lloró con más desgarro.

—¿Qué ocurre ahora? —protestó Sean sin comprender qué pasaba. Había sido delicado. Mucho más de lo acostumbrado en él. Y no había duda de que ella había disfrutado —. ¿Acaso mentí? Te prometí placer y te lo he dado. Bueno. Tal vez te sientas dolorida. Pero es normal en una virgen. Pero pasará.

—Vos no podéis entenderlo —respondió ella.

Sean la miró con disgusto. No soportaba que una mujer le estropease la diversión.

—¿Lloras por tu virginidad? ¡Por Dios, muchacha! Un día u otro la hubieses perdido, y con un desgraciado. Ha sido un honor para ti que fuese yo el primero. Todo un conde. Que te recompensará generosamente.

Eleonor le lanzó una mirada llena de ira.

—¿Un honor? ¡Es la peor humillación que una mujer puede sufrir! Mi virtud la guardaba para mi esposo. Para el hombre que amara. Y vos, como un ladrón sin escrúpulos me la habéis arrebatado.

Sean se echó a reír.

—¿Y si tanto aprecio le tenías a tu virtud, por qué has reaccionado de un modo tan apasionado? Hablas de amor, pero lo cierto es que únicamente existe el placer entre un hombre y una mujer. Solamente creen en el amor los ilusos.

—Tal vez yo lo sea. De todos modos, jamás dejaré de creer en él —repuso ella.

—¡Cielos! Dios no quiera que esa maldita plaga se apodere de mí —exclamó Sean.

—¿Nunca os habéis enamorado?

—Enamorarse es una idiotez. Los hombres cometen demasiadas tonterías por las mujeres para después ser traicionados.

—Tenéis un concepto erróneo del amor, señor. Mis padres se amaron siempre y fueron felices.

—¡Admirable! —se burló él.

—Vos no podéis comprender. En vuestro corazón solo hay odio y crueldad hacia vuestros semejantes —dijo Eleonor con dureza.

Sean la obligó a mirarlo.

—¿Qué sabrás tú de lo que siento? Nadie tiene ningún derecho a juzgarme —dijo molesto.

—Hablo por lo que he visto, mí señor. Os mostráis sanguinario con vuestros vasallos. Los castigáis con severidad y no les escucháis —osó decir ella.

—¿Cómo a ti? —inquirió él.

—Os suplique que me dejarais ir.

—Y no lo hice porque eres mía. Puedo hacer contigo lo que me plazca.

—Eso no justifica vuestra acción. Se puede gobernar con justicia y bondad.

Sean lanzó un suspiro.

—La cama no es un buen lugar para discutir. Será mejor que duermas un poco —dijo.

Eleonor lo miró iracunda y le dio la espalda.

Él arrugó la frente. Esa muchacha era descortés, rebelde y merecería un castigo por su osadía. Pero no era el momento. Cerró los ojos y dejó que el sueño lo venciese.

Eleonor se levantó y se acercó a la ventana. La nieve seguía cayendo. Apoyó la frente en el cristal y lloró con desconsuelo. Se sentía sucia. ¿Cómo había podido aceptar con agrado la vejación a la que había sido sometida? ¿Por qué sentía aún en su piel el fuego que él había desatado? ¿Tan superficial era que cedió ante la belleza de un hombre?

Miró a Sean. ¡Cómo lo odiaba! Si fuese valiente cogería la espada y la clavaría en su corazón. Pero no saldría viva de la habitación y, a pesar de la sed de venganza que le corroía las entrañas, no quería morir. Lo que deseaba con toda su alma era escapar. Sí. Escaparía. Buscaría el momento oportuno. Sean no volvería a tenerla para complacer sus caprichos. Eso lo pondría furioso. Era un hombre acostumbrado a no serle negado nada. Esa sería su venganza.

Sonrió. Había tenido una gran idea. Claro que, tal vez a él no le importaría lo más mínimo. Ella no era nadie especial. Se quedaría tan tranquilo. No la echaría de menos.

Tembló. Hacía frío alejada del fuego y de la cama, pero no deseaba volver junto a ese salvaje. Así que, se sentó en el borde de la ventana y esperó a que su amo decidiera echarla de la habitación.

Sean abrió los ojos y saltó sobresaltado al no ver a la muchacha acostada junto a él. Soltó un suspiro de alivio al ver que dormitaba apoyada el frío cristal. Se levantó, se cubrió con la manta y se dirigió hacia ella.

La miró detenidamente. Era preciosa. Su piel parecía de seda y su cabello dorado el más suave de la tierra. Nunca tuvo una sierva tan delicada como las damas. Le acarició el rostro y ella despertó sobresaltada.

—¿Por qué no estás en la cama? Estás helada. Podrías enfermarse —dijo. Abrió los brazos, la atrajo hacia su pecho y la envolvió con las pieles.

—¿Eso os importaría, mi señor? —dijo ella con tono distante.

—Naturalmente.

—Vuestra preocupación llega tarde. El mal que me aqueja ya no tiene cura. Me habéis marcado para siempre —le recriminó con pesar.

Él sonrió con evidente satisfacción.

—Esa era precisamente mi intención. Ahora ya estás convencida por completo de quién manda sobre ti.

—Sabéis perfectamente a lo que me refiero, señor. Y ya que habéis obtenido lo que deseabais, os pido permiso para retirarme.

—Desconoces mis deseos, muchacha. Aún no he terminado contigo —dijo él besándole la curva del hombro.

Eleonor no luchó. Sabía que sería inútil. Dejó que la tocara. Pero en esta ocasión se mostraría fría e indiferente. Ahora sabía a qué se enfrentaba. Podía resistir.

—Os lo ruego. Dejadme. Estoy cansada —dijo sin apenas voz.

—Tú no tienes que hacer nada, cariño. Tú solo siente y disfruta. Porque ahora lo pasarás mucho mejor —dijo Sean acariciando sus senos.

Abochornada, descubrió que no tenía voluntad y reaccionó del modo que él presumía. Su respiración se entrecortó y su piel fue consumida por ese calor que la enajenaba. Sean la hurgó en lo más íntimo. Ella se retorció.

—Eres puro fuego, preciosa. Me gusta como respondes. Con voluptuosidad.

Eleonor se daba asco. Y a pesar de ello, no quiso renunciar al placer. Codiciaba ese momento de puro éxtasis y solamente su amo podía dárselo.

Sean, estimulado como nunca, posó la mano en la espalda de su vasalla y la obligó a inclinarse. Eleonor apoyó las manos y la frente en el cristal. Sean le separó los muslos y la penetró de un solo golpe.

—Sí. Qué gusto —suspiró.

Eleonor ahogó un quejido. Mintió. Dolía.

—Mi lord...

—Sí, cariño. Lo sé. Te daré lo que necesitas para gozar.

Acarició su punto más sensible y se mecía contra ella. Poco a poco, el dolor remitió y el placer comenzó a ganar la batalla. De su garganta comenzaron a brotar lamentos cargados de erotismo.

—¡Dios! Me das mucho... gusto. Me vuelves... loco con tus gritos, gatita —resopló Sean aumentando el ritmo de sus embestidas.

Eleonor cerró los ojos. El cenit se estaba acercando y gritó cuando la traspasó. Sean dejó

escapar un gruñido profundo cuando el orgasmo más satisfactorio lo alcanzó.

Con la respiración ahogada, la volteó hacia él y la besó con voracidad. Ella correspondió. Y él sintió como el peso que se había aposentado en su corazón al verla, se desintegró.

8

Sean miró embelesado a Eleonor. Estaba preciosa enfundada en el vestido verde bordado con hilos de oro. Parecía una verdadera princesa.

—¿Miel? —le ofreció.

—¿No teméis que esté emponzoñada?

Sean parpadeó desconcertado.

—¿Cómo dices?

Eleonor alzó el mentón con desafío.

—Vuestro carácter habrá inspirado muchos odios. Yo no confiaría.

—Ahora puedo hacerlo más que nunca. La mujer que más me aborrece trabajaba en las cocinas y jamás envenenó ningún plato. ¿Verdad, cielo? —repuso él con sorna.

Ella apartó la mirada furibunda. Era insufrible.

—Helen nunca me permitió tocar la comida. Era la fregona. La escala más miserable de los vasallos.

—Ahora has ascendido a la más alta.

Eleonor lo miró con semblante desolado.

—¿Eso pensáis?

Sean untó compota de arándanos sobre el pan.

—Ser la concubina del Señor Conde es un gran honor para alguien de tu ralea. Serás respetada por el servicio e incluso podrás darles alguna orden. Comerás como es debido y vestirás con elegancia.

Ella esbozó una media sonrisa cargada de amargura.

—Ya veo. Seré la prostituta mejor pagada de vuestros dominios.

Él la miró ceñudo.

—¿Otra vez con esa cantinela? Me aburres, gatita.

—En ese caso, prescindid de mí.

Sean volvió a sonreír.

—Tus artimañas no lograrán nada, preciosa. ¿No vas a comer? Imagino que estarás hambrienta después de nuestra gran noche de pasión.

Eleonor bajó el rostro avergonzada. Sean la había obligado durante horas a gemir de placer a causa de sus caricias, demostrándole el poder que ejercía sobre su voluntad.

—Vamos, querida. El orgullo no saciará tu apetito ni mitigará tu delgadez —insistió él.

Eleonor se había prometido no aceptar nada de ese miserable, pero ya se habían saltado el desayuno y las viandas que había sobre la mesa eran una tentación. Untó una rebanada de pan y la mordió con evidente apetencia.

—¡Hola!

Eleonor alzó los ojos y vio a un muchacho de cabellos rojizos, de rostro pecoso y ojos tan verdes como los suyos. Era el primo del amo. Lo había visto en muchas ocasiones a lomos de su caballo.

—Hola, Arthur.

—¿Quién es esta beldad? —preguntó su primo sin poder dejar de mirar a Eleonor con embeleso. Era la muchacha más hermosa que jamás había visto. Su rostro parecía de seda, su cabello tan rubio como el oro y sus ojos dos gemas casi transparentes. Era una ninfa de los bosques. Un ser divino.

—Eleonor, mi nueva compañía —respondió Sean con rotundidad; indicando a su primo que era terreno prohibido.

—Es un placer conoceros. Estoy a vuestro servicio en todo lo que preciséis, señora —dijo Arthur besándole la mano.

—Lo mismo digo, señor. Sois muy amable.

—¿Dónde estabas guardada? —quiso saber él.

—En las cocinas, señor.

—La vieja Helen la tenía secuestrada —comentó Sean.

Arthur chasqueó la lengua.

—Un delito imperdonable. Tendremos que hacer algo al respecto. Debe ser castigada por su crueldad. ¿No opináis lo mismo, Eleonor?

Ella entornó los ojos imaginando a esa bruja encerrada en los calabozos pasando hambre, como lo había hecho ella.

—Veo que le gusta la idea, primo —dijo el muchacho sin poder dejar de admirarla.

—¡Siéntate de una maldita vez! —rugió Sean molesto ante la actitud del chico.

—Parece que te has levantado de muy mal humor —se quejó Arthur sirviéndose un trozo de panceta.

—Dudo que alguna vez esté de buen humor. ¿Es qué lo tiene? —murmuró Eleonor mientras mordisqueaba un trozo de queso.

—¿Cómo dices? —inquirió Sean.

—Nada, mí señor.

—¿Sabes montar, Eleonor? Podríamos salir a cabalgar algún día —le propuso Arthur.

—Será del todo imposible, muchacho. Tienes que ir a la ciudad —dijo Sean lanzándole una mirada iracunda.

—¿Para qué? No tengo nada que hacer allí. Soy hombre de campo.

—¿Has olvidado a lady Joanna? Aún espera tu decisión.

Arthur hizo un gesto despectivo.

—Eso puede esperar.

—¡Irás! —rugió Sean.

—No tengo ningún deseo de casarme. Soy demasiado joven. ¡Sólo tengo quince años, por Dios Santo!

—Y yo diecinueve. ¿Acaso piensas que yo sí deseo tener esposa? ¡No seas iluso! Ningún hombre sensato desea una hembra que le corte la libertad.

—Por lo menos podrías dejarme elegir esposa —se quejó Arthur.

—No hay elección. Necesitamos esas alianzas. Nuestras tierras junto a las de ellas, formarán el condado más extenso del país. El placer queda descartado.

—Para ti es fácil decirlo. Tienes a Eleonor para calentarte el lecho —dijo su primo.

Ella se ruborizó. Bajó el rostro y ocultó las lágrimas. Se sintió vejada. Aquellos dos hombres hablaban de ella como si fuese una vulgar prostituta de taberna.

—Solo estoy pidiendo que te cases, no que dejes de ir con mujeres. Joanna es joven, hermosa y rica. Además de inocente. Ha pasado toda su vida en un convento.

Arthur golpeó la mesa con el puño.

—¡Y qué! Eso no significa que pueda gustarme. ¡Esto es una injusticia!

Sean lo miró con rostro grave.

—La vida esta llena de injusticias. Sin embargo, esta unión nos permitirá derrotar a nuestro enemigo. Creo que no es mucho pedir que te sacrifiques por ello, si yo mismo lo hago. ¿No crees?

Eleonor no podía creer que esos hombres hablaran del matrimonio de un modo tan frío y calculador.

—¿Tú que opinas? —le preguntó Sean.

—No entiendo de estas cosas, mí señor— repuso ella con voz trémula.

—Deja de hacerte la estúpida. Sé que sabes pensar. Dame tú opinión. ¡Ya! —dijo el joven conde con aspereza.

—Creo que debéis hacer lo que más convenga a vuestros intereses —respondió.

—¿Lo ves, Arthur? Hasta ella me da la razón —dijo Sean satisfecho.

—¿Y qué quieres que responda? Jamás osaría contradecirte. Eres su amo —dijo su primo con gesto hosco.

—Así es. Y espero que nadie me desobedezca. ¿Comprendido? —le amenazó Sean.

—Iré. Aunque tal vez tenga suerte y esa joven me rechace. Puede que la vida en el convento le atraiga más que un muchacho que la arrancará de esa paz para llevarla a un mundo demasiado cruel para alguien tan virginal.

—Lo dudo. Seguro que será una de esas jovencitas soñadoras. Espera a su héroe. Y tu res joven, apuesto y poderoso —rió Sean.

—Me gustaría, en estos momentos, ser monstruoso —suspiró Arthur.
Eleanor no pudo evitar reír al ver su rostro compungido.
—No le veo la gracia —dijo Sean frunciendo el cejo. Era la primera vez que veía reír a Eleanor y no por su causa.
—Pues la tiene. Nunca oí decir a nadie que deseara ser feo.
—En ocasiones hasta es venturoso —dijo Arthur.
—Tal vez estéis en lo cierto —musitó Eleanor mirando a Sean con inquina.
—¡Basta de decir estupideces! Ahora será mejor que nos pongamos a trabajar —exclamó Sean realmente molesto por la actitud de los dos jóvenes.
—¿Qué hago yo, mí señor? —preguntó Eleanor.
—Lo que te plazca. Pero no se te ocurra salir del castillo o conocerás mi ira. Si necesitas algo, pídeselo a una sirvienta —dijo él saliendo del comedor.

9

Eleanor decidió recorrer la torre. Curioseó las habitaciones, los salones, sin que nadie le cortara el paso. Parecía que Sean ya les había advertido de su presencia.

Al entrar en la biblioteca sus ojos se abrieron asombrados. Había cientos de libros. Con dedos trémulos rozó los volúmenes. Eligió uno que trataba sobre viajes y se sentó dispuesta a disfrutar de su lectura.

—Señora, el amo hace horas que os está buscando —le dijo una criada que mostraba preocupación.

Eleanor cerró el libro. Miró hacia la ventana. Ya estaba oscureciendo. El tiempo, perdida entre las páginas, había transcurrido muy rápido. Se levantó y siguió a la mujer hasta el salón.

—¿Dónde demonios has estado? —le preguntó Sean con evidente disgusto.

—Curioseando, mí señor. Lamento haberme retrasado. Perdí la noción del tiempo.

—Siéntate y cena —le ordenó.

—¿Dónde está vuestro primo? —preguntó ella al notar su ausencia.

—Preparándose para el viaje.

Ella, al sentarse, dejó escapar un lamento de decepción. Sean gruñó.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso te regocija más la presencia de mí primo que la mía? Pues,

recuerda que me perteneces y ningún otro merece ni tan siquiera tú atención. Como descubra que no me guardas fidelidad, conocerás el peor de los castigos. Toma nota de ello, mujer.

—Estoy al corriente de vuestros escarmientos, mi lord. Y sabed que no soy tan estúpida para ganarme uno de ellos. Si lamento la ausencia de vuestro primo es porque siento pena de que deba casarse sin estar enamorado —replicó Eleonor.

—Los nobles no pueden pensar en esas estupideces. Las alianzas de interés privan. Además, estamos en guerra.

—¿Guerra? —inquirió ella sin comprender. Nunca el condado se había envuelto en una contienda desde su niñez.

—La habrá en cuanto tenga el ejército necesario. Los Clarke merecen morir. Ellos mataron a mi madre. No sabes lo que es perder a los seres queridos. Ese hijo de perra le asestó diez cuchilladas. No puedo perdonar esa atrocidad. Habrá guerra —sentenció Sean con rabia.

—Nadie me habló de ello —musitó ella verdaderamente apenada.

—Como debía ser. Ahora cena —dijo él llenándose el cuenco.

Eleonor apenas cató nada.

—No te entiendo, muchacha. Has carecido de las viandas más exquisitas durante toda tu vida y ahora que puedes disfrutarlas, no las comes.

—Me solazo, mi lord. Pero siempre quedé llena con apenas nada.

Era evidente, pues estaba casi en los huesos. Aún así, la deseaba como nunca quiso a otra. Y no podía aguardar ni un minuto más para poseerla. Apartó la silla con brusquedad y se alzó.

—Vamos. Es tarde.

Eleonor lo siguió hasta la habitación. Sean cerró la puerta y casi en un arrebato la atajo hacia él.

—He estado esperando este momento durante todo el día —dijo sobre su cuello.

—Pensé que anoche habríais quedado saciado —dijo ella.

Sean comenzó a desnudarla mientras le mordisqueaba la nuca.

—Yo también lo supuse. Sin embargo, estoy ansioso por tocar tu piel, por sentir como tiembles cuando hago esto —musitó acariciándole el pulso latente de su cuello.

Ella, una vez más, no pudo contener el estremecimiento.

El vestido cayó al suelo y Sean se ocupó de que la camisola también siguiese el mismo camino.

Los ojos de felino se instalaron en sus senos. Alzó las manos y rozó cada uno de sus pezones con la yema de los dedos.

—Me gusta tocar tus pechos. Son menudos pero receptivos a mis caricias. Me encienden aún más cuando se endurecen como ahora.

Ese hombre, al que odiaba, la derrotaba haciéndola claudicar sin ofrecer resistencia.

Las manos del hombre recorrieron su vientre hasta que se detuvieron en la entrepierna rozándola con extrema sutileza. Ella suspiró y dejó caer la cabeza sobre su hombro inmersa en un torbellino de emociones contradictorias. Su mente quería rechazar el placer que sus dedos expertos le brindaban y por otro lado, su piel anhelaba que no dejase de deleitarla.

Eleonor pudo apreciar su virilidad exaltada y por unos instantes se sintió poderosa. Ese hombre cruel y sin corazón la necesitaba, aunque tan solo fuese para saciar su lujuria.

—Sí, me deseas —suspiró él apretándose contra ella, intensificando sus caricias.

Eleonor emitió un gemido de angustia. Levantó los brazos y rodeó la nuca de Sean, olvidando que ese placer lo estimulaba su peor enemigo.

—Me fascina ver como una muchacha tan delicada, tan etérea, reacciona de esta manera

tan erótica.

Sean dejó de tocarla y la arrastró hacia la cama.

—Ahora voy a hacer que pierdas la cordura y respondas como una salvaje —rezongó.

Eleonor se sentó y lo miró expectante, con la respiración entrecortada. Sean se arrodilló, bajó el rostro y lo hundió entre sus piernas.

Ella tiró de su cabello. Pero el aliento y la humedad ardiente de su boca la rindieron. Un espasmo punzante le invadió las entrañas cuando la lengua jugueteó sin descanso y gimoteó impotente ante la conmoción que recibían sus sentidos.

Sean dejó de hurgarla y la miró. Eleonor protestó por su separación. Él sonrió al ver su rostro arrebatado por el placer. Con suavidad la obligó a tumbarse, serpenteó sobre ella y la besó con avaricia, sin dejar de acariciar su piel de seda. Esa muchacha conseguía alterarlo. Nunca antes había deseado tanto disfrutar de un modo tan sensual, obviando su propia necesidad para agasajarla con caricias sutiles y provocadoras; esperando que su cuerpo implorase que se hundiera en la profundidad de su humedad ardiente.

Un deseo virulento se apoderó de Eleonor. Sentía necesidad de tocarlo. Sus manos recorrieron la espalda de Sean, palpando los músculos tensos.

Él se estremeció. Volvió a acariciarla en lo más íntimo y sus dedos la penetraron.

Eleonor sollozó presa del delirio. Su rostro estaba inmerso en la voluptuosidad y su respiración era casi angustiada.

Sean se encontraba perdido en un laberinto de sentimientos enigmáticos. Codiciaba de un modo salvaje a esa mujer. Le urgía tomarla en ese instante.

—¿Me dejáis? —se quejó ella cuando él se apartó.

Sean sonrió.

—Me sería imposible abandonaros ahora. Pero quiero sentirlos en cada rincón de mi piel —dijo quitándose la ropa.

Eleonor quedó sin aliento al contemplar una vez más su desnudez. Era un hombre espléndido. Cincelado por los dioses. Un hombre tan dotado que aún era incapaz de comprender como no la desgarraba; por el contrario, le regalaba un goce nunca antes experimentado.

Sean se colocó entre sus piernas.

—¿Es esto lo que necesitas, cielo?

—Sí —confesó Eleonor.

Él la invadió lentamente; mientras la observaba arrebatado. El deleite había tomado posesión del bello rostro de su sierva. La intensidad de su excitación la obligó a morderse el labio y a mecerse contra él.

—Te vuelve loca que esté dentro de ti. ¿Verdad? Te adoro, gatita. Dame lo que quiero. Muéstrame que consigo poseyéndote —dijo ronco.

Eleonor lanzó un suspiro y lo rodeó con las piernas las caderas para incitarlo. El delirio se apoderó de ellos y se movieron con frenesí, sin dejar de acariciarse, de sentirse en cada centímetro de la piel.

Cuando la culminación del dolor exquisito se precipitó por las entrañas de Eleonor, emitió un grito liberador y buscó la boca de su amante devorándola con fruición, ahogando con sus besos el clamor de Sean al alcanzar su propia redención.

Ella permaneció acurrucada entre los brazos de Sean durante largo rato, mientras se preguntaba como era posible que un hombre tan desalmado con sus semejantes pudiese albergar tanta delicadeza al solazarse con una mujer.

Sean se ladeó y sin dejar de abrazarla la miró encandilado. Esa muchacha era especial.

Hermosa y ardiente. Todo lo que deseaba en una mujer. Y ahora que la había encontrado tenía que casarse con una desconocida. Sin embargo, no renunciaría a Eleonor. No dejaría que su esposa interfiriera en sus asuntos de cama.

Ella tembló de frío y él la cubrió con la piel. Eleonor se lo agradeció con una sonrisa.

—Es la primera vez que me sonrías —dijo Sean.

—Vos tampoco lo hacéis muy a menudo —contestó ella.

—Apenas tengo motivos.

—¿Tan desdichado sois?

Él suspiró.

—La vida no ha sido fácil.

Ella no pudo evitar soltar una carcajada.

—Cierto es que no puedo compararme con la vida de un campesino o un soldado, pero convendrías que no es grato unirme de por vida a otro ser humano que no aprecias.

—Y que no amáis.

Sean alzó los hombros con indiferencia.

—Los nobles siempre tenemos que sacrificar nuestra vida amorosa por el interés de nuestras posesiones.

El rostro de Eleonor adquirió seriedad.

—Y yo deberé volver a las cocinas.

—Nada de eso —casi gritó él.

—¿Qué pensará vuestra esposa? No sería ético —dijo ella.

—Hará lo que diga. Seré su Señor. No tengo intención de apartarte de mí lado. ¿O prefieres regresar a la cocina?

—Creo no podría volver a aguantar a Helen. Prefiero soportaros...

—¿A mí? —la interrumpió él endureciendo el rostro.

—No, mi señor. No quería decir eso —tembló ella.

—Me da igual lo que sientas. Ni que no me tengas ninguna estima. Únicamente deseo que calmes mi lujuria con la misma fogosidad que has demostrado hasta ahora. ¿Comprendes, preciosa? —Dijo él con insensibilidad.

El semblante de ella se ensombreció.

—Ahora descansa. Tal vez más tarde necesite de tus servicios —le ordenó dándole la espalda.

Eleonor comprendió. Para Sean era solo un cuerpo con el que aliviar su apetito sexual. Toda la ternura que le había demostrado era falsa. Esa bestia era incapaz de albergar un sentimiento humano en su corazón de piedra. Y se juró que en cuanto tuviese una oportunidad escaparía de sus garras.

Las fuertes tormentas de nieve obligaron a Arthur a posponer el viaje a Londres. Obstáculo que lo hizo sentir dichoso.

—Mueve de una vez —le pidió Eleonor.

—Me aburre este juego —resopló él.

—¿Acaso te molesta que siempre gane? —rió ella.

—Eres demasiado lista para mí. ¿Dónde se habrá metido Sean?

—Creo que estaba en los establos. Hay una yegua que está a punto de parir.

Arthur sacudió la cabeza.

—No entiendo porque se preocupa él de estas cosas. Supongo que quiere controlarlo todo. Como siempre. Por eso me obliga a casarme.

—Él también lo hará —dijo Eleonor con gesto triste.

—¿Te has enamorado de él? —le preguntó Arthur.

—¡No, cielos! Cualquiera mujer que lo hiciera sería desgraciada. Mi señor no entrega el corazón a nadie. Es duro como una roca —exclamó Eleonor.

—¿Siempre? —inquirió él con gesto pícaro.

Eleonor se ruborizó y carraspeó incómoda.

—Perdón. He sido muy poco educado —se disculpó él.

—No tienes que hacerlo, Arthur. Solo soy una sierva que calienta la cama de su señor. No una dama.

El muchacho la miró fascinado. Eleonor estaba cada día más hermosa.

—Ninguna princesa podría compararse contigo —dijo con énfasis.

Eleonor se levantó de la silla y se acercó a la chimenea.

—¿Cómo es lady Alice? —preguntó sin mirarlo.

—Ni idea. Ni tan siquiera mi primo la conoce. ¡Cruel destino el que nos espera!

Eleonor se volvió hacia él.

—¿Y qué opinas del mío? Yo tampoco he podido elegir y encima soy una esclava. No tengo libertad. Pertenezco al señor de estas tierras. Lo desee o no —le recriminó ella.

—Sean no se comporta contigo como si fueses vulgar. Te regala vestidos, joyas; incluso vives en nuestras dependencias.

Eleonor esbozó una sonrisa cargada de abatimiento.

—Hasta que se harte. Después, me apartará como a un perro rabioso.

Arthur sacudió la cabeza en señal de disconformidad.

—Conozco a mi primo y jamás lo hará. Le gustas demasiado. Hasta sospecho que se ha enamorado de ti.

Eleonor se echó a reír. No había oído nada tan absurdo en toda su vida.

—¿A qué viene este escándalo? —inquirió Sean entrando en el salón.

—Una broma que vuestro primo me ha contado, mi señor —dijo ella.

—Hablaba muy en serio. Pero no me ha creído —dijo Arthur alzando los hombros.

—¿No tienes nada mejor que hacer? Siempre os veo juntos —le recriminó Sean.

—Es con la primera persona que puedo jugar al ajedrez. Tú no sabes —le recordó Arthur.

—Tengo cosas más importantes que hacer. He de hablar con Eleonor. A solas —le ordenó su primo.

Arthur salió sonriendo. Sean se sentía celoso y eso le satisfacía. Nunca imaginó que una mujer provocara ese sentimiento en su primo. Claro que, Eleonor era especial y por suerte Sean se había dado cuenta.

—¿Qué deseáis, mí señor? —le preguntó Eleonor.

Sean se sentó junto al fuego y con la mano le indicó que ella tomara asiento junto a él.

—Nada. Simplemente quería apartar a ese crío de tu compañía —contestó Sean mostrando contrariedad.

—Es agradable y me ayuda a pasar el tiempo. Convendréis que no tengo demasiadas distracciones. Y vos me tenéis muy abandonada.

—¿Acaso tienes alguna queja de mí decisión de alejarte del duro trabajo? Si me mantengo ocupado parte del día es por obligación. La seguridad del castillo y de las tierras depende de mí. No soy tan afortunado como Arthur —le reprochó él.

—Podríais delegar un poco en él. Ya no es un niño —sugirió ella.

—Pero es demasiado joven y alocado —rechazó Sean.

—Sin responsabilidades es lógico. Lo tratáis con indulgencia.

Sean tuvo que admitir que ella estaba en lo cierto. Había sido demasiado blando con su primo.

—Pues, eso se acabó —dijo él, alzándose.

—¿Y ha de ser ahora? —se quejó Eleonor.

—No hay tiempo que perder —repuso Sean saliendo del salón.

Eleonor suspiró. Volvía a estar sola.

Decidió ir a la biblioteca y eligió un libro de aventuras. Podría mantenerse distraída durante un buen rato. A parte de Arthur y Sean nadie más se relacionaba con ella. Los criados la rehuían.

Un buen rato después, Sean regresó. La visión de Eleonor lo hipnotizó. Su cabello dorado refulgía con el fuego. Se acercó y le acarició la larga melena.

Eleonor respingó sobresaltada.

—¿Qué es esto? —quiso saber Sean cogiendo el libro.

—Un libro que relata las andanzas de John Olwens.

Sean lo ojeó y la miró desconcertado.

—No veo dibujos. ¿Acaso sabes leer?

—Sí, mí señor.

—¿Sabes? —se asombró.

—¿No lo creéis? —dijo ella ofendida. Le arrebató el libro y comenzó a leer en voz alta.

Sean pudo comprobar que no mentía. Él mismo había releído ese tomo varias veces en su niñez.

—¿Quién te enseñó? No es frecuente que una mujer lea y más siendo plebeya.

—Mí padre, señor. Y también sé de cuentas y escribir.

—¿Por qué? Una campesina no necesita ser instruida. ¡Es absurdo!

—Él decía que el saber nos hace libres. Me alegro que lo hiciese. Me aburro mortalmente y por lo menos su educación ha servido para mantenerme distraía. Además, durante cinco años no he dejado de trabajar hasta la extenuación fregando suelos para saldar la deuda que contrajimos con vos. Para mí desgracia, la inactividad es como una enfermedad —respondió Eleonor con cinismo.

—No comparto esa opinión, cielo. Te mantienes activa varias horas, sobre todo nocturnas —dijo él con socarronería.

Ella se levantó ofendida.

—Como veis, no soy una simple cortesana.

—Está bien —dijo Sean lanzando un suspiro—. A partir de mañana revisarás los libros

de cuentas. Los tengo muy olvidados. Pero no admitiré un error o volverás a aburrirme mortalmente.

—¡Gracias, mí señor! —exclamó ella dedicándole una sonrisa enorme.

El corazón de Sean se paralizó. Nunca había visto esa sonrisa llena de felicidad en el rostro de la mujer que más deseaba.

— ¿Y qué trabajo le habéis encomendado a Arthur?

Él carraspeó intentando salir del embrujo.

—La distribución del ganado.

—¿Creéis que podrá hacerlo?

—Lo probará. Se mostró interesado y agradecido. Supongo que lo he protegido demasiado. Aún creo que es un niño.

—Vos no sois mucho mayor que él —le recordó Eleonor.

—Cierto. Muchos a los quince ya tienen la responsabilidad de llevar sus dominios. Y Arthur es listo —dijo Sean con gesto de orgullo.

—¿Lo queréis mucho, verdad?

—Es el único familiar que me queda.

—Arthur os adora.

—He de reconocer que me admira —admitió Sean.

—Su mayor virtud. ¿No es cierto? Os sentís halagado y eso lo hace perfecto.

Sean la miró con gesto de reproche.

—No soy tan banal. Se distinguir perfectamente la adulación de la admiración. Desde niño me enseñaron a protegerme de esas artimañas. Un señor feudal debe aprender el trato con otros Señores, con los siervos. Saber luchar para defenderse de sus enemigos.

—Una dura tarea —dijo ella con ironía.

—Más de lo que supones. He de tener contentos a los aristócratas y a los vasallos. Eso es difícil en algunas ocasiones. En especial, cuando las cosechas no son buenas y debo recaudar impuestos.

—Lo sé —dijo Eleonor con gesto afligido.

—El conde no tuvo otra opción, preciosa.

—¿De veras? ¿De qué sirvió echarnos de nuestra miserable casa? No se hizo rico —le censuró ella con ojos encendidos.

—El ejemplo debe imperar —repuso él con dureza.

—¿Manteniéndome prisionera con esa bruja de Helen? ¿Con una mujer que me hacía dormir junto a las ratas en un lugar húmedo e insalubre? ¿Alejándome del hombre que más me amaba? ¿No pudiendo estar a su lado el día de su muerte? —se quejó ella con ojos húmedos.

—Eleonor, debía hacerlo —dijo él acariciándole el rostro. Ella le apartó la mano.

—No me toquéis. Habéis hecho de mí vida un tormento.

—Ahora yo te recompensaré —aseguró él.

—¿Con vestidos y joyas? Nada puede desagrar esos años de penurias y vejaciones. Como tampoco haberme convertido en vuestra concubina.

—Eres mía —dijo él sin perder la calma.

—Cierto. Soy una esclava. Vos ordenáis y yo obedezco —replicó ella rabiosa.

—A la perfección. Cada noche.

—¿Eso os place, mí señor? ¿Os sentís satisfecho de tener en vuestros brazos a una mujer que finge placer? —se burló Eleonor.

El rostro de Sean se tensó.

—Tú no finges. Conozco a las mujeres y tus gemidos son auténticos —siseó.
—Soy buena actriz, señor.
Sean la atrajo hacia su pecho y la besó con rabia. Ella permaneció quieta.
—¿Lo veis? No siento nada. Nunca sentí nada —rió ella.
Él la soltó con brusquedad.
—Podría demostrar que mientes, querida. Pero no lograrás provocarme. No es el lugar adecuado.
—Veo que tenéis sentido de la vergüenza, señor —dijo Eleonor simulando asombro.
Él tomó aire.
—Otros por esta insolencia recibirían unos cuantos latigazos.
—¡Que indulgente! Os agradezco el perdón —replicó ella haciéndole una reverencia.
—Eleonor, no tientes más a tú suerte —masculló él.
Ella clavó sus ojos verdes en los suyos con osadía.
—¿De que fortuna habláis? ¿De que seáis magnánimo con vuestra ramera? ¡Prefiero mil veces sufrir la fuerza del látigo a volver a calentar vuestra cama!
Sean la agarró del brazo y la miró iracundo.
—Soy benigno con las cosas que me dan placer. Con tu cuerpo gozo y sería un estúpido si lo estropeará. Esa es la única razón que te mantiene a salvo del escarmiento que mereces por la insolencia hacia tu señor. Aunque no confíes demasiado, preciosa. Tal vez algún día el deseo que siento se extinga. Pero ahora, mi cuerpo aún arde y pondrás remedio ahora mismo —dijo tomándola entre sus brazos. Cargó con ella y de una patada abrió la puerta de la habitación.

Tras varios días de nieve, por fin apareció el sol.

Eleonor dejó escapar un hondo suspiro.

—¿Qué ocurre? —inquirió Sean frotando el filo de la espada.

—Necesito que me de el aire.

—Asómate a la ventana.

Ella resopló.

—A veces, me da la sensación que sois corto de mente.

Él dejó el arma sobre la mesa.

—¿Dices que soy simple? —dijo sin enojo.

—Lo que digo es que también sois irritante. Me habéis comprendido desde el primer momento.

Sean sonrió y se le formaron esos dos hoyuelos que le hacían parecer el hombre más encantador de la tierra. Pero no era así. Su Señor era déspota, exigente y egoísta.

—Cierto. Pero no permitiré que te pasees por el patio cuando mis hombres estén entrenando.

—Bien. Entonces, lo haré cuando descansen. ¿Os parece bien cuando cenen? ¿O tenéis otra preferencia, mi lord?

—Lo harás cuando yo diga —replicó Sean crispado.

—Compruebo que el encierro tampoco os sienta bien.

—¡Qué sabrás tú de mis humores!

—Nada en absoluto. Apenas os conozco.

Él ladeó la cabeza y la miró de ese modo burlón que la irritaba.

—Mi parte íntima no esconde secretos para ti, preciosa.

—Ni la mía para vos. Los sentimientos son harina de otro costal.

—Los míos no guardan ningún secreto. Soy un hombre sencillo...

Eleonor soltó una enorme carcajada.

—Ríe, pero es la verdad. Lo único que deseo es vivir en paz en mis tierras y proteger a mis siervos. Pero nunca podré hacerlo hasta que acabe con mi enemigo.

—Y cuando lo consigáis, os buscaréis otra excusa para justificar un nuevo problema. Vos no sois hogareño, mi lord. Sois un hombre que existe gracias al odio y descargáis la ira contra inocentes. La piedad la ignoráis y el sufrimiento de vuestros semejantes no os importa si obtenéis lo que deseáis. Os domina el egoísmo y la obcecación. No sois en absoluto un buen hombre.

Al momento de decir esas palabras, Eleonor se arrepintió. Su semblante se tornó lívido. No quería ni pensar de qué modo castigaría Sean sus insultos.

—¿Eso piensas? —dijo sin mostrar la menor emoción.

—Yo... Perdonad... Yo...

—Nunca nadie se ha atrevido a ultrajarme a la cara. ¿Y quieres que te perdone? Según tú, un hombre como yo no lo haría. ¿No es así? Eleonor...

La entrada de Arthur lo hizo callar.

—¡Ya no nieva! ¡Por fin! El encierro ha terminado. Salgo a cabalgar. ¿Os unís?

Sean se levantó.

—Voy ahora mismo, primo —dijo. Después, mirando a Eleonor añadió: Montar me tranquilizará la tensión. Aunque, no tanto como para olvidar que castigo te inflingiré a mi regreso.

Ella tragó saliva. Sean disfrutaba con su compañía. Sin embargo, era capaz de repudiarla tras marcarle la espalda con el látigo. Lo había ultrajado un esclavo y un Señor no podía permitirlo.

—Deseas un vino caliente —le preguntó la criada.

—No. Gracias —dijo Eleonor en apenas un murmullo. Se levantó y fue a la biblioteca. Pero no abrió ningún libro. Solamente podía pensar en el futuro que le aguardaba. No se sentía bien de haber aceptado con tanta facilidad convertirse en la concubina de un hombre. Y para calmar su conciencia, se dijo, una y otra vez, que era inevitable. Como ahora lo sería su destierro. Regresaría a las cocinas y Helen la mortificaría aún más. Los demás se burlarían de la chiquilla que creyó ser la reina del castillo. Se terminaron las comidas copiosas, los vestidos y joyas elegantes, la suavidad de las pieles, el calor de la chimenea. Sin embargo, eso no sería lo peor. No gozaría nunca más de las caricias de Sean, ni de su constante presencia que la abrumaba. El hombre que amaba debería verlo desde la distancia en compañía de otras. Tan lejos y al mismo tiempo, tan cerca. Moriría de dolor y celos.

Se echó a llorar.

—Haces bien en inquietarte. Estoy realmente enojado.

Eleonor, de inmediato, se levantó. Pero continuó de espaldas a Sean.

—Mírame —le ordenó él.

El rostro del joven conde no mostraba ninguna emoción. Era una mole de piedra. Pero sabía que dentro bullía la ira contenida.

—¿Me tienes miedo?

Ella asintió levemente.

—Eso está bien. Entiendes quien es el dueño de tú destino. Acompáñame –dijo entregándole unas pieles.

Temblando, lo siguió.

Bajaron la escalera hasta cruzar la puerta de salida. Eleonor comprendió que todo había terminado cuando se dio cuenta que iban hacia la cocina.

—¿Qué haces ahí parada? Entra –le ordenó Sean.

—Mi lord –dudó ella. No estaba preparada para enfrentarse a la vieja cocinera. No quería sufrir una nueva mortificación. No quería volver a ser la miserable fregona. Y era tan despreciable, que estaba dispuesta a hacer lo necesario para que Sean la perdonara.

—Obedece –siseó él.

Helen estaba inclinada ante el caldero probando el contenido.

—¡Maldita tarada! ¿No te he dicho que debías echar más sal? ¡No sirves para nada! Si fuese por mí, te mandaría derecha a la sala de armas –aulló atizándole una colleja a su ayudante.

—Mujer.

La cocinera se dio media vuelta. Al reconocer al conde, se inclinó.

—Mi lord.

—Si no fuese por tu fealdad y vejez, sería yo mismo quien te llevase como trofeo a mis hombres. Dime una cosa. ¿Siempre usas este maltrato con tus subordinados?

—Es la única manera de que aprendan, señor.

Él ladeó el rostro y miró a Eleonor.

—Los hay que no lo logran nunca. Son incapaces de entender que su docilidad y predisposición les beneficia. ¿No es así, mí señora?

Eleonor lo miró extrañada. ¿La estaba llamando señora ante los demás vasallos? ¿Qué pretendía? ¿Qué perverso castigo había maquinado?

—¿Os ha comido la lengua el gato? –insistió Sean.

—La dureza y falta de compasión, no son las mejores maestras, mi señor. La amabilidad y paciencia consiguen dar sus buenos frutos. Es mejor tener bajo el mando a unos vasallos agradecidos que con los corazones llenos de odio.

Sean arqueó una ceja. Los demás, ante la desfachatez de la muchacha, contuvieron el aliento aguardando el golpe del amo. Pero no ocurrió. Por el contrario, el conde sonrió.

—¿Ves por qué la mantengo a mi lado, mujer? A parte de bella, es inteligente y osada. Cualidades dignas de admiración. Señora, podéis ordenarle a nuestra cocinera que os haga ese guiso que tanto os apetece.

Eleonor permaneció unos segundos muda. Finalmente, dijo:

—Perdiz. El de... perdiz –farfulló.

Helen miró pasmada al joven conde. Trataba a esa harapienta como a una dama. Llevaba sedas y joyas que costaban una fortuna. Y procuraba aislarla del frío con pieles de nutria. ¡Y hasta le permitía que le diese órdenes! ¡Era inadmisibile! No. No haría ese guiso de perdiz. No dejaría que la vejase y menos ante todos sus supeditados.

—Señor. No tenemos perdices. Con esta nieve ha sido imposible ir de caza –dijo.

—Ya no nieva. Ordena que uno de tus hombres salga.

—Pronto anochece –volvió a excusarse Helen.

—Eleonor desea perdiz. Y la tendrá. Mañana espero que esté sobre la mesa. ¿Entendido? Vamos, querida.

Regresaron a la torre y subieron hasta el piso superior. Entraron en la habitación. Sean tiró sus pieles sobre la cama y se sentó ante el fuego. Ella permaneció de pie.

—Esperabas mí castigo, ¿cierto?

—Sí, mi amo.

—Sería lo justo. Me has despreciado. Pero hoy me siento magnánimo.

—Os estoy muy agradecida.

—No quiero tu gratitud. Quiero que a partir de ahora seas dócil y contenida; de este modo, podrás vivir como una verdadera dama, tal como te he mostrado. Obtendrás todo lo que se te antoje. De lo contrario, conocerás mi verdadera ira. Tú decides.

El peso que Eleonor soportaba en el estómago, se desintegró. No lastimaría sus carnes con la fusta, ni la encerraría en la mazmorra ni la mandaría de nuevo a una existencia inhumana llena de las carencias más básicas. Y de nuevo, el pavor a todo eso, ganó la batalla y dijo:

—Os prometo que seré vuestra sierva más leal, mi señor.

Sean apartó el gesto adusto y arqueó la boca en una suave sonrisa.

—Deberás ganarte mi confianza, preciosa.

Palmeó su muslo. Ella, obediente, tiró la piel y caminó hacia él.

—Desnúdate.

Eleonor obedeció.

Un brillo lujurioso se aposentó en los ojos de Sean. Jamás le había ocurrido nada igual. Cuando tomaba a una mujer, el deseo por ella apenas duraba dos o tres encuentros. Con Eleonor ocurría lo contrario. Crecía y crecía.

—Ven.

Eleonor se sentó a horcajadas sobre él.

—Bésame, gatita. Bésame —le pidió Sean.

Terminó de sumar la columna de los gastos. Por el momento, las finanzas les eran favorables. Aunque, quería comprobar un detalle más. Apartó los ojos del libro de cuentas y echó la espalda hacia atrás. Brincó al ver a Sean apoyado en el umbral. Aquella mañana estaba realmente atractivo. Su rostro casi infantil se mostraba relajado y sus ojos cenicientos dejaban escapar chispas alegres. Se preguntó la razón y no debía ser trivial. Él era experto en complicarlo todo.

—Termina. Tengo una sorpresa preparada —le informó Sean.

—¿Y no puede esperar? Estoy a punto de terminar —dijo Eleonor.

—Déjalo. Abajo te aguarda algo que estoy seguro te entusiasmará.

Su sierva sonrió ampliamente y el corazón de Sean brinco. Parecía imposible, pero cada día estaba más hermosa. O eso le parecía. Tal vez el motivo era un sortilegio que ella le había echado. Había escuchado historias de brujas que vendían hechizos.

—Vamos.

Entraron en el salón.

—¡Es un trovador! —exclamó Eleonor.

—Sí, preciosa. Y dicen que de los mejores.

Arthur los invitó a sentarse junto a él.

—¿Alguna petición en especial, gatita? —le preguntó Sean.

—No se... Nunca presencié su espectáculo.

—En ese caso, mi lady, será un honor demostraros mis habilidades —dijo el artista.

Eleonor sonrió con dulzura. Los hábitos eran engañosos. ¡Si supiese que no era más que una concubina!

—Adelante —ordenó Sean.

El trovador asió la guitarra de tres cuerdas. Comenzó la actuación con una Pastorela. Una canción de amor entre un caballero y una pastorcilla. Después, una balada sobre las andanzas de un caballero por Oriente. Seguidamente, cantó una muy triste sobre dos amantes cuyo amor era prohibido.

Eleonor escuchaba embelesada. Nunca había oído canciones más hermosas y emocionantes; tanto que no pudo evitar la emoción.

Sean, al ver sus lágrimas, apretó los dientes. Ese bufón no estaba cumpliendo su cometido. Quería hacer dichosa a Eleonor, no desgraciada. Iracundo, gritó:

—¡Basta! ¡Calla!

El trovador dejó de cantar. Eleonor y Arthur lo miraron desconcertados.

—¿Qué ocurre? —inquirió el chico.

—Queremos algo más alegre. ¡Vamos!

—Una danza —solicitó Arthur.

El artista inició las notas.

—¿No invitas a Eleonor a bailar?

Sean miró perplejo a su primo.

—¿Qué dance? ¡No soy una damisela, muchacho!

—En ese caso, lo haré yo —dijo Arthur tendiendo la mano hacia Eleonor.

—Yo... no se. Nunca he bailado.

—¿En serio? Eso no está nada bien. Levántate. Te enseñaré.

Ella aceptó encantada. Él se movió con destreza, indicándole como debían ser sus pasos. Eleonor, a cada tropiezo, reía divertida.

Sean los miraba ceñudo. ¿Por qué diablos ella se comportaba tan desinhibida con su primo y tan reservada con él? ¿Acaso existía entre ellos algo más que una simple amistad? No, por supuesto que no. Arthur era leal. Lo quería como a un hermano. Claro que, el amor obligaba a cometer muchas estupideces, incluso traiciones. Y observando sus caras pletóricas...

—¡Basta! ¡Dejad de brincar como dos idiotas! —rugió mortificado por los celos.

Los dos jóvenes se detuvieron de inmediato. El trovador dejó de tocar.

—¿Qué pasa, primo?

Sean alzó la mano y despidió al trovador. Éste, visiblemente aterrado ante la visión de ese hombre colérico, echó a correr.

—El tiempo de solazarse ha terminado. Tienes obligaciones. ¿Las has olvidado? Espero que no. Tú futura esposa está aguardando. Partirás ahora mismo.

—¿Ahora? —bufó el muchacho.

—Tú Señor te ha dado una orden. Ve a preparar las alforjas.

Arthur abandonó el salón mascullando improperios. Quería a su primo, pero en ocasiones le gustaría echarle las manos al cuello.

—¿Por qué os habéis enfadado? No comprendo vuestra ira —le reprochó Eleonor.

—¿A ti qué te parece?

—Siento defraudaros, pero ignoro la razón.

Él se levantó. Se plantó ante ella. La traspasó con esos ojos que la subyugaban.

—Sabes que eres mía. Ningún otro puede tocarte. Ninguno —siseó.

Ella comprendió su reacción.

—¿Pensáis que vuestro primo y yo...? ¡Por Dios, Arthur es un hermano para mí!

—¿De veras?

Eleonor alzó el mentón con gesto digno.

—Puedo ser una miserable campesina, una concubina sin honor, pero cuando doy mi palabra, la cumplo. Y a vos os prometí lealtad.

Sean la arrastró hacia su pecho.

—No soporto verte en los brazos de otro. No lo soporto. No volverás a bailar con nadie más. La única danza que disfrutarás será en mi cama, moviéndote contra mi cuando te posea. ¿Te queda claro? —masculló.

—Como el agua, mi lord.

Sean le acarició los labios con la yema del dedo.

—Has conseguido alborotar mi existencia. Te dedico tiempo vital que debería ser para el condado.

—Si os soy molesta...

Él bajó la boca hasta la suya.

—Lo único que me abruma es no poder satisfacer este apetito voraz que me ruge en las entrañas por tu culpa.

El aliento de Eleonor se quedó en suspenso durante unos segundos esperando que esa boca

que la cautivaba tomara la suya.

—Estoy listo —anunció Arthur.

Sean se separó de su vasalla y miró a su primo. No parecía para nada satisfecho; todo lo contrario. Sus ojos verdes soltaban chispas de enojo.

—En las cocinas te darán provisiones.

—¿Así que no quieres que fallezca de inanición?

—Lo que quiero es terminar de una maldita vez con nuestros compromisos. Di a Archie que te acompañe.

—No es necesario —se negó el chico.

—Lo es. Los caminos son peligrosos. Arthur. No podemos evitarlo. Lo sabes. Escríbeme en cuanto tengas la respuesta que esperamos. ¿De acuerdo?

Arthur se puso el sombrero. Dio media vuelta y se alejó.

—Ve con cuidado —le pidió Eleanor.

Él giró el torso, sonrió y después traspasó la puerta.

—No te preocupes. Será escoltado por el mejor de mis hombres.

—No deberíais obligarlo. Es un niño —musitó Eleanor.

—Muchos a su edad ya están en los campos de batalla.

—Y pierden la vida.

—Para defender lo suyo.

Ella torció la boca en un gesto desdeñoso.

—Querréis decir lo de los Señores.

—Es lo mismo.

—Nosotros no poseemos nada.

Sean le tomó la barbilla.

—Tú posees el poder de volverme loco —dijo. Y seguidamente, la besó como un poseso.

Arthur y su acompañante se internaron en el bosque. Allí reinaba la paz. Aunque los árboles parecían fantasmas con la escarcha colgando de las ramas.

Tras más de una hora cabalgando, el grito de una mujer los detuvo en seco.

—Vamos —dijo espoleando el caballo.

Buscaron entre los árboles. Tras varios minutos, vieron a la amazona que tenía serias dificultades. Arthur fustigó al caballo y corrió tras ella.

Logró darle alcance y con un gesto decidido atrapó las riendas del animal desbocado y lo detuvo. Desmontó y la ayudó a poner los pies en el suelo.

Parpadeó sobrecogido. Esa muchacha era bellísima. Su cabello negro como el hollín estaba revuelto y sus ojos azules brillaban atemorizados.

—¿Os encontráis bien, señora? —logró decir tras reponerse del impacto.

Ella asintió con el rostro arrojado por el terror.

—El caballo se asustó con un animal. No pude controlarlo.

—¿Estáis sola? No es aconsejable.

—Vengo con escolta. Pero los he perdido.

Arthur se inclinó con respeto.

—Mí castillo está a vuestra disposición.

La joven sonrió. Ese muchacho era muy atento y educado. Todo un caballero. Y además, realmente guapo.

—Os lo agradezco, señor. De todos modos, no debería aceptar. Mi padre estará buscándome.

—Pronto oscurecerá. Seguramente acudirán al castillo. No temáis. Conmigo estaréis segura.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —dijo ella sonriendo.

Arthur la ayudó a montar de nuevo. Archie se acercó a ellos.

—Cambio de planes. Regresamos.

—Tengo órdenes de...

—Mi primo entenderá perfectamente la situación. Además, pronto anochecerá. Reemprenderemos el viaje mañana.

El soldado obedeció a regañadientes.

Al llegar ante la fortaleza la joven la miró con admiración. Nunca había visto ninguna tan enorme y tan bien protegida.

—Es impresionante vuestro hogar, señor —dijo.

—En realidad es de mi primo. Y por favor, llamadme Arthur —confesó él deteniéndose. La ayudó y entraron. El patio estaba casi desierto. La mayoría de sus habitantes ya estaban a punto de acostarse.

—No es necesario que vengas. Le daré la explicación oportuna a Sean —dijo Arthur.

Entraron en el ala principal y subieron al comedor.

Eleonor levantó la vista del libro al verlos.

—¡Arthur! ¿Qué haces aquí? Sean te ha dado una orden que debes cumplir.

—El destino ha considerado oportuno que la aplace. Me he encontrado a esta dama en apuros y me he permitido la libertad de invitarla —se excusó Arthur.

Ella se levantó y se inclinó ante la invitada.

—Bienvenida, señora. Acercaos al fuego. Estaréis helada. Arthur, por favor, tráele un vino caliente.

—Enseguida —dijo el muchacho.

—Sois muy amable, señora.

—¿Qué os ha ocurrido?

—Mí caballo se desbocó y Arthur me salvó. Perdí a la escolta y ahora estarán buscándome con desesperación.

Eleonor le sonrió.

—No debéis preocuparos. Seguro que acudirán al castillo. ¿Y qué os trae por estas tierras?

—Vengo a desposarme.

Arthur quedó paralizado al oírla. ¿Sería Lady Alice? Con dedos temblorosos le entregó la bebida caliente.

—¿Cómo os llamáis?

—Alice Matterson.

Eleonor empalideció. Había esperado su llegada, pero no tan pronto. Y mucho menos que esa mujer pudiese ser como la que tenía delante. La había imaginado mayor, menos atractiva, antipática. Era todo lo contrario. Joven, muy joven; tanto como ella. Hermosa y con unos ojos tan azules como el mar. Y supo que Sean la aceptaría encantado.

—¿Sois la prometida del Conde Sean Evans? —preguntó sin apenas voz.

—¿Cómo lo sabéis? —se extrañó Alice.

Arthur, que entró en aquel momento, dijo:

—Estáis en su casa, señora.

—Sin duda es el destino quién me ha traído —musitó ella asombrada.

—Iré a buscar a mi primo —dijo Arthur muy a su pesar.

—No os molestéis, señor. Seguramente estará ocupado —dijo Alice con evidente nerviosismo.

—Os atenderá gustoso —repuso Arthur abandonando el salón.

—¿Es vuestro esposo sir Arthur? —quiso saber Alice.

—No, señora.

—¿Familiar?

—No. Trabajo para vuestro futuro esposo.

—Y muy bien —dijo Sean entrando. Sus ojos miraron a Alice y no pudo evitar sorprenderse. Su primo no lo había advertido de su belleza. Se acercó a ella y le besó la mano —. Siento no haberos recibido con acuerdo a vuestro rango, señora. Es un error imperdonable.

Ella respiró aliviada al ver a Sean. Había esperado un conde viejo y estaba ante un hombre atractivo y muy joven. Su futuro esposo no debía tener muchos más años que ella.

—Las circunstancias así lo han querido. De todos modos, vuestro primo y lady Eleonor me han atendido con mucha cortesía, mi lord —dijo ella con timidez al ver el gesto de admiración que despertaba en su futuro marido.

El mayordomo entró en el salón seguido por un hombre de cabellos negros, alto y de gesto

enérgico. Sin duda alguna, se trataba del padre Alice por su gran parecido.

—¡Gracias a Dios! —exclamó aliviado al verla.

—Conde Matterson. Es un placer teneros en mi casa —dijo Sean inclinándose ante él.

—No más que el mío al ver que mi hija está a salvo. ¿Qué pasó?

—El caballo se desbocó y os perdí. Sir Arthur acudió en mi ayuda. Han sido muy amables, padre —le explicó ella.

Los ojos de Matterson se clavaron en Eleonor. Ella se removió inquieta. No le gustó ese hombre. A pesar de ser casi idéntico a su hija, sus ojos fríos y penetrantes lo hacían muy distinto. No era atractivo, pero sí de ese tipo de hombres que atraían a las mujeres. Sin embargo, ella sintió repulsión. Había algo en él que le advertía que se trataba de un hombre peligroso.

—Supongo que estaréis hambrientos. Ordenaré que sirvan la cena, conde. Acomodaos, por favor —dijo Sean.

Se sentaron ante la mesa y los criados trajeron las viandas.

Matterson miró a Eleonor.

—¿Sois familiar del conde, señora?

—No, señor. Trabajo para él. Soy su contable —repuso ella con frialdad.

El invitado elevó una ceja.

—¿De veras? ¡Admirable en una mujer!

—Os aseguro que es inteligente, Conde —dijo Sean.

Matterson clavó sus ojos violetas en Eleonor.

—Y muy hermosa.

—Sin duda, esta noche nos acompañan dos damas maravillosas —repuso Sean admirando a su prometida.

—Será un placer teneros como amiga, lady Eleonor —dijo Alice.

Por lo visto ella ya daba por cerrado el compromiso. No le extrañó. Sean era un hombre atractivo, rico y poderoso.

—Os aseguro que en estas tierras os encontraréis como en vuestra propia casa, mi lady —dijo Sean sonriendo con complacencia.

Eso enojó a Eleonor. No soportaba las atenciones que dedicaba a lady Alice. A ella nunca la había tratado así. Claro que, era tan solo una sierva, un ser sin importancia.

El futuro suegro de Sean se dio cuenta de los celos que embargaban a la joven y sonrió. Aquella muchacha no trabajaba para Sean. Estaba seguro que existía una relación más íntima entre ellos. Aprovecharía la circunstancia. La joven era muy hermosa, digna de llevarla a su cama y él sabía que una mujer despechada era presa fácil.

Al terminar la cena, Eleonor se excusó y se refugió en la habitación contigua a la de Sean. Se desnudó y se metió en la cama.

Sabía que debía casarse. De todos modos, no imaginó que fuese a afectarle tanto. La presencia de Alice, con su belleza, su carácter amable y dulce, había conseguido que la reticencia de Sean por el matrimonio se esfumara.

Hundió el rostro en la almohada y estalló en un llanto amargo. Ojala Sean nunca la hubiese sacado de la cocina. Ahora no sentiría ese dolor tan espantoso traspasándole el corazón al descubrir que se había enamorado de él; que sería de otra. Que la abandonaría. Estaba segura. Había visto en sus ojos un brillo de admiración hacia Alice. Estaría encantado de retozar con ella en la cama. Y no iba a permitir que una simple muchacha vulgar empañara la alianza que tanto deseaba.

Su llanto se hizo más angustioso. Había creído que su vida al fin había cambiado. No era

sí. La desdicha volvía a cebarse con ella.

Agotada, se quedó dormida.

La pesadilla era horrible. Corría buscando salvación al peligro que la acechaba. La lluvia la empapaba y al llegar ante el acantilado cayó al vacío y gritó despavorida.

—Eleonor, despierta.

Abrió los ojos y al ver a Sean se abrazó a él.

—Cálmate. Ya pasó —le susurró él acariciándole el cabello.

—Era... horrible. Caía a un barranco...

—Solo era un sueño. No llores —le pidió Sean besándola en la mejilla con ternura.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó apartándose.

—¿Acaso pensabas que dormiría solo? —dijo él mirándola con pasión.

—¿Qué pensara Lady Alice?

—No me importa lo más mínimo —dijo acogiéndola en sus brazos. Salió de la habitación y entró en su cuarto —. ¿Cómo se te ha ocurrido acostarte sin un fuego? Podías caer enferma.

Amanda apoyó la cabeza en su pecho. Se sentía protegida. Sean se preocupaba por ella. Pero. ¿Hasta cuando?

—¿Qué os pareció Lady Alice? Es muy hermosa. ¿Verdad?

—Nadie puede ser más bella que tú—dijo él saboreando su boca con deleite.

Ella sabía que mentía. Sin embargo, en aquellos momentos no le importaba. Aquella noche sería suyo. Tendría sus caricias.

Cuando la pasión quedó saciada, Eleonor lo miró con tristeza.

—¿Os casaréis con ella?

Él asintió sin mostrar entusiasmo.

—¿Y qué haréis conmigo?

—Seguirás a mí lado —aseguró él.

—Ella no lo permitirá.

—Soy el amo y se hará lo que diga —sentenció Sean.

—Lady Alice no merece este trato. Es amable y buena. No soportaría engañarla —dijo Eleonor.

—Ella es únicamente una alianza. No le tengo ningún afecto y no me importa que se sienta ofendida.

—Yo no aceptaría esta situación. Le arrancaría los ojos a cualquiera que se interpusiera entre mí esposo y yo —aseguró Eleonor.

Sean rió divertido.

—¿No me negaréis que tengo razón?

—Preciosa, no sabes nada de los nobles. Todos tienen amantes, incluso las mujeres. Alice ya encontrará alguno que la satisfaga.

—¿Vos consentiréis? —se escandalizó ella.

—Es lo natural —repuso él con indiferencia.

—¿Permitirías que hiciese lo mismo? —sugirió Eleonor.

Sean dejó de sonreír. Sus cejas se contrajeron con enojo.

—¿Acaso piensas en tener un amante?

—¿Os importaría?

—Sería capaz de matarte —siseó—. ¿Lo tienes? ¡Contesta!

—Vos sois el único, mí señor.

—Y siempre lo seré —aseguró apretujándola contra su pecho.

Eleonor se acurrucó y cerró los ojos satisfecha. Sean estaba celoso.

14

Arthur entró en la biblioteca refunfuñando.

—¿Qué ocurre? Últimamente estás de muy mal humor —preguntó Eleonor cerrando el libro.

—Conoces el motivo —contestó él dejándose caer en el banco.

—No soy estúpida. Sé que hay algo más.

Él suspiró y la miró con tristeza.

—¿Es por Alice? —inquirió ella.

Arthur la miró asombrado. ¿Tanto se le notaba?

—Tranquilízate. Sean no sospecha nada, como hombre que es. Pero a una mujer no se la puede engañar con los sentimientos. Estás enamorado de ella.

—¿Y qué haré? —se exasperó Arthur.

—Olvidarla. Será la esposa de tú primo —le aconsejó Eleonor.

Arthur sacudió la cabeza con énfasis.

—¡Imposible! Está clavada en mí corazón. ¡La amo!

—Tienes que hacerlo. Debes casarte con otra —le recordó ella.

—No lo haré. No entregaré mi amor a otra dama.

—No se trata de sentimientos. El condado está en peligro. Debes sacrificarte.

—Corresponde a Sean esa misión. Son sus tierras. Además, nada me importa salvo Alice. ¡La quiero! ¡No podré vivir sin ella! —exclamó Arthur con gesto atormentado.

Eleonor le tomó las manos con ternura.

—Habla con Sean —le sugirió.

—¿Acaso no has comprobado que carece de sentimientos? Su corazón no alberga piedad. Es puro egoísmo.

—Puede ser razonable si le explicas el dolor que te corroe. Te quiere.

—Sean antepone todo a sus pasiones y a sus intereses. Alice es esencial para lograr lo que tanto tiempo ha soñado. No es capaz de escuchar. Únicamente se ama a sí mismo —dijo él con rabia.

—Sabes que no es cierto —le defendió ella.

—¿Y qué me dices de ti? Te obliga a ser su concubina. Ignora tus sentimientos. Y cuando se case, te apartará como a una leprosa. No consentirá que estropees su alianza. Has sido utilizada, como todos. Sean toma lo que quiere y después, sin el menor remordimiento, se desprende de su capricho. ¿Ya has pensado dónde terminarás? De nuevo a las cocinas o a la

taberna.

Eleonor dejó escapar un suspiro de resignación.

—Soy su sierva. He de obedecer. Así son las reglas. Nos gusten o no.

—Yo soy un noble y a pesar del privilegio, debo ignorar lo que quiero.

—Nunca debiste poner los ojos en Alice. Es propiedad de tu primo. Dentro de dos días se

casan.

—¿Acaso se puede evitar el amor?

—Supongo que no —musitó ella.

Arthur la observó detenidamente.

—¿No te habrás cometido la estupidez de enamorarte de ese bruto?

Ella bajó el rostro. Arthur la tomó del mentón obligándola a mirarlo.

—Lo has hecho. ¡Por Dios!

—Acabas de decir que el amor no puede remediarse.

—No es lo mismo —dijo él.

—¿Por qué soy una sierva y me tiene sometida? Debería odiarlo, sí. Y sin embargo, me desprecio a mí misma por no conseguirlo. Por olvidar mi dignidad y desear a mi carcelero con toda el alma. Es patético —dijo ella con vehemencia.

—No me refería a eso, Eleonor. Conozco a damas que no pueden compararse a ti. Son ruines, altivas y desconocen el buen trato. Alice te tomó por una verdadera lady. Pero a pesar de ello, jamás podrás aspirar a convertirse en la Condesa Evans.

—Esa no es mi aspiración. Sé que lugar ocupo —contestó ella con aflicción.

Arthur inspiró con fuerza.

—¿Qué haremos? ¿Cómo podemos liberarnos de esta tortura?

—Nada. Sean tiene razones poderosas para actuar así. Debemos obedecer por el bien de todos —dijo Eleonor.

—¿Razones? Es simple cabezonería. Está obsesionado con destruir a los Clarke.

—¿Qué pasó? —se interesó ella.

—Supongo que sabrás que ellos mataron a mi tía. Sean contaba con tan solo ocho años. Esa crueldad afectó a sus sentimientos y lo único que alberga es sed de venganza. Pero la enemistad viene de más lejos. Tengo entendido que ya hubo rencillas entre sus tatarabuelos —le contó él.

—Fue un duro golpe perder a su madre de ese modo tan cruel.

—Lloró durante semanas. Su padre, harto de su sensiblería, lo desterró a una escuela.

—Eso demuestra que tiene sentimientos, Arthur.

—Los tenía, Eleonor. Ahora es una bestia —dijo él con resentimiento.

—La vida no ha sido fácil para él —reconócelo.

Arthur la miró con hosquedad.

—¿Por qué lo disculpas? Los demás no tenemos culpa de nada y pagamos sus consecuencias. Sean...

—Calla. Alice y su padre se acercan —le interrumpió Eleonor al ver a la pareja.

—¡Un día espléndido! Me estaba preguntando si seríais tan amable de acompañar a mi hija a dar un paseo, Sir Arthur —dijo Henry.

—Será un placer, conde. ¿Vamos, mi lady? —aceptó él encantado. Tendría la oportunidad de estar a solas con su amada.

En cuanto se alejaron, Matterson se sentó junto a Eleonor. Ella se alzó. No quería estar a solas con ese hombre. No le gustaba la manera de mirarla.

—Debo continuar con el trabajo, mi lord.
—Por favor, señora. Solo deseo disfrutar unos instantes de vuestra compañía —dijo el hombre mirándola con ojos lujuriosos.
—Tengo trabajo urgente.
—Puede esperar. Decidme. ¿Hace mucho que estáis en el castillo? —se interesó él.
—Llegué hace cinco años.
—Deberíais ser una niña. Pero ahora todo cambiará. ¿No?
Eleonor se removió inquieta.
—No sé a que os referís, señor.
Mattersen sonrió con maldad.
—Comprendéis a la perfección. Sé el trabajo que efectuáis para el conde.
—¿Qué insinuáis? —se indignó ella.
—Nada que no sea cierto. Los criados confirmaron mis sospechas.
—¿Un caballero como vos hace caso de los chismes del servicio? —se burló ella.
—Os he visto con mis propios ojos cómo entrabais de noche en los aposentos de Sean.
—Eso no significa nada. En ocasiones debo consultar algún detalle para poder trabajar al día siguiente.
Él sacudió la cabeza.
—Vamos, preciosa. No soy imbécil. A Sean no le pasa desapercibida la belleza y sé que no fue capaz de resistir a tomarte como su amante. Te sacó de las cocinas para llevarte a su cama. Y por lo que he podido apreciar, él está muy satisfecho con tus servicios. Incluso ahora que está a punto de contraer matrimonio sigue disfrutando de tus placeres. Pero cuando Alice se convierta en su mujer, deberá apartarte. Mi hija no permitirá que él la traicione con una vulgar sirvienta. Claro que, yo he encontrado una solución. Cuidaré de ti gustosamente. Siempre y cuando me ofrezcas lo mismo que a él. Comprobarás lo generoso que puedo llegar a ser. Lo que ahora llevas son simples harapos comparados con las sedas y joyas con las que pagaré tus servicios.
Eleonor alzó la mano y lo abofeteó. El conde la sujetó del brazo y la atrajo hacia él.
—No te hagas la remilgada, furcia —siseó.
—Soltadme o grito —le ordenó ella.
—¡Ilusa! Una sierva no puede dar órdenes a un futuro conde —le recordó él.
—Vos no sois mi amo. Si Sean se entera de esto, se enfurecerá —le amenazó Eleonor.
—Si lo cuentas, anularé el compromiso. Y por supuesto, Sean no te desea hasta ese punto. Se deshará de su amante sin la menor duda e incluso aceptará que te lleve a mí castillo. Al fin y al cabo eres una mujer más de las que ha tenido —replicó él con crueldad.
Eleonor lo miró angustiada. ¿Y si Sean aprobaba el trato?
—¿Callas? —se burló él.
—Por favor, dejadme ir —le pidió ella con ojos húmedos.
—¿Por qué? Me gustas, preciosa. Y mucho. Llevo noches ardiendo por la obsesión de poder tocarte, por sentir como gimes cuando te penetro hasta lo más hondo —dijo él apretándola contra su pecho. Su boca descendió y se apoderó de la de ella.
Eleonor se revolvió asqueada.
Cuando él se separó, se liberó del abrazo y echó a correr.
¿Qué haría ahora? Ese indeseable era capaz de cumplir las amenazas. La única solución que le quedaba era escapar. Alejarse para siempre de Sean si no quería perjudicarlo. Pero, ¿cómo?

El día, ciertamente, era espléndido. El sol de invierno parecía querer asemejarse al del más potente del estío. Pero, Arthur era incapaz de apreciar nada que no fuese la hermosa Alice. Le tenía robado el corazón, la voluntad y la prudencia. Sería capaz de cometer cualquier atrocidad por ella. Incluso apartarla de su primo. Si la secuestraba, no les quedaría más remedio que aceptar un enlace para salvaguardar el honor robado. Podría. Sí. Sin embargo, aún le quedaba sensatez. La suficiente para comprender que no podía mancillar su amor con un acto de tanta bajeza. Alice no lo perdonaría nunca.

—Tengo entendido que hay un lago cerca —dijo Alice, tras dejar atrás la pequeña población.

—¿Os apetece verlo?

Ella aseveró.

—Vuestros deseos son órdenes para mí.

En silencio tomaron el camino que ascendía por la suave colina. Al alcanzar la cima, suspiró.

—¡Qué belleza!

Arthur quiso decirle que nada era más hermoso que ella. Pero permaneció callado.

Alice se sentó bajo la enorme encina. Él se acomodó junto a la muchacha. La miró embelesado. Era la mujer perfecta. Su piel era sonrosada como los melocotones maduros. El cabello azabache brillaba bajo la luz del sol. Sus ojos azules podían confundirse con aquel cielo tan nítido. Sus labios poseían el color de las frambuesas. Y se preguntó si serían tan dulces.

—¿Cuándo partiréis? —dijo ella rompiendo el tenso silencio.

—Pronto.

—Ya.

Él la observó. Pareció apreciar un halo de tristeza.

—¿Os afecta que me marche?

Ella bajó el rostro y jugueteó con una pequeña flor que había desobedecido a la Naturaleza y había decidido brotar.

—Ante todo no penséis que soy una mujer entrometida. Escuché por casualidad que no deseáis contraer nupcias con esa dama de Londres. Me consterna que no tengáis elección.

—Vos estáis en la misma situación, mi lady.

—No, por supuesto que no. Deseo casarme con vuestro primo —negó ella sin apartar los ojos de la flor.

Arthur puso la mano bajo su barbilla y suavemente, la obligó a mirarlo. Sus mejillas estaban escarlatas debido al rubor.

—Decidme a la cara que amáis Sean.

—El conde es un hombre atractivo, educado y responsable. El marido que me conviene. Sé que seré una buena esposa y llegaré a quererlo.

—No lo amáis —confirmó Arthur.

—Un matrimonio es... mucho más... que un romance.

—La vida, sin amor, se convierte en un sueño eterno. Es una existencia banal y vacía. Es nacer para nada.

—Y amar sin poder realizar ese amor, es padecimiento —musitó ella.

—¿Vos padecéis?

Alice bajó la mirada.

—Decidme si yo puedo ser el tónico que os alivie y juro por Dios que haré lo que sea para curar vuestro mal.

Ella intentó levantarse. Él tomó sus manos y la miró implorante.

—Os amo. Me enamoré de vos desde le mismo instante que os vi. Adoro vuestros ojos, vuestros labios, el sonido de vuestra voz. Os adoro por entero. Y no soporto la idea de que seáis de otro. Decidme si vos también me amáis. ¡Decídmelo!

Alice, con ojos húmedos, en apenas un susurró, confesó:

—Sí. Os amo.

Él atrapó con la yema del dedo una lágrima.

—No lloréis, os lo suplico.

—¿Cómo no llorar si este sentimiento que nos domina no puede ser? Es un querer prohibido.

Arthur le rodeó la cara con las manos y bajó el rostro. Sus ojos se encontraron durante unos segundos.

—Muero de pasión por vos –dijo ronco.

—No... No podemos –protestó la muchacha.

—Un beso. Solo un beso –rogó sobre su boca. Sin permitirle una nueva protesta, buscó sus labios la besó con suavidad. El corazón le dio un vuelco. Sabían a fresas.

—Arthur...

La acalló de nuevo con otro beso. La aferró por la cintura y la pegó a su pecho. Esta vez apartó la delicadeza y su lengua se abrió paso. Saboreó su boca con glotonería.

—Parad. No... No...

Lo dijo sin la más mínima convicción. Arthur lo tomó como una aceptación y continuó incitándola. Ella alzó las manos y le rodeó la nuca.

—Esto jamás os lo dará mí primo –dijo él mordiéndole el lóbulo.

—¿No me besará?

—Lo hará. Pero jamás conseguirá estremeceros así. Sólo yo puedo perturbaros hasta haceros perder la razón –respondió él lamiéndole el labio superior. Ella intentó besarlo con torpeza. Arthur gimió avivado por su aceptación. Moría por poseerla. A pesar de ello, el sentido del honor ganó la batalla y se apartó.

—¿Qué ocurre? ¿Os ha desagradado mí torpeza? Sabed que sois el primer caballero al que beso –se justificó ella.

Él sonrió y le acarició la mejilla.

—Al contrario, mí señora. Me siento favorecido de ser el primero. Pero no somos vulgares siervos. Tenemos honor. No podemos traicionar a Sean.

—¿Y qué haremos?

—Hablar con mí primo.

Alice, espantada, abrió los ojos.

—Nos matará.

—Parece fiero, pero es pura apariencia. Comprenderá.

Ella se levantó.

—No permitirá que la alianza se rompa. Nuestro amor es imposible. No, Arthur. No diremos nada. A partir de ahora no volveremos a hablar sobre lo que ha pasado. Regresemos. Pronto anochecerá.

Eleonor se escondió en su dormitorio. Durante varias horas permaneció sumida en el miedo. Desde su llegada al castillo, a pesar de sus circunstancias, nunca creyó que corriese peligro. Sobrevivió a las crueldades de Helen y también a la servidumbre del joven conde. Pero ahora, las cosas habían cambiado. Sean debía tomar esposa y su suegro no consentiría que se solazase con su vasalla. Y no solamente eso. Como le dijo, haría todo lo posible por convertirla en su cortesana. Debería impedirlo como fuese. Y no lo conseguiría si continuaba escondiéndose. Tenía que enfrentarse al problema con valentía.

Abandonó el cuarto y bajó al salón.

La actividad era frenética. El servicio iba de un lado hacia otro cargado con manteles, jarrones, limpiando sin descanso. Las costureras terminando los vestidos de los futuros esposos. Todo debía estar perfecto el día de los esponsales. Pero ella estaría destrozada. No podría soportar ver como el hombre que amaba se convertía en el esposo de Alice. Y mucho menos comprobar que ese miserable estaba en lo cierto y Sean se la entregase como un pacto entre caballeros.

—Esto es insoportable —dijo él con gesto huraño, apartándose del criado que cargaba un banco.

—Sí. Pero pronto terminará y volverá la calma —musitó ella.

—¡Eso espero o juro por Dios que me volveré loco!

Sean esperó que ella iniciase una de sus innumerables pullas. Pero permaneció callada.

—Ahora es cuando dices: ¿Aún más?

Eleonor continuó muda.

—¿Te ocurre algo?

Eleonor se frotó la frente.

—Tengo un terrible dolor de cabeza. Me va a estallar.

—¡No me extraña! Desde que han llegado los Matterson la paz se ha tornado un campo de batalla. Tenemos que cuidar los modales, esmerarnos en las viandas, colmarlos de atenciones y procurarles diversiones varias. Y no obviemos los gastos que comporta este enlace.

—Definitivamente, un horror. Imagino que vuestros soldados elegirían antes enfrentarse al peor de los enemigos a esta gigantesca responsabilidad —se burló ella.

Sean rompió a reír estrepitosamente.

—¡Ay! —se lamentó ella aferrándose la cabeza.

—Ven. Los dos necesitamos relajarnos de este ajetreo —dijo él asiéndola de la mano.

—No podemos tomarnos un descanso. Mañana...

—El Señor de este castillo no está obligado a trabajar. Su deber es dar órdenes y ser obedecido.

Ella se dejó guiar hasta la habitación.

—Sean, no es el momento. Pueden necesitar y si entran, vernos —dijo.

—Nadie pasa a mis aposentos sin mí consentimiento. Siéntate, por favor. Sé como aliviarte.

Con delicadeza sus dedos comenzaron a frotar las sienas de Eleonor, su nuca, con una delicadeza imposible en un hombre como él. Ella cerró los ojos y se dejó invadir por la sensación de alivio que el masaje le estaba proporcionando. La presión estaba remitiendo.

—¿Mejor?

—Sí.

—Como ves, soy un buen doctor —bromeó él besándole el cuello.

—Por favor, no —protestó ella, sintiendo como se le erizaba la piel.

Sean dio la vuelta y se inclinó. Sus ojos grises la miraron con embeleso.

—Cielo, eres una tentación muy difícil de vencer. Me has embrujado y soy incapaz de liberarme de tú pócima. Se extiende día a día acrecentando esta pasión que no puedo dominar. Desde que yaciste conmigo no he vuelto a desear a otra. Eres el fuego que me consume —dijo ronco.

—¿Y qué haréis cuando debáis convertir a Alice en vuestra esposa? Dudo que un hombre como vos no pueda consumir. Ella es hermosa y os seducirá —musitó ella acariciándole el cabello.

—Cumplir no es lo mismo que gozar. El placer absoluto eres tú, mi bella gacela y no pienso renunciar a ti. Todo seguirá como hasta ahora —susurró sobre sus labios.

Eleonor no confiaba en ello. Ya nada sería igual. Atrapó su boca y lo besó con desesperación.

Sean la atrajo y la apretó contra su pecho. Eleonor lo trastornaba. Nunca había sentido tanta necesidad de acariciar a una mujer, de poseerla una y otra vez. Su cuerpo nunca quedaba saciado. Gimió exaltado ante la pasión de Eleonor. Impaciente la agarró de las nalgas y se dejó caer en la silla.

Eleonor se aferró a él. En esos momentos los pesares y el miedo quedaba fuera de la habitación. Solo existían ellos dos. La fogosidad que los consumía.

—Cada día te deseo más —dijo él ronco.

—Lady Alice es muy hermosa. También os placera yacer con vuestra esposa.

—Solamente tú me pones así de inflamado.

Eleonor comprobó su excitación. Apartó los calzones y lo acarició.

—Hoy sois mío. Solo mío —musitó.

—Siempre seré tuyo —aseguró él sobre su boca.

Eleonor sollozó. Sean ignoraba que nunca más volverían a estar así. Que nunca más cabalgarían por el bosque, ni escucharían a los trovadores ante el fuego de la chimenea, ni reirían con los cómicos. Porque había decidido escapar. No quería verlo en los brazos de otra, ni ella ser relegada a otro hombre.

—¿Qué ocurre? —se extrañó él.

—No quiero que os caséis —balbució.

Sean tomó su rostro entre las manos. Sus ojos grises se tornaron casi negros.

—Alice no significa nada. Nada. Tú eres mi obsesión —dijo ronco.

—Demostrádmelo —gimió Eleonor.

Sean aferró sus nalgas y la alzó. Ella se unió a ese hombre que le hacia perder la decencia y la razón; y comenzó a moverse de esa manera tan sensual que le erizaba la piel.

—¡Dios! Eres una bruja que me ha robado la voluntad —exclamó.

—Vos me habéis robado la honra, la libertad y el raciocinio.

—¿Y te arrepientes?

¿Se arrepentía? No. Nunca podría reprocharse haberse entregado al hombre que amaba. Pero eso, nunca se lo diría.

—¿De verdad queréis mantener una conversación ahora? —dijo agitándose con cadencia.

—No —rugió Sean.

Sus cuerpos unidos por el frenesí se dejaron llevar por esa danza erótica que los llevaba hacia el paraíso. Hacia un lugar donde nada ni nadie existía. Solamente ellos.

Eleonor se vistió y abandonó la habitación para refugiarse en la biblioteca. No quería que nadie la viese llorar, pero Alice se encontraba allí.

—¿Qué ocurre, querida? —le preguntó al ver sus lágrimas.

—Yo... Me duele terriblemente la cabeza y los ojos. Este jaleo agudiza el dolor y es insoportable. Suele ocurrirme a menudo —contestó con agitación.

—Tengo unas hierbas que son casi milagrosas. Os las traeré —se ofreció Alice.

—No os molestéis. Si consigo estar a solas un rato, se pasará —contestó con rudeza.

—Siento perturbaros. Me iré —dijo Alice.

—Perdonad. No debí enojarme ante vuestra amabilidad, señora —se disculpó Eleonor.

—¿Seguro que solo se trata de una jaqueca? Últimamente os he notado irascible y huraña. ¿No queréis contármelo?

—No hay nada más, mi lady. Os lo aseguro.

Alice lanzó un suspiro. Acercó una silla y se sentó.

—No me toméis por tonta, Eleonor. Sé lo que ocurre entre mí prometido y vos.

Eleonor la miró sofocada. El momento temido había llegado.

—Señora, os juro que...

—No juréis. Pude ver desde el mismo instante que pisé esta casa que amabais a Sean. Pero no puedo consentir que mí esposo tenga una amante. ¿Comprendéis, verdad?

Eleonor asintió.

—Lo lamento. De veras. Sé, más que nadie, lo duro que es amar a alguien y tener que renunciar a él. Este enlace no es de mí agrado. Como tampoco de Sean. Y a pesar de ello, sé que si continuáis a su lado nunca conseguiré que mí esposo me tome afecto. Os ama demasiado —dijo Alice abatida.

—Os equivocáis. Sean nunca me ha amado. Para él soy un simple capricho. Es el amo de una sierva sobre la que tiene poder y que no puede negarse a desobedecerlo —dijo Eleonor.

Alice sonrió con tristeza.

—Ningún hombre pone en peligro una alianza tan poderosa por un simple antojo.

—No os preocupéis. Nunca me interpondré en vuestro matrimonio. Hoy mismo dejaré el castillo y no volveréis a verme —le aseguró Eleonor.

—¿Adónde iréis? —Quiso saber realmente preocupada. Era consciente de que una vasalla no podía elegir su destino.

—Lejos.

—Sean no consentirá que escapéis.

—Debo hacerlo.

—Y yo interceder por vos. Evitaré, en el caso de que de con vos, que os castigue.

—Sois muy generosa.

Alice se acercó a ella y le tomó las manos.

—Me consterna esta situación. Estoy segura que en otras circunstancias hubiésemos sido grandes amigas. A pesar de ser el obstáculo principal para que mi marido no llegue a amarme, tenéis buen corazón.

—¿Y vos no lo sois también?

—No os comprendo.

—Sí que lo hacéis. Amáis a Arthur —dijo Eleonor.

Alice respingó sobresaltada.

—¿De qué os sorprendéis? Yo también soy mujer y sé reconocer los sentimientos. De todos modos no temáis. Nada diré. Nuestro secreto morirá con nosotras.

—¿Por qué es tan cruel la vida? —se lamentó Alice.

—¡Alice! ¿Qué demonios estás haciendo? La costurera está como loca. Has de probarte el vestido —dijo su padre, asomándose a la puerta.

—Lo había olvidado. Dile que ahora mismo iré —repuso ella sin mucho entusiasmo.

—Yo tengo que ir a... a terminar un trabajo antes de irme —dijo Eleonor.

—Si puedo ayudaros en algo, no dudéis en pedirlo —se ofreció Alice.

—Gracias —dijo Eleonor saliendo de la biblioteca.

Bajó al patio y vio a Arthur que se disponía a salir del castillo para cabalgar. Tenía que intentar que él la sacara del castillo. No podía soportar ni un minuto más estar allí.

—¡Arthur! —gritó.

El muchacho se acercó a ella.

—¿Podrías hacerme un favor? Necesito ver a una amiga que está muy enferma.

—No puedes abandonar el castillo sin el permiso de Sean —se negó él.

—Solo sería por poco tiempo. El justo para ver si se encuentra mejor.

—Si se entera Sean, me matará.

—Está muy ocupado con los preparativos de la boda. Y nosotros no tenemos nada que hacer. Vamos, se trata de una escapada inocente. Por favor —le suplicó.

—Cierto. Aquí estorbamos. Sube —decidió él ayudándola a montar. Tampoco quería estar presente para ver como la mujer que amaba se organizaba para casarse con otro.

El vigilante al ver que el jinete era Arthur les permitió la salida.

—¡Ha sido muy fácil! —exclamó ella aliviada.

—Esperemos que no ocurra nada —musitó él.

—¿Y qué puede pasar? Tú primo está inmerso en otros asuntos más importantes. Anda, espolea al caballo y galopa —dijo ella.

Al llegar al poblado ella le indicó la casa y desmontó.

—Iré a ver a un amigo. Vendré dentro de media hora. No más. No quiero que mi primo me mate si se da cuenta de que te has marchado —dijo Arthur.

Eleonor entró en la casa.

—Hola, Rachel.

Su amiga la miró pasmada.

—¡Dios santo! ¿Qué haces aquí? ¡Cielos! ¿Qué vestido! ¿De dónde lo has sacado? Ya sé. Te lo ha regalado el amo. Debes darle buenos servicios. Sabía que llegarías lejos. Estás preciosa. Y dime: ¿Cómo van los preparativos del enlace? ¡Todos estamos deseando que llegue mañana! Han dicho que el conde ha ordenado que nos traigan viandas. Además...

—Rachel, por favor, calla —le pidió Eleonor con gesto circunspecto.

Rachel arrugó la frente molesta.

—Hija, no la dejas hablar a una. Vamos, cuenta. ¿Cómo es el interior del castillo? ¿Hay tantas maravillas y tesoros como dicen? ¿Qué suerte tienes! Si el conde se fijase en mí, iría encantada. ¡Es tan gallardo! ¿Es buen amante? Claro que sí. Dime. ¿Te da manjares? Diría que sí. Has engordado. Anda. Cuenta.

—Lo siento. No tengo tiempo para charlar. He venido para pedirte ayuda —dijo Eleonor.

Rachel la miró desconcertada.

—¿Qué clase de ayuda querría una mujer que vive como una reina junto al señor?

—Es largo de contar. Solo puedo decirte que necesito salir de estas tierras sin que nadie me vea.

—¿Por qué? ¿Adónde quieres ir? ¿Acaso no te trata bien el conde? Por tu vestimenta veo que de maravilla.

—¿Te gusta el vestido? Pues te lo cambio por ese —le propuso Eleonor.

—¿Qué? ¡Te has vuelto loca! Ninguna mujer razonable haría una cosa así —exclamó su

amiga.

—¡Por el amor de Dios! ¡Hazlo de una maldita vez! Por favor. ¡Dámelo! —gritó Eleonor.

Rachel no preguntó más. Si esa loca estaba dispuesta a desprenderse de esa maravilla, que lo hiciera y le entregó el vestido ajado y sucio.

Eleonor se cambió con celeridad.

—Escucha. Si alguien pregunta dónde estoy, tú no sabes nada. ¿Comprendido?

—¿Qué pasa, Eleonor? —quiso saber su amiga con evidente preocupación.

—No lo entenderías. Es complicado. Por el momento, guarda el vestido. Nadie debe verlo. Y si el amo pregunta, calla. Nunca debe saber que me fui por voluntad propia.

—¿Quieres decir que el conde te buscará? ¡Oh, no! No puedo prestarme a esto. Es cruel y me matará —se negó Rachel, visiblemente asustada.

—No se enterará si no hablas. Además, mañana se casa y no notará mi ausencia. Para cuando se percate, ya estaré muy lejos.

—¿Qué piensas hacer? ¿Adónde irás?

—A Londres.

Rachel sacó un poco de queso y pan del armario, y se lo entregó.

—No puedo aceptarlo —rechazó Eleonor. Sabía cuánto les costaba poder comer decentemente.

—Necesitarás alimentarte. Además, mañana tendremos festín. Venga. Cógelo.

—Gracias —dijo Eleonor abrazándola.

—¿Qué le digo al primo del conde? He oído que pasaría a buscarte.

—Dile que he regresado al castillo dando un paseo. Asómate. ¿Hay alguien?

Rachel oteó la calle.

—Nadie. Puedes salir.

Eleonor cruzó la puerta y echó a correr en dirección contraria al castillo.

Durante varias horas caminó sin descanso. Casi al anochecer se dejó caer rendida bajo un árbol. Hacia frío y pronto nevaría. Comió un poco de queso y bebió del arroyo.

Al alzar la vista vio una cabaña. El humo que salía de la chimenea le indicó que estaba habitada. Decidió acercarse. Si no se refugiaba acabaría muerta de frío.

Llamó a la puerta con dedos temblorosos.

—¿Sí? ¿Qué quieres? —dijo una vieja sin nada de amabilidad.

—¿Podrías darme cobijo? Está a punto de nevar y estoy aterida.

—Pasa, muchacha.

—Gracias.

Eleonor corrió hacia el fuego y extendió las manos.

—¿Adónde vas? —le preguntó la anciana.

—A Londres.

—Pues, estás perdida. La ciudad queda justo en el lado contrario a las tierras de los Evans.

—¿Dónde estoy ahora?

—En las posesiones de Sir Clarke.

Eleonor empalideció. Estaba en la tierra del peor enemigo de Sean. Del hombre que quitó la vida a su madre.

—¿Qué te ocurre? Estás lívida —inquirió la mujer.

—Solo... es cansancio. He caminado... durante horas —respondió Eleonor.

—¿De dónde vienes?

Por supuesto no podía contarle la verdad. Los Clarke estarían encantados de hacer prisionera a una sierva de su peor enemigo.

—De las montañas. Mi padre era pastor y murió hace unos días. No podía quedar sola. Tengo familia en Londres. Ellos cuidarán de mí.

—No te preocupes. Aquí podrás descansar. Tumbate junto al fuego y duerme —dijo la anciana tendiéndole una manta.

—O lo agradezco, señora.

Eleonor estaba tan agotada que no tardó en conciliar el sueño.

La anciana sonrió complacida. No había creído la historia de la muchacha. Conocía a todos los habitantes de las montañas y ningún pastor tuvo nunca una hija. Estaba convencida que esa joven procedía de las tierras de los Evans. Salió de la cabaña y corrió hacia el castillo. Le darían una buena recompensa, en el caso de no errar.

Eleonor despertó sobresaltada. Miró a su alrededor. Estaba sola. Se levantó y miró a través de la ventana. Era de noche y nevaba. No podía irse aún.

—¿Ya te has despertado? —le preguntó la vieja —. He salido a por un poco de leña. ¿Tienes apetito?

—No se moleste, gracias.

La puerta se abrió y unos soldados entraron.

—¿Es esta? —dijo uno de ellos señalando a Eleonor.

—Sí.

—Acompáñanos —le ordenó un soldado.

—¿Por qué? No he hecho nada —tembló ella.

—¿Es una orden del conde! —rugió.

—No tiene poder sobre mí. Soy una mujer libre.

El hombre la agarró del brazo y tiró de ella.

—Ya no.

18

Sean miró la silla vacía y su rostro adquirió un gesto de disgusto.

—¿Dónde está Eleonor? —preguntó.

—Esta mañana le dolía la cabeza. Tal vez esté acostada —dijo Alice.

—Yo no la he visto en horas —le informó el viejo conde.

Sean miró a su primo.

—¿Tú tampoco, Arthur?

El muchacho se removió inquieto. No quería ni pensar que le haría si Eleonor no aparecía.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocultas? —insistió Sean con el rostro contraído.

—Yo... Fuimos al poblado y... ella... Bueno...

—¡Ordené que Eleonor no abandonara el castillo! —rugió Sean.

—Me pidió que la llevara a ver a una amiga que estaba enferma. No vi nada malo en ello. Vosotros estabais demasiado ocupados en los preparativos. Cuando fui a por ella me dijeron que había regresado sola —se excusó el joven.

Sean se alzó enfurecido.

—¡Maldito idiota! ¿Cómo lo permitiste? ¡Charles! ¡Charles!

El mayordomo entró en el comedor. El rostro del amo le indicó que algo malo sucedía.

—Busca a Eleonor. ¡En cada uno de los rincones del castillo! ¡Rápido! —ordenó golpeando la mesa.

Su futuro suegro lo miró asombrado. No entendía su cólera. Alice sí. Sabía que ese hombre la amaba con locura.

—No me miréis así. Eleonor puede haber caído en manos de Clarke. Como sabéis, es mi peor enemigo.

—No es probable. Ella se encontraba en nuestras tierras —dijo Arthur.

—¿Y cómo demonios lo sabes? ¿La trajiste a casa? Creo que no. ¿Verdad? —dijo Sean con cinismo.

—Estás sacando las cosas de quicio. Cálmate, por favor.

—Lo haré en cuanto la tenga ante mi presencia.

Matterson llenó dos jarras de cerveza.

—Tomad. Vuestro primo tiene razón. No debéis alertaros. Eleonor no es más que una sierva. Nadie importante. Da igual que la encontréis como no.

Sean lo fulminó con la mirada.

—Todos mis siervos son importantes para mí. Están bajo mi protección y no tolero que nadie los maltrate. También se rigen bajo mis órdenes. Y no admito que me desobedezcan. Ella tiene la advertencia de no abandonar la fortaleza si yo no lo autorizo. Si lo ha hecho, deberá pagar su rebelión. ¿Os ha quedado claro, mi lord?

—Por completo —murmuró el viejo conde, comprobando que Sean no era ese ser maleable que imaginó. Todo lo contrario. A pesar de sus escasos años era consciente de cuál era su lugar en la vida.

El mayordomo regresó.

—Lo lamento, señor. No la encontramos.

Sean se acercó a Arthur y lo agarró del brazo.

—Vamos al poblado.

—¿Habéis enloquecido? ¡Se trata tan solo de una sierva! Con esta actitud estáis ofendiendo a mí hija —exclamó Matterson.

Sean le lanzó una mirada fulminante.

—No puedo permanecer impasible ante su ausencia. Puede haber caído prisionera o herida. Y antes de que me indiquéis que no debo delegar en estos asuntos, os informaré que siempre me ocupo personalmente de ellos. ¡Vamos, Arthur!

Cuando llegaron ante la casa de Rachel, Sean abrió la puerta con violencia y entró.

—¡Señor! —exclamó la muchacha presa del terror al ver su rostro furibundo.

—¿Dónde está? —le preguntó Sean agarrándola por el brazo.

—¿Quién, amo?

—¡No te hagas la inocente! Sé que ha estado aquí. ¡Habla! —aulló zarandeándola.

—Ella vino... a verme, pero se fue... enseguida, mi amo. No tengo la menor idea de que hizo después —tartamudeó Rachel.

—Mientes. Dijo que estabas enferma— siseó Sean.
—Lo... estuve, mi amo. Pero ya sané. Os... digo la verdad. ¡Por favor, debéis creerme! — sollozó ella.
Sean vio el vestido y sus ojos adquirieron un brillo peligroso.
—¿Y esto? —inquirió con voz acerada.
Rachel se arrodilló ante él.
—Ella... me lo regaló. ¡Oh, mi amo! No os sulfuréis conmigo. Eleonor me pidió que la ayudara. Yo no sabía que fuese tan importante para vos. Era una simple criada.
—¿Ayudarla a qué?
—Dijo que quería ir a Londres, mi amo.
Sean la miró incrédulo. ¿Para qué quería ir allí Eleonor? Ella era feliz a su lado.
—¡Mientes! —clamó.
—Señor, solo cuento lo que pasó. La vi tan angustiada que no pude negarme. ¡Es mi mejor amiga! ¿Qué habríais hecho vos?
—Debería colgarte por esto. Y a ti también, Arthur. ¡Por Dios! ¿Cómo se te ocurrió dejarla sola?
—Jamás pensé que huyera —murmuró el muchacho con desolación.
Sean comenzó a pasear con nerviosismo. Parecía un animal enjaulado.
—La buscaremos. Iremos al mismísimo infierno si es necesario —decidió.
—Tranquilízate —le pidió su primo.
Sean miró a Rachel y ella tembló.
—¿Qué camino tomó?
—Se fue hacia el norte.
—¿Al norte? ¡Dios! Ese camino conduce a las tierras de Clarke. ¿Por qué no se lo dijiste?
—le recriminó.
—Nunca he abandonado este poblado, mi lord. No sé de direcciones.
—Arthur. No podemos perder tiempo. Eleonor está en peligro. ¡En marcha! —dijo saliendo de la choza.
Arthur lo detuvo.
—¿Te has vuelto loco? Hoy te casas. No puedes irte ahora. ¡Lo echarás todo a perder!
—¡Olvida eso!
—Podemos tardar días en encontrarla y ese enlace puede romperse. ¿Por qué no eres razonable? Has luchado mucho por conseguir que Alice aceptara —insistió su primo.
—Eleonor es ahora mi principal preocupación.
Arthur se enfrentó con él.
—¡Sin duda has enloquecido! Eleonor no es más que una simple sierva. Lady Alice es una dama, bella y dulce. No merece este trato. Eres cruel. Un hombre sin corazón. Un hombre que únicamente piensa en si mismo. ¿Sabes? En parte me alegro que esto haya pasado. Alice no podría ser feliz a tu lado. Y ella se merece lo mejor. ¡Ser dichosa!
Sean lo miró estupefacto. Era la primera vez que su primo se atrevía a levantarle la voz. Nunca, ni en las peores de las injusticias lo había hecho. Y comprendió el motivo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?
—¿Acaso he dicho que anulo la boda?
—¡No seas iluso, Sean! Se suspenderá si te empecinas en buscar a Eleonor. ¿Quieres eso? ¿Acaso has olvidado que nuestras familias deben unirse? ¡Tienes un deber que cumplir! ¡Por Cristo! Alice quedará humillada ante todos. ¡Es injusto!

—¿Tanto la amas? —le preguntó.

Arthur carraspeó inquieto.

—No sé que hablas.

—Muchacho, no trates de engañarme.

—Pues, sí. ¡La amo con toda mi alma! Y me duele que le hagas daño —confesó.

—Nadie le causará ningún mal —aseguró Sean.

—¿Te casarás?

—No.

—Le causarás un gran dolor.

—¿Tú la harías más feliz, muchacho? —le preguntó.

—Por lo menos yo no la despreciaría de este modo tan vil. La trataría con el respeto que se merece —contestó Arthur con rabia.

—¿En serio? Me has hecho pensar que lo que realmente desearías es mantenerla todas las noches entre tus muslos. Y así será.

—¿Qué estás diciendo?! —se escandalizó Arthur.

—Digo que serás tú quien se case con lady Alice —le comunicó.

Arthur lo miró incrédulo. Estaba claro que su primo había perdido la razón.

—Sí, jovencito. La amas y yo no. ¿Qué más da quien sea el novio mientras las familias se unan? —rió Sean.

Arthur sacudió la cabeza.

—Su padre no aceptará. Yo no seré conde.

—Lo hará. Él también desea esta alianza. He hecho averiguaciones y sé que están arruinados.

—¿Y aún así aceptaste el contrato? —se extrañó el muchacho.

—Lo hago por sus tierras, que son más valiosas que su fortuna. Además, en cuanto Alice acepte con gusto el cambio, pues sé que le gustas mucho más que yo, no pondrá pega alguna. Ahora regresemos al castillo. Ordenaré a unos soldados que la busquen mientras arreglamos esta nueva situación —dijo Sean subiendo al caballo.

—Siento todo esto. Nunca pensé que Eleonor decidiera escapar, a pesar de lo que dijo.

—¿Qué fue? —le preguntó Sean.

—Nada importante. Olvídalo.

—Arthur —le exigió.

—Eleonor me confesó que no deseaba seguir siendo tu amante.

—¡Por los clavos de Cristo que continuará siéndolo! —exclamó Sean espoleando el caballo.

Al llegar al castillo, Alice y su padre los recibieron con gesto preocupado.

—¿La habéis encontrado, señor? —preguntó ella.

—No. Unos hombres han salido en su busca. Mañana iré yo mismo —dijo Sean.

—¿Qué insinuáis? ¿Acaso suspendéis la boda por esa criada? —dijo con gesto ofendido.

—Habrà boda, no os preocupéis, señor. Ha habido cambios. Vuestra hija se casará con Arthur —respondió Sean.

—¡Os habéis vuelto loco! Nunca lo consentiré —clamó Henry.

—Loco estaría si me casara con lady Alice. Estos dos muchachos se aman, conde. Es la solución perfecta. O esto o nada. Vos decidís.

Henry sacudió la cabeza con énfasis.

—No —decidió.

—¿Por qué no? Las familias continuarán estando unidas. Además, vuestra hija no ha opinado aún —dijo Sean mirando Alice.

—Ella no tiene derecho a decidir. Está bajo mi protección —se opuso Henry.

—No soy del mismo parecer. Por favor, Lady Alice, hablad, os lo ruego.

Ella lo miró azorada. Aquella decisión la llenaba de alegría.

—¿Y bien? —dijo su padre.

Alice tomó aire.

—Es cierto. Amo a Sir Arthur —confesó.

—¡Alice! —se escandalizó el viejo conde.

—Lo siento. No puedo mentir.

Arthur sonrió feliz.

Sean sonrió satisfecho.

—Asunto solucionado.

—¡Nada de eso! Acordamos la boda porque Alice sería señora de vuestro condado. Arthur es vuestro primo y no tiene derecho a heredar —protestó Matterson.

—No se casa con un miserable, señor. Arthur es dueño del castillo de Greenhills y de la ciudad de Grostow. A parte de poseer una gran fortuna. ¿Os parece eso una nimiedad, señor? —le informó Sean.

Matterson alzó las cejas sorprendido.

—Es un buen patrimonio, lo reconozco.

—¿Aceptáis, entonces?

—¿Y qué puedo hacer? No puedo permitir que mi heredera sea humillada. Y si estos muchachos se aman, es la mejor solución para todos. Aunque, vos no ampliaréis el condado.

—Estarán en manos de mí primo, que es como un hermano. ¡Perfecto! Ahora será mejor que nos retiremos. Vosotros debéis casaros y yo salir en busca de Eleonor —dijo Sean.

—¿No asistiréis a nuestro enlace? —se sorprendió Alice.

—Eleonor está en peligro. Esa insensata ha penetrado en las tierras de Clarke.

—Dudo que la lastimen. Estoy convencido que te pedirán un rescate —dijo Arthur.

—¿Piensas que aceptaré un chantaje? ¡Jamás! Si la tienen prisionera, la rescataremos —exclamó Sean indignado.

—Sería una locura, señor. Una pérdida inútil de soldados por una mujer que no es otra cosa que...

—¿Mí amante, Matterson? Sí. Lo es. Pero ellos no lo saben. Eleonor escapó vestida como una criada. Es probable que ni se molesten en pedir dinero y la retengan con ellos convirtiéndola en una esclava. Tengo que sacarla de allí.

—Sean, sé razonable. Deberías esperar. Si piden rescate, paga y si no, te juro que te ayudaremos a liberarla —sugirió Arthur.

—¿Tanto la amáis que estáis dispuesto a arriesgar nuestra seguridad? —le preguntó Alice.

Sean la miró con frialdad.

—Señora, Eleonor es una más de mis propiedades. No puedo consentir este agravio. Eso es todo. Ahora, retirémonos. Es tarde y los novios deben presentar buen aspecto —dijo Sean.

Arthur pensó por un momento que su primo se había enamorado como un tonto de Eleonor. Pero desechó la idea al instante. Lo único que sentía era cólera por haber sido ofendido por una simple vasalla. No quería ni pensar que sería de Eleonor cuando regresara.

Tras permanecer durante varias horas encerrada en una habitación, Eleonor fue conducida ante el conde.

Willox Clarke era un hombre de unos cincuenta años. Alto y fornido, con unos ojos negros penetrantes y exentos de cordialidad.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con mirada glacial.

—Eleonor, señor.

El rostro del hombre se contrajo por unos segundos, pero de nuevo adquirió dureza.

—¿Me han dicho que eres una sierva de ese cerdo de Sean Evans?

—Mienten —dijo ella mostrando seguridad.

—¿No serás tú la mentirosa? ¡Habla!

—Vengo de las montañas, señor. Mi padre era un pastor que murió. Os juro que no soy vasalla de Evans. Y si estáis pensando pedir un rescate, perdéis el tiempo.

—Conozco a mis súbditos y tú nunca me has pertenecido. Di la verdad o serás interrogada con más dureza —le amenazó Willox.

—Hacedlo. No conseguiréis otra confesión —le retó ella clavándole sus ojos verdes con osadía.

Clarke sintió una punzada en el corazón. Aquellos ojos...

—Acércate —le ordenó.

Ella obedeció. El hombre le alzó el mentón y la miró con fijeza.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince, señor.

El pecho de Willox latió con fuerza. Su hija tendría la misma edad que ella si aún viviese y sus mismos ojos esmeraldas. Alzó la mirada y observó el cuadro que presidía el salón.

—Mira la pintura —le pidió al soldado que custodiaba la puerta.

—El parecido es asombroso, señor. Pero es imposible lo que pensáis.

Eleonor también miró la pintura. Pensó que era cierto. Esa mujer era como ella. Su vivo retrato.

—¿Y qué explicación encontráis?

—Vuestra hija murió. Fue asesinada por los Evans, mi lord —dijo el soldado.

—Nunca encontramos su cuerpo. Dimos por hecho que falleció. ¿Y si no fue así? Esta joven tiene su misma edad, sus mismos ojos, su mismo nombre.

—Pura casualidad.

—Muchacha cuéntame la verdad. Necesito conocer tus orígenes. Comprobar si eres la hija que perdí —casi le suplicó el conde.

Eleonor sacudió la cabeza. Ese hombre era estúpido si pretendía arrancarle una confesión para que traicionara a Sean con esa teoría absurda y loca. Aquella mujer y ella se parecían, sí. Pero era una simple casualidad. Ella era vasalla de los Condes de Evans. Una simple campesina.

—Todo esto no es más que una artimaña para hacerme hablar. Pero no lo haré. No tengo nada nuevo que decir —se negó ella.

—Mi hija tenía una marca en la espalda con forma de mariposa. ¿La tienes tú?

Eleonor parpadeó mostrando aturdimiento. ¿Qué había dicho? ¿Dijo algo de una mariposa? No. Por supuesto que no.

—Muchacha, contesta.

Willox, ante su mudez, se acercó a ella y con gesto impaciente le bajó el vestido. El lunar apareció ante sus ojos. Eleonor se cubrió los senos.

—¡Dios mío! ¡Es ella! ¡Es mi hija! —exclamó conmovido.

Eleonor miró de nuevo el cuadro.

—No es... posible... —balbució.

El soldado parpadeó perplejo.

El conde, al ver la palidez en el rostro de la muchacha, la llevó hasta un banco y le indicó que se sentara. Ella se dejó caer abrumada. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué toda su vida había sido una mentira? ¿Sus padres? ¿Su origen? Eso parecía. No, eso no era real. Seguramente estaba inmersa en un sueño y al despertar se encontraría tendida sobre la nieve a punto de morir de congelación.

—Sí, pequeña. Es increíble, pero cierto. Eres la hija que creí perdida para siempre.

Eleonor comenzó a jadear. Le faltaba el aliento. ¿Era una dama? ¿La hija de un conde? ¡Señor! Había vivido un infierno como esclava y poseía la misma nobleza que su carcelero.

El conde llenó una copa de agua y se la ofreció. Ella bebió con ansia.

—Comprendo la conmoción. Tranquilízate, querida. Ya estás en casa.

Eleonor pensó que Sean sería incapaz de creerlo. Se pondría furioso al descubrir que había compartido actos tan íntimos con la hija de su peor enemigo; del hombre que mató a su madre.

—Sal. Y mantén la boca cerrada —le ordenó Willox al soldado.

—Sí, mi lord.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Quién cuidó de ti? —le preguntó el conde.

—¿No importa quien sea, señor?

—Ellos salvaron tu vida. ¿Qué importancia tiene su procedencia?

—A vos os afectará y mucho. Será mejor que os conforméis con haberme recuperado.

—Quiero recompensarlos —insistió su padre.

—¿Lo decís de corazón?

—Tienes mi palabra —aseguró Willox.

Eleonor suspiró. Tal vez, el giro que habían dado los acontecimientos lograra que las rencillas entre las dos familias terminaran.

—Fui cuidada por Gordon Smith, un siervo de Sean Evans.

El rostro del conde se contrajo con enojo.

—Habéis prometido no encolerizaros —le recordó ella.

—¿Cómo evitarlo, pequeña? Lo ocurrido es imperdonable. Esa gente mató a tu madre.

—¿Por qué razón?

—Tu tatarabuelo concertó el enlace con lady Pamela Boyle, y Evans se negó a aceptarlo, pues también la amaba. La raptó y la guerra estalló. Desde entonces la enemistad continua —le explicó.

—Pero... ¡Eso pasó hace muchos años! Deberíais olvidarlo de una vez. Además, ella hubiese podido escapar, como yo lo he hecho. Tal vez amara a Evans.

—Eso ya no importaba. El honor estaba mancillado. Además, esos asesinos destrozaron mi vida.

—¿Y vos no hicisteis lo mismo con Sean? Matasteis a su madre —le recordó ella.

—Nunca di esa orden, pequeña. No soy tan desalmado. Incluso ordené ajusticiar al soldado que cometió tamaña atrocidad. Pero me arrepentí en el momento que trajeron el cuerpo sin vida de Claire, tu madre, y la noticia de tu desaparición. ¡Y juré venganza! ¿Qué habrías hecho tú? —dijo él con vehemencia.

—No sé —musitó ella.

—¿Por qué has escapado? ¿Acaso ese mal nacido te mantenía prisionera? —quiso saber su padre.

—El conde desconocía mis orígenes.

—Lo dudo —dijo Willox con rabia.

—Es la verdad, señor. Sean habría pedido un rescate desorbitado. ¿No opináis lo mismo?

Su padre permaneció unos segundos pensativo.

—Es posible.

—Señor, olvidad el pasado. Ahora estamos juntos. Nada debe empañar tanta dicha —le pidió ella sonriéndole con ternura.

—Me gustaría. Sin embargo, Evans no permitirá que hayas escapado. Y mucho menos que estés en este castillo.

—Vos me protegeréis. ¿No es así?

—Con mi vida, si es preciso —aseguró acariciándole la mejilla—. ¡Oh, Dios! ¡Eres tan hermosa como tú madre!

—¿La amabais?

Willox suspiró entristecido.

—Con toda el alma. Era dulce, educada. Toda una dama y me entregó su corazón sin reservas.

—Yo soy muy distinta, señor. Siempre he vivido como una sierva.

—Nada de eso, hija. Llevas en la sangre la nobleza. Serás una gran dama —le aseguró su padre.

—Aunque, he de confesaros que tengo un carácter de mil demonios —rió ella.

—Una combinación explosiva. Estoy convencido que tendrás un montón de pretendientes.

—Soy muy joven para contraer matrimonio.

—Tú madre ya era mi esposa a tu edad.

Eleonor pensó en Sean. Ya estaría casado. Su amor pertenecía a otra. Ahora todo había cambiado. Era una Clarke. Estaba protegida por su verdadera familia y él ya no podría obligarla a regresar a su lado. Como había dicho su padre, sería respetada y encontraría a un hombre que la amase de verdad. Olvidaría a Sean y el tormento que había vivido durante tantos años.

—No estés triste. Aún no pienso desposarte. Quiero disfrutar de tu compañía —dijo Willox sonriendo con ternura.

—¿Qué haréis si viene Evans?

—No creo que ose cometer tamaño error —aseguró el conde.

—Vos no lo conocéis. Es audaz. No se detiene ante nada —le aseguró ella.

—Ningún Evans ha puesto los pies en estas tierras desde hace años. Él no será el primero.

—Si lo hace, permitidle entrar —le pidió Eleonor.

Willox la miró desconcertado.

—¿Qué pretendes?

—Quiero demostrarle que no tiene ningún poder sobre mí. Y que la esclava que humilló es la hija de su peor enemigo. Deseo ver con mis propios ojos como se desespera.

—¿Qué te hizo? —inquirió su padre.

No diría nada. No estaba dispuesta a ser la causante de una nueva guerra.

—No importa ahora, señor. Todo pasó. Ahora soy libre. ¿Dejaréis que se entreviste con vos?

—¿Tan segura estás de que vendrá?

—Me jugaría la vida. No soporta una desobediencia y mucho menos una huida. Aunque, dudo que venga en estos días. Hoy se casaba.

Willox respingó. Nadie le había informado de ello. ¿Por qué habían fallado sus espías?

—¿Con quién?

—Con Lady Alice Matterson.

—¡Por Cristo! Esa unión nos desfavorece. Son poderosos y un tienen un gran número de soldados. Podrían atacarnos. ¡Y lo harán! Estamos en una situación peligrosa. Hemos de buscar alianzas cuanto antes —dijo Willox con evidente preocupación.

—¿Y por qué no intentar entablar la paz? —sugirió ella.

—Imposible.

—Olvidad el pasado. Si continuáis con esta locura, podéis perderlo todo.

—¡No me importa! —rugió él alzándose.

—Sois tan testarudo como él, señor. E igual de egoísta. Los demás no os importan lo más mínimo —le recriminó ella.

—Las mujeres no comprendéis estas cosas.

—¡Afortunadamente, señor! Y ahora, si no os importa, me gustaría adecentarme —dijo Amanda con el ceño fruncido.

Su padre estalló en carcajadas.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—Hace años que ninguna mujer me contradecía. Me gusta. Tú madre también lo hacía.

—¿Y lograba lo que quería? —quiso saber Eleonor.

—Casi siempre. Pero no te hagas ilusiones. En esta ocasión tus protestas no son viables.

—Porque vos queréis, señor.

—Sean jamás perdonará. Lo sabes.

—Ni vos. ¿Podrías indicarme dónde quedan mis aposentos?

—Vamos —dijo Willox colgándose del brazo de Eleonor con orgullo. Su querida hija estaba con él y nadie volvería a arrebatársela.

El rostro ojeroso y cansado de Sean contrastaba con la felicidad que mostraba Arthur. Ya habían pasado tres días y continuaban sin encontrar a Eleonor. Tampoco recibieron noticias de su enemigo.

—He de ir. Es preciso —dijo Sean con desesperación.

—Tal vez esté herida o muerta —sugirió Matterson.

—¡Callad! —rugió Sean—. Eleonor no ha muerto. Y no esperaré ni un minuto más a ir a reclamarla a esa sabandija. ¡No tiene derecho a retenerla!

—Señor, vuestra obcecación puede traer consecuencias irreparables. Puede estallar la guerra a causa de una simple sierva —dijo Alice.

—Tal vez Eleonor no sea una dama como vos. Pero ella me pertenece. ¡Es mía! Y no permitiré que ese bastardo la retenga. ¿Queda claro, señora?

—Sean, no es correcto que le hables de este modo a mí esposa— se enojó Arthur.

—Por favor, no discutáis. Soy yo la que debo disculparme. Eleonor no merece ser despreciada. Ella fue buena conmigo a pesar de que debía casarme con Sean. Y opino que no deberíamos interponernos en este asunto. Eleonor debe regresar a su hogar. Al lugar que le corresponde.

—¿A costa de perder vidas humanas? —dijo su padre.

—No será necesario que estalle ninguna batalla. Sean puede ofrecer un rescate. ¿No es así, señor? —sugirió Alice.

—Puedo —admitió él.

—Te acompañaré —decidió Arthur.

—¡Ni lo sueñes, muchacho! Eres un recién casado con obligaciones. No temas. No cometeré ninguna estupidez. Únicamente iré a negociar. Me comportaré como un auténtico caballero. Lo prometo. Claro que, si mañana no regreso, acude con el ejército.

—Sean, es peligroso —dijo su primo con preocupación.

—La vida es riesgo, amigo mío —repuso Sean sonriendo—. Ahora he de partir. Deseadme suerte.

Durante horas cabalgó sin descanso. Estaba ansioso por llegar al castillo y recuperar a Eleonor. No concebía la existencia sin ella. Desde que había desaparecido no había podido conciliar el sueño, ni apenas probar bocado. Su lecho le parecía grande, frío sin la tibieza de su cuerpo. Y era incapaz de comprender porqué lo había abandonado. Nunca la trató mal. Ni había vuelto a tocar a otra desde que la probó. Debería estar orgullosa de ello.

Cuando el vigía reconoció el estandarte del enemigo, se puso realmente nervioso. ¿Qué debía hacer? ¿Disparar? ¿Comunicar su presencia?

Se decidió por la última opción.

Pocos minutos después las puertas se abrieron y le fue permitida la entrada.

Los soldados miraron a Sean estupefactos. ¿Cómo osaba ese mal nacido profanar el castillo?

El lacayo acudió a recibirlo.

—Señor, el conde os recibirá.

Sean lo siguió hasta llegar al salón principal.

Willox se encontraba sentado en la silla noble. Aunque pudiese parecer extraño, era la primera vez que se veían. Sus ojos se encontraron y se miraron con animadversión. No obstante, Sean se inclinó ante él.

—¿Qué deseáis, señor? —le preguntó Willox con gelidez.

—Creo que tenéis algo que me pertenece —contestó Sean en el mismo tono.

—Lo dudo. No tengo nada de vuestra propiedad. Y es una lástima. Como imagináis, nada me complacería más —se burló Willox.

Sean apretó los dientes intentando controlar la furia.

—No me provoquéis. He venido en son de paz y no por gusto.

Willox esbozó una sonrisa sarcástica.

—Lo supongo. Debe ser humillante tener que arrastrarse ante el enemigo.

Sean le lanzó una mirada gélida.

—No os confundáis. ¿Acaso me veis suplicando, señor? Vengo a exigir que me devolváis a la muchacha.

—Os repito que no tengo nada vuestro.

—No os creo.

Willox se alzó iracundo.

—¡Me llamáis mentiroso!

—No puedo evitarlo, señor. Sé que ella está aquí.

—Evans. En esta casa únicamente está una dama educada y bella. Dudo que sea la mujer que buscáis.

—Eleonor también es educada. Puede pasar por una dama, pero es simplemente una sierva.

—¿Y cómo es posible que una criada sepa comportarse con educación exquisita? Nunca escuché tamaña tontería —repuso Willox haciendo revolotear la mano.

—Ahora no es momento para disertaciones. Os ruego que me la devolváis —dijo Sean con gesto impaciente.

—Nada más me gustaría que recibir un buen pago por ella. Pero repito que esa joven no es de vuestra propiedad.

—Vos me odiáis. No puedo creerlos.

Willox golpeó la silla con rabia.

—¡Puede que sea vuestro enemigo, pero soy hombre de honor! Nadie puede dudar de mí

palabra. Ni tan siquiera vos. Y ahora, os ruego que os marchéis de esta casa. Ya he escuchado demasiados insultos.

—Os repito que no me iré sin ella. ¿O acaso preferís la guerra? —insistió Sean con gesto amenazante.

—Supongo que ahora sería fácil para vos después de haberos casado con Lady Matterson —dijo Willox.

—Veo que las noticias vuelan.

—Más veloces que el viento. Os felicito. Habéis conseguido la mejor de las alianzas y una esposa sumamente bella. No comprendo como habéis podido abandonarla en plena luna de miel por una simple sierva.

—No consiento que nadie se lleve lo que es mío. No importa si es una dama o una criada.

—Pues no os conviene que esa dama se enoje. ¿Qué ocurrirá si os retira la ayuda que necesitáis?

Sean esbozó una sonrisa maliciosa.

—No me creáis tan estúpido, señor. Si me hubiese casado con ella estaría con mí esposa. Fue mi primo el que se casó. Matterson no opuso resistencia. Arthur también es rico. Además, lady Alice lo amaba. ¿Qué podía hacer yo?

Willox lo miró con curiosidad. Aquel joven sin piedad, sin corazón, había dejado que dos jóvenes que se amaban cumplieran su sueño. Era inaudito.

—¿No lo creéis?

—Vos no lo hicisteis antes. ¿Debo ahora confiar en vuestra palabra? No os creo capaz de tanta generosidad. Vos sois despiadado —respondió Willox con sorna.

—Vuestra gente me arrebató la oportunidad de creer en mis semejantes. Pero a los míos los defiende hasta la muerte —dijo Sean con rostro acalorado.

—En eso nos parecemos. ¿No es curioso?

—Pues devolvedme a Eleonor.

—Encuentro excesivo vuestro interés por una esclava. Ningún señor arriesgaría tanto.

—Yo sí.

—Realmente, sois testarudo, señor —dijo Willox lanzando un suspiro.

—No saldré de aquí sin Eleonor. Puedo jurarlo. ¿Cuánto queréis por ella?

—Nada, pues nada tengo que sea vuestro.

—¡Maldita sea, no continuéis negándolo! —exclamó Sean colérico.

—Sois realmente exasperante, señor —dijo Willox con voz cansina.

—Y vos inconsciente. Estoy dispuesto a lanzar mí ejército contra vos. ¿Queréis perderlo todo por una mujer sin importancia?

—¡Estáis loco! —rugió Willox.

—Soy de lo más sensato. Vos actuaríais del mismo modo. Reconocedlo.

Willox se dejó caer en la silla.

—Supongamos que estuviese aquí y que ella no quisiera regresar junto a vos. Que me hubiese pedido protección. ¿Debería entregarla?

—Eleonor no querría estar con nuestros enemigos. Además, ella desea volver a mí lado —aseguró Sean.

—Muy convencido os veo.

—Del todo.

—¿De veras? —inquirió Willox sonriendo.

Sean clavó sus ojos grises en el rostro de su enemigo con fastidio. Aquella situación se estaba tornando insoportable y no quería discutir ni un minuto más. Hablarían las armas.

—Lord Clarke. Temo que no llegaremos a ningún acuerdo. Estad preparado —dijo dando media vuelta.

—¡Esperad! —exclamó Willox.

Sean volvió a enfrentarse a él y negó con la cabeza.

—Os interesa y mucho lo que voy a mostraros. Esperad —le pidió abandonando el salón.

Sean se revolvió intranquilo. Estaba cometiendo la mayor estupidez de su vida. Tal vez no saldría vivo de allí.

21

Tras varios minutos de espera, las puertas del salón se abrieron y Eleonor apareció ante él. Estaba increíblemente bella. El vestido era de un valor incalculable, lo mismo que las joyas que la adornaban.

Sean miró a Clarke rabioso. Se había burlado de él. Y lo peor de todo, imaginar lo que había ocurrido entre ellos. Ningún noble agasajaba con tanta generosidad a una mujer de la cuál no hubiese recibido favores. Eleonor había retozado con ese viejo y esa imagen le produjo arcadas.

—Mentisteis —siseó.

—No, señor. Ella no está cautiva y no os pertenece. Es una mujer libre —rebató Willox.

—Es cierto, señor —dijo Eleonor.

—¿Por qué haces esto? ¿Son nuestro enemigo! —rugió avanzando hacia ella.

—Tú enemigo. No el mío —repuso Eleonor desafiante.

—¿Por qué crees que te ha liberado? ¡No seas ilusa! Se aprovecha de ti —gritó agarrándola del brazo.

—Soltadla —siseó Willox.

Sean se volvió hacia él y contrajo el rostro.

—Esta muchacha es mí sierva. No tenéis ningún derecho a retenerla. Incluso el rey me dará la razón.

—Lo dudo. Nadie os apoyará —dijo Willox totalmente convencido.

—¿Os habéis vuelto loco? ¿Queréis perderlo todo por ella? ¡Maldita sea! —gritó Sean abalanzándose sobre su cuello.

—¡Soltadlo! —le suplicó Eleonor.

Sean la miró y su rostro adquirió fiereza.

—¿Por qué esta protección? ¿Es por lo que imagino? ¡Di! ¡Dios! ¡Eres peor que una

furcia! ¡Os mataré a los dos! —juró confirmando sus sospechas.

—Retirad ahora mismo ese insulto —le exigió Willox.

—¿Por qué razón? Se ha entregado a mí peor enemigo y por lo que veo, voluntariamente. Para mí es la peor traición.

—¿Qué os hace suponer eso, señor? —dijo ella.

—Es evidente. Te ha llenado de presentes dignos de una reina. Un pago muy generoso por tus servicios de prostituta —respondió Sean con los dientes apretados.

El viejo conde, furibundo, se alzó.

—Lord Willox. Calmaos. Por favor. ¿Podéis dejarnos a solas? —le pidió Eleonor.

Él dudó.

—Os aseguro que no correrá la sangre.

—Está bien. Pero gritad si os violenta —aceptó. Y sin poder dejar de mirar hacia atrás, se fue.

—Tendría que estrangularte —escupió Sean.

—Si pensáis continuar en este tono, será mejor que os marchéis.

—¿Y cómo quieres que reaccione? Me has traicionado de la manera más mezquina.

—¿Y si fuese así?

Sean sacudió la cabeza con incompreensión.

—Eleonor. ¿Por qué lo has hecho? No lo entiendo. Juntos lo pasábamos bien y jamás he sido violento. Te he cuidado.

—Ibais a casaros.

—Esa no es una razón convincente. Te dije que continuarías a mí lado.

—No deseaba ser vuestra concubina con vuestra esposa viviendo conmigo. Lo sabíais y no atendisteis a razones.

—¿Y prefieres compartir el lecho con ese hombre? ¡Dios Santo! ¡Mató a mí madre! —exclamó él.

—No temáis. No lo comparto. Aquí me respetan. Lord Clarke jamás me tomaría.

—¡Ah! A parte de zorra, sois una perra mentirosa —le escupió.

—¿Acaso pensáis que todos los hombres son como vos?

—Los hombres, sean o no como yo, jamás se resisten a la belleza de una mujer y tú eres la más hermosa. Ni tan siquiera un anciano como ese bastardo —aseguró Sean.

—Desgraciadamente, también sois tercos e inflexibles. Pero con referencia a mí, bien distintos. Aquí me tratan como merezco —dijo ella con pesar.

Sean se acercó y le acarició el rostro.

—Eleonor. Vayámonos de aquí. Prometo olvidar esta locura. Te perdono.

—¿Qué me perdonáis? ¡Cuan generoso! —se exasperó ella.

—Lo soy. Nunca he perdonado tamaña afrenta. Y lo estoy haciendo.

—No os molestéis. Os he dicho que no quiero volver con vos.

—¡Por todos los demonios! ¡No permitiré que te quedes! ¡Eres mía! —gritó él abrazándola.

Eleonor lo empujó con fuerza y se liberó.

—Os equivocáis. Nunca os pertenecí. Además. ¿Qué dirá vuestra esposa?

—No tengo esposa —dijo él.

Eleonor lo miró fijamente. ¿Hasta dónde era capaz de llegar por conseguirla?

—Es cierto. Fue Arthur quien contrajo matrimonio. Se amaban y acepté el cambio. ¿Volverás ahora conmigo, gatita?

—Imposible. No puedo consentir que me tratéis como una vulgar meretriz. Ya no. Todo ha cambiado —rechazó ella.

Sean comenzó a impacientarse.

—Eleonor, ya estoy harto de esta situación. He arriesgado la vida llegando hasta aquí. No consentiré más agravios.

—¿Y debo ser yo la que los acepte? Aquí seré tratada como a una dama.

—Hasta ahora lo habéis engañado. Pero eres solo una criada y cuando lo compruebe, no tendrá clemencia.

Eleonor lo miró con ojos helados. Para él no era nada especial. Tan sólo una mujer de su propiedad. ¡Qué estúpida había sido enamorándose de él! Ese hombre no tenía corazón.

—No soy una sierva, señor. Y no saldré de esta casa. De mí casa —aseguró ella.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué tonterías estás diciendo?

—No he enloquecido. Soy Lady Eleonor Clarke. Para ser más exacto, la hija de vuestro peor enemigo.

Sean estalló en carcajadas. Nunca había oído algo tan descabellado. Esa muchacha había enloquecido. Ahora comprendía su huida descabellada.

—Soy la niña que todos creísteis muerta. Este retrato y la marca que tengo en la espalda lo confirman. ¿Comprendéis ahora porqué no permitiré que me saquéis de aquí, señor?

Sean parpadeó confuso. Trataba de engañarlo.

—Invenciones.

—¿Quién puede demostrarlo? Nunca encontraron su cadáver. ¿Pensáis que Clarke me aceptaría como su heredera si no fuese cierto? No seáis iluso. Es la verdad. Aceptadla de una vez. Hacedlo. Nada podéis hacer por retenerme. Soy libre —dijo Eleonor con dureza.

—Eleonor...

—Para vos lady Eleonor, señor. Podéis iros. Vuestra misión ha terminado. No hay nada vuestro en este castillo —dijo ella con crueldad.

—No es cierto. Siempre serás mía —dijo él mirándola con intensidad.

—Soy una Clarke. Ya no vuestra esclava. Ahora debéis considerarme una enemiga.

—No puedes hablar en serio. No después de lo que ha ocurrido entre nosotros —se quejó él.

Ella lo miró con desprecio.

—¿Y qué ha pasado? Nuestra relación fue entre una sierva y su amo. Me limité a obedecer. O de lo contrario me hubieses azotado.

—Nunca hubiese hecho tal atrocidad —protestó él.

—No podéis engatusarme. Sé lo despiadado que sois. Por suerte he escapado de vuestras garras.

—¿Eso te hará feliz?

—Inmensamente —respondió ella alzando la barbilla.

—Ni tú misma lo crees. Escapaste por celos; porque no podías soportar que el hombre que amabas se casara con otra.

—No seáis tan vanidoso, señor. El único sentimiento que albergo es odio —replicó ella.

—Una novedad, querida. En el lecho demostrabas todo lo contrario —rió él.

—El placer no significa amor, como vos mismo sabéis.

—¡No me tomes por idiota! —exclamó él.

—Sois tan arrogante que no aceptáis que alguien os desprecie. Y si os respetan, es porque os temen como al mismísimo diablo. Pero yo ya no os temo. Tengo un padre poderoso que me

protege, que me ama y no consentirá ni un agravio más. Soy una dama y todos me respetarán, incluso vos.

Sean la miró con seriedad.

—Eleonor, tú siempre serás para mí la mujer que deseo.

—Un anhelo inalcanzable. Soy vuestra adversaria. No lo olvidéis.

Él le lanzó una mirada amenazadora.

—No estés tan segura. No me rindo con tanta facilidad.

—Este lugar es infranqueable.

—Me subestimás, preciosa. Haré lo que sea por volver a tenerte.

—¿Querriáis a una mujer que os despreciaría por ello?

Sean se precipitó sobre ella y la besó con furia. Eleonor se debatió horrorizada. Nuevamente, a pesar de todo, volvía a ceder. Su boca se abrió y aceptó su beso.

Él sonrió triunfante.

—¿Lo ves? Me perteneces. Me deseas. Es la única verdad —susurró.

Eleonor se separó y lo abofeteó.

—¡Nunca más volváis a cometer esta villanía! ¡Ahora soy una dama!

—Efectivamente. Eres una dama, pero tu cuerpo sigue reaccionando como el de una mujer fogosa, carente de la menor decencia —se burló él.

—¡Salid de esta casa! —gritó ella.

Sean se inclinó.

—Como deseéis, my lady. Sin embargo, os prometo que no podréis libraros de mí. Juré que os tendría y así será.

—¡Nunca!

—Siempre gano, señora. Siempre.

Eleonor abrió la puerta y miró a su padre.

—El conde se marcha, padre —dijo.

—Espero que todo esté aclarado, señor. Ya veis que no os mentí.

Sean lo miró con fijeza. Ciertamente lo que ella le había contado, parecía ser la verdad. ¿Era posible?

—No mentimos, conde. Ella es la hija que creí perdida. Al parecer, uno de vuestros soldados se apiadó de ella y la escondió. Mirad esa pintura. Era su madre. Su mismo rostro, su mismo porte; e incluso la marca en su espalda, también la tenía mi esposa. No tenéis derecho sobre ella.

—Antes era mía. Ahora es vuestra. Aunque no me resignaré. No pienso perderla. Volverá conmigo.

—No consentiré que iniciéis una guerra —dijo Willox.

—Si intentáis retenerme, mis hombres están alertados y atacarán —le aconsejó Sean.

—¡Sois un loco! —le gritó Willox.

—No sabéis cuan loco puedo llegar a ser si alguien me arrebatara lo que deseo. Quedad con Dios —escupió Sean. Dio media vuelta y se marchó.

Sean entró furioso.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Has encontrado a Eleonor? —se interesó Arthur.

—Sí —dijo Sean dejándose caer en la silla.

—¿Y dónde está? —preguntó Alice.

—Con Clarke.

—¿No ha aceptado el trato? ¡Inaudito! —dijo Arthur.

—Lo que no creerás es lo sucedido. Cuando llegué fui recibido con gran amabilidad y eso me extrañó. Ese bastardo me aseguró que no tenía nada mío.

—Es evidente que mentía —dijo el suegro de Arthur.

—Dijo la verdad. Eleonor no es la muchacha que creíamos. Es la hija de Clarke.

Los otros quedaron petrificados ante la revelación.

—¿Te has vuelto loco? ¡Eso es imposible! La niña pereció en la batalla —reaccionó su primo.

—Eso pensábamos todos. Pero es evidente que no sucedió tal cosa. He visto el retrato de difunta condesa. Eleonor y ella son dos gotas de agua. Además, Eleonor tiene un lunar inconfundible que el viejo reconoció.

—¿Y creéis esa patraña? ¡No son pruebas suficientes! Ese hombre había podido ver el lunar en otras circunstancias —dijo Henry.

Sean le lanzó una mirada amenazadora.

—No volváis a insultar a esa mujer. Jamás ha sido tocada por Clarke.

—¿Le creéis? —se extrañó Matterson.

—Sí —admitió Sean.

—Entonces, la habéis perdido —dijo Alice.

—Nada de eso, señora. La traeré de nuevo.

—¿Qué dices? No puedes hacerlo. Eleonor ahora es una noble —le recriminó su primo.

—¿Por qué demonios la defiendes? Es nuestra enemiga. Además, hemos esperado este momento muchos años. Tú suegro nos dejará su ejército y venceremos de una vez para siempre.

—Escuchad. Debéis tener calma. Os encontráis ofuscado y no pensáis con claridad —le sugirió éste.

Sean lo miró con enojo.

—¿Acaso no pensáis cumplir el trato, mi lord?

—Lo haré, pero os pido tiempo. Que meditéis. Una guerra es la última opción.

—Ya lo he hecho. La próxima semana iniciaremos la ofensiva.

—Sean, siempre te he apoyado. Sin embargo, en esta ocasión no tienes razón. Eleonor es una Clarke. Esa no es excusa para que inicies una guerra. Y lo sabes. Pero eres un loco testarudo. Con esta acción conseguirás que sea el propio rey quien nos despoje de todo. ¿No lo entiendes? Nos acusarán de traición. ¡Dios Santo! —le recriminó Arthur.

—Mí esopo está en lo cierto —dijo Alice.

Sean la apuntó con el dedo.

—Vos no os metáis en esto. Como mujer, no tenéis ni idea de batallas.

—Pero sé cuando una causa es justa. Esta no lo es. Eleonor pertenece a la nobleza y si atacáis el castillo se os acusará de raptó. ¿No dejaréis que vuestra obsesión por ella os lo haga perder todo, verdad? Siempre habéis dicho que vuestro deber es proteger a los vuestros. Demostradlo y actuad con sentido común —replicó ella.

—Es lo que hago. ¡Eleonor es mía! ¡Mía! —rugió golpeando la mesa.

—Deja de comportarte como un niño —le pidió Arthur.
Sean lo apartó de un manotazo haciéndolo caer al suelo.
—¡Por Dios! ¿Qué os ocurre? Es evidente que la locura se ha apoderado de vos —dijo Alice.
—Os dije antes que no interfirierais en mis asuntos —gruñó Sean.
—No os consiento que habléis de este modo a mí hija —protestó Matterson.
—Estoy en mí casa y hablo como me da la gana. ¿Entendido? Y mañana mismo iré a buscar aliados —contestó Sean abandonando el salón.
—Hay que detenerlo. Vamos, Arthur —decidió su suegro saliendo tras él.
Los dos hombres lo atraparon.
—¡Soltadme! —rugió Sean.
—Has de entrar en razón. No permitiremos que nos traigas la ruina —dijo Arthur.
Sean se revolvió, pero fue abatido por el golpe que le asentó Matterson con la empuñadura de la espada.
—¡Dios mío, padre! —gimió Alice.
—Era imprescindible. Llémoslo al desván.
Lo tumbaron en un viejo camastro y cerraron con llave.
—Nunca lo había visto tan furioso —dijo Arthur.
—Tenemos que actuar con rapidez. No podemos permitir que nos involucre en una guerra sin sentido —dijo su suegro.
—¡El rey! —exclamó Alice —. Hay que contarle lo sucedido. Él lo hará recapacitar. Tendrá que acatar su dictamen.
—Sí. Solamente él lo detendrá. Enviad a un hombre —sugirió el viejo conde.
—No. Iré personalmente. Este asunto es demasiado delicado para airearlo. Partiré ahora mismo. Vosotros procurad que no salga de este cuarto hasta mí regreso.
—Padre te acompañará —dijo Alice.
—No es necesario.
—Cariño, es peligroso y mi padre es un gran guerrero. Quiero que estés protegido. No soportaría que nada malo te ocurriese —dijo ella con evidente preocupación.
Arthur la besó con ternura.
—Está bien. Guarda la llave y no abras bajo ningún concepto. ¡Vamos!
Alice respingó sobresaltada la oír los golpes.
—¡Abrid! —rugió Sean.
—Ni lo soñéis —se negó ella.
—¿Lady Alice? ¡Os ordeno que me liberéis!
—Estáis enfermo, señor. El reposo y la calma os traerán la cordura.
—Si no abris, derribaré la puerta —amenazó él.
—No cederá. Es maciza. Vos mismo la elegisteis —se burló ella.
—Os aseguro que en cuanto salga, pagaréis caro esta afrenta. ¡Comenzad a temblar, mi lady!
—No os temo, señor. Sé como sois realmente a pesar de vuestra apariencia. La reflexión os hará comprender nuestra actuación.
—Dejaos de sensiblerías y abrid. ¡Ahora mismo! —rugió Sean.
—No.
—¿Habéis olvidado que Eleonor es una Clarke? ¡Es nuestra enemiga!
—Eso es lo que duele. ¿No es cierto? La mujer que amáis es hija de vuestro peor rival. La

vida es paradójica en muchas ocasiones.

—No digáis estupideces, señora. ¡Yo no amo a nadie! Tengo el corazón de piedra.

—¿Y a qué viene todo este alboroto? ¿Por el honor? Por mucho que lo juréis nadie os creerá. Queréis a esa mujer. Pero admitid que ya no puede ser vuestra. Ya no.

—Lady Alice —siseó él.

—No os canséis, señor.

—¿No vais a abrir?

—No. Estoy determinada a conseguir que os apacigüéis. Y si no lo consigo, seguiréis recluido.

—Entonces. ¡Idos con el demonio! —exclamó Sean golpeando la puerta con el puño.

—Aunque no lo creáis, estoy acostumbrada a los exabruptos. No me asustáis. Ahora, sed bueno y descansad.

Alice se alejó sonriendo. Por el momento, su cuñado estaba a buen recaudo.

Sean se sentó en la cama y se frotó la cabeza. ¿Cómo se había dejado vencer? ¡Maldita sea! Todos estaban contra él. Pero no se daría por vencido. Eleonor era suya. Conseguiría recuperarla y todos aquellos que lo habían traicionado lo pagarían muy caro. Él era el amo y señor.

Cuando despertó miró a su alrededor. No estaba en su habitación. ¿Qué había pasado?

—¡Diablos! —gruñó recordando lo sucedido. Se levantó y golpeó la puerta.

—¡Abrid! —gritó.

Sonrió al oír la cerradura.

—¿Señor? ¿Se ha atrancado la puerta? —le preguntó un criado.

—¡Imbécil! ¿Dónde os habías metido? —le recriminó Sean apartándolo con brusquedad.

—La señora ordenó a todo el personal ordenar cada estancia del castillo. Llevamos casi dos días con la tarea.

Sean se detuvo.

—¿Quieres decir que he estado durmiendo dos días? ¡Maldición! ¿Dónde está Arthur?

—No lo sé, señor.

—¡Búscalos! —le ordenó saliendo para ir a las caballerizas.

—¡Robert! Prepara mi armadura.

El capitán lo miró perplejo. Sean mostraba un aspecto penoso. Sucio, despeinado y con barba de varios días.

—¿Qué ocurre, señor?

—Atacaremos el castillo de Clarke —dijo Sean con decisión.

—Señor, vuestro primo ordenó que no...

—¡Aquí mando yo! ¡Prepara a los hombres!

—Mí señor...

—¡Ahora mismo! —rugió blandiendo la espada.

El capitán cumplió la orden y en pocos minutos Sean partía junto a sus hombres.

Las puertas se abrieron y el pequeño ejército se detuvo al ver al jinete.

—¿Qué hace un emisario real en esta casa? —se extrañó Sean.

—¡Jesús! El rey —exclamó uno de los soldados.

—¡Bobadas! El rey no se dignaría a poner sus pies aquí. Aunque no es grato de confesar, no somos tan importantes.

—Es él, señor —insistió el hombre.

Sean, perplejo, comprobó que era verdad. Desmontó y se inclinó ante el monarca.

—¿Adónde pensabais ir, mi lord?

—A Darenston, mi señor.

—Os lo prohíbo —dijo el monarca con determinación.

—Pero...

—¿Osáis discutir una orden directa del rey?

—Es muy importante, alteza —insistió Sean.

—Sé el motivo y no lo considero aceptable. De ningún modo.

—Mí señor. Clarke tiene a una mujer que me pertenece —contestó Sean enojado.

—No son esos mis informes.

Sean miró colérico a Arthur y a Matterson. Les haría pagar su traición.

—¿Me permitís la entrada en vuestra casa o atenderéis mis necesidades mientras sigo montado en el corcel? —le censuró el monarca.

—Por supuesto. Mi castillo es vuestro —dijo Sean. Ordenó que los soldados se retiraran.

El rey desmontó y Sean, con gesto hosco, lo acompañó hasta el salón.

Alice y parte del servicio, emocionados, ante tamaña visita, se inclinaron.

—Preparad refrigerios y comida. ¡Rápido! —ordenó Sean.

El monarca ocupó el lugar presidencial en la mesa. Los demás miembros nobles del castillo se sentaron.

—Es un honor teneros aquí, mi rey —dijo Alice.

—Con franqueza, es el último lugar al que desearía viajar. Estas tierras están muy apartadas de la civilización. Más allá de las montañas solo hay esos salvajes escoceses. Pero necesitaba alejarme de la corte y ha sido una oportunidad. Así que, espero que mi estancia sea agradable.

—No lo dudéis, alteza —aseguró Matterson.

—¡Ah! Ahí llega el banquete. Viajar me abre el apetito.

Los sirvientes dejaron sobre la mesa bandejas llenas de viandas exquisitas. Venado, liebre, truchas de los rápidos, encurtidos y el mejor vino de la bodega.

El rey se sirvió cantidades generosas. Contrariamente a los modales que debía tener un monarca, arrancó una pata del venado y le dio una dentellada.

—Delicioso.

Sean, impaciente, decidió reiniciar la conversación interrumpida.

—Alteza. No sé lo que os habrán contado, pero estoy seguro que atenderéis mis ruegos cuando sepáis que motivos tengo para ir al castillo de Clarke.

—Vuestro primo y lord Matterson me han contado la situación. Opino que no debéis hacer nada. Esa joven es la hija de Clarke. No hay discusión posible —le interrumpió el monarca.

—¿Y si me niego a no hacer nada?

Alice jadeó angustiada. ¿Tan loco estaba para desobedecer a la autoridad más poderosa del país?

—Me veré obligado a acusaros de traición —aseguró el rotundo.

Sean lanzó un suspiro. Sabía cuando era derrotado.

—No tendréis que hacerlo, alteza. Obedeceré.

El monarca no estaba convencido de su sumisión. El chico era impetuoso y podía fácilmente desobedecer. Y ya estaba harto de esas rencillas que perturbaban la paz en esas comarcas. Se llenó la copa e hizo lo mismo con otra, ofreciéndosela a su anfitrión.

—Brindemos por ello.

Sean dio un sorbo.

—Como rey debo pedirlos que terminemos con estas enemistades. El reino debe vivir en paz y vos estás poniéndola en peligro.

—¿Yo, mí señor? ¡Eso recriminárselo a Clarke! —protestó Sean.

—Lo haré, no tengáis la menor duda. Y será ahora mismo. ¡Id a por el conde!

—¿Está aquí? —jadeó Sean.

—Sí. Lo he citado. Quiero resolver este asunto cuanto antes. ¿Algún inconveniente, conde?

—Ninguno, mí rey —dijo Arthur.

Sean miró con ojos encendidos a su enemigo e inconscientemente, llevó la mano hacia la espada.

—Quieto, Sean. Por favor, Clarke. Tomad asiento.

Su vasallo obedeció.

—Señores, he decidido tomar parte en este asunto. Hace ya muchos años que estáis provocando quebraderos de cabeza al reino. Y me he hartado. Lord Clarke. ¿Vos habéis encontrado a la hija que creíais muerta, no es así?

—Sí, alteza.

—Me alegro por vos. Como veis ella no fue asesinada por los Evans. Así que, ese delito no podéis imputárselo.

—Olvidáis a mí esposa —se quejó Willox.

—Este joven no la mató. Fue su padre.

Sean sonrió. Parecía que el rey estaba de su parte.

—Vos no os alegréis tanto, joven. No habéis cometido ningún crimen, pero habéis provocado al conde en varias ocasiones con pillajes y robo de su ganado. Eso es inadmisibile.

—Era cuestión de honor, alteza. Él mató a mí madre —se defendió Sean.

—Nunca ordené su asesinato. Lo hizo uno de mis soldados y pagó su crimen con su propia vida. No soy tan animal, conde.

—El culpable fue condenado. Considerad saldada la cuenta.

—Señor, eso no es justo. No...

—¡Basta, Evans! Tenéis suerte de que vuestro primo acudiese a palacio. Si hubieseis atacado el castillo, estaríais desterrados y sin nada. ¿Acaso vuestra cordura ha desaparecido? No os entiendo. Lady Eleonor ya no está bajo vuestra protección. ¿A qué viene esa obsesión?

Sean no contestó. ¿Qué podía decirle? Le había explicado los motivos y no los comprendía.

—¿Debo entender que ha quedado todo aclarado?

Ninguno de los dos enemigos respondió.

—¡Bien! Pues, asunto solucionado —sentenció el rey.

—Majestad, dudo que este muchacho se conforme —dijo Willox.

—¿Cómo osáis insultarme de ese modo y en mí propia casa! —rugió Sean.

El rey dejó caer la espada sobre la mesa.

—¡Ni una palabra más! Por lo que veo ninguno de los dos desea la paz. Y no estoy dispuesto a más quebraderos de cabeza. Me hago viejo y quiero que mis últimos años sean sosegados. Así que, la única solución que encuentro es que las familias se unan.

—¿Qué? —inquirió Sean mirándolo estupefacto.

—Hablo de una boda.

—Eso no será posible, mi señor. No me casaré con una Clarke —refutó Sean.

—Ni yo permitiré que mi hija se una a este asesino —protestó Willox.

—¡Maldita sea! O el enlace o el destierro para los dos. ¡Elegid! —les exigió el monarca.

—Esto no es una solución razonable, alteza —dijo Sean

—¿Lo haréis? —insistió el rey visiblemente soliviantado. — ¿Calláis? Entonces hablaré por vosotros. Mañana habrá boda. Lord Clarke regresad a casa y preparad a vuestra hija. Y para que esto no se trunque, yo mismo asistiré al enlace.

Alice, Henry y Arthur se quedaron helados. Aquel mandato descompondría a Sean. No querían ni pensar que haría cuando el rey saliese del castillo.

—¿Sabéis lo que me pedís? Unir mi estirpe con la de mí peor enemigo —dijo Sean.

—Os exijo la paz. Eso es todo. ¿O preferís la otra opción?

—Nunca seré un traidor.

—Me alegro.

El rey se levantó. Todos hicieron lo mismo de inmediato.

—Ahora partiré con vos, Clarke. Mañana, por vuestro bien, os espero en Darenston, Sean.

Sean se inclinó y en cuanto el monarca desapareció de su vista, se volvió hacia los presentes con gesto iracundo.

—¿Cómo os habéis atrevido? ¡Traidores! —aulló.

—Cálmate —le pidió Arthur.

—¿Qué me calme? ¡Dios! ¡Debería mataros! ¡Ahora debo casarme con Eleonor!

—¿No queríais que regresara? Pues ahora lo hará y sin necesidad de derramar ni una gota de sangre— le dijo Matterson.

—Vos no tenéis que casaros en ella.
—¿Acaso no suspirabais por tenerla a vuestro lado? —le recordó Alice.
—¡No de este modo! ¡Es mi enemiga! ¡Una mujer que no merece respeto! La quería bajo mi poder. Humillada.
—Ya has oído al rey. Las rencillas han terminado —dijo Arthur.
—Solo había un modo de acabar con ellas. Matando hasta el último de los Clarke —escupió Sean.
—¿Hubieseis sido capaz de asesinar a Eleonor? —se escandalizó Alice.
—No soy tan salvaje, señora. Pero le haría comprender que la traición se paga y la ultrajaría como se merece.
—Ya lo hicisteis. ¿No creéis? Me alegro de no haberme casado con vos. Ahora veo que estaba equivocada. Sois cruel y despiadado. Solo pensáis en vos mismo. Nadie os importa. Estabais dispuesto a perderlo todo y dejar a la familia en la miseria por vuestro egoísmo —le reprochó Alice.
—Si no os gusta mí modo de actuar, no tenéis que presenciarlo —dijo Sean.
—No lo haré. Te lo aseguro. Nos iremos tras la boda. Yo tampoco deseo ver como te destrozas consumido por la sed de venganza —le anunció Arthur.
Sean lo miró decepcionado.
—¿Cómo es posible que no me apoyes en esto? Toda la vida has deseado, al igual que yo, vengar las muertes de nuestra familia. ¡Ellos destrozaron nuestras vidas!
—Tu padre también fue culpable. Nadie es inocente en esta lucha, Sean. Y ya estoy cansado. Quiero ser feliz de una maldita vez. Tú deberías plantearte lo mismo.
—Arthur habla con sensatez, señor —dijo Alice.
—Diría que con cobardía, señora —escupió Sean.
—No me ofendes, primo. Te disculpo porque el odio aún te domina. Pero algún día comprenderás y apreciarás que haga esto. Vamos, Alice. Tenemos que preparar el equipaje.
—Arthur...
Su primo no lo escuchó. Los tres lo dejaron solo.
—¿Por qué? —musitó sin entender. Los Clarke no merecían piedad. Eran unos asesinos. Y ahora tendría que casarse con su heredera. Con su antigua amante. Con la mujer que lo había enloquecido con sus besos y su piel de seda. Sin embargo, ahora todo cambiaría. No la aceptaría en su lecho. No a una enemiga. Sería una traición a sus antepasados, a las víctimas de su horror. Acataría la orden, pero no volvería a tocar a Eleonor.

Sean cruzó las puertas de Darenston con el rostro impasible. Nada hacía indicar a los que lo miraban con curiosidad que la ira lo corroía.

Los siervos del conde Clarke se agolpaban con curiosidad para intentar ver al terrible Sean Evans.

—¿Es él? ¿Seguro? —se preguntaban algunos al ver el rostro hermoso, casi infantil del conde.

Sean desmontó y se detuvo ante el pórtico de la ermita. Pareció dudar unos segundos, pero

entró con paso firme.

—Bienvenido, Evans —le saludó el rey.

—Majestad —dijo Sean inclinándose.

—Veo que habéis recapacitado.

—No me quedaba ninguna otra opción, alteza —dijo Sean sonriendo con amargura.

—No seas tan agorero, muchacho. He visto a vuestra prometida. No me extraña que desearais recuperarla a toda costa. Pocas veces un hombre puede tener a una belleza como ella calentándole el lecho. A partir de hoy, volveréis a gozar de sus virtudes. Deberías mostrar más contento, conde. Vamos. Ella os espera.

Entraron en la sacristía. Eleonor se encontraba junto a su padre. Tenía el rostro pálido. Pero estaba increíblemente hermosa. Y por un momento deseó que todo aquello no estuviera sucediendo, que Eleonor continuase siendo su sierva para tener total libertad de acariciarla, para poseerla de nuevo. Ya no era posible. Era la hija del enemigo.

—¿Dónde está el contrato? —preguntó con sequedad apartando los ojos de Eleonor.

El rey le ofreció los pergaminos. Lo leyó detenidamente. No confiaba.

—¿No confiáis en vuestro monarca?

—Perdonad, pero me enseñaron que el exceso de confianza puede provocar que rubriques tú sentencia de muerte.

Eleonor y su padre contuvieron el aliento ante la impertinencia de Sean.

El rey, tras unos segundos de perplejidad, rompió a reír.

—Sois temerario, joven. Y también sincero. Cualidades que escasean en la corte. Puede que decida llevaros conmigo.

—¿Tengo opción a rechazar tan generosa oferta o me veré obligado, como ahora, a obedecer sin rechistar? —masculló Sean.

El monarca se estaba divirtiendo con el descaro de su vasallo.

—Depende de lo que cree oportuno.

—Perdonad que os lo diga, pero vuestras medidas no son precisamente atinadas.

El rey arqueó una ceja.

—¿Ah, no?

—Primero me mandáis casarme con la hija de mi enemigo más fanático, con la finalidad de que los dos condados vivan en paz. Y ahora, barruntáis la idea de alejarme de estas tierras y que las deje en manos inadecuadas.

—¿No confiáis en vuestro primo?

Sean soltó una carcajada profunda.

—¿Confiar? Fue en vuestra búsqueda traicionando mis órdenes.

El viejo conde y su hija jadearon. Sean estaba traspasando la línea de la prudencia y podía terminar sin cabeza.

—Hay ordenanzas que pueden incumplirse si uno no las considera justas.

—Así consideré la vuestra y aquí me tenéis —replicó Sean con tono crispado.

—Mis preceptos no son como los de los demás mortales. Yo soy la ley y no se cuestiona.

Así que, firmad o ya sabéis lo que os espera.

—Firme o no, perderé la cabeza.

El rey miró a Eleonor y sonrió.

—Con una esposa como la vuestra, cualquiera lo haría.

—Os aseguro que...

—No me aseguréis nada, conde. Estampad de una maldita vez vuestra rubrica —le ordenó

su señor.

Sean asintió y rubricó el acuerdo. Era razonable. Las tierras de Clarke pasarían a sus manos en cuanto éste falleciese, siempre y cuando no repudiara a su esposa. Las suyas, como indicaba la ley, sin herederos, pasarían al familiar masculino más cercano.

—Solo nos queda un pequeño trámite. Por favor —dijo el rey indicándoles que entraran en la iglesia.

Eleonor y Sean no se miraron. Se arrodillaron ante el sacerdote. Juraron los votos sagrados sin apenas darse cuenta de ello y en pocos minutos, se convirtieron en marido y mujer.

Los recién casados fueron vitoreados con efusión por los vasallos. Esa alianza había acabado para siempre con las guerras. La paz regresaría a sus hogares. No más guerras, ni muertes ni miseria.

El banquete era exquisito, pero Sean no probó bocado. Su estómago no admitía nada que no fuese la furia e impotencia que sentía. Se dedicó a beber sin prestar atención a nada, ni a su esposa. No se molestó en alzarse cuando el rey hizo el brindis de honor ni en iniciar el baile junto a Eleonor. Quería que sus sentimientos de rechazo hacia esa boda irracional quedaran bien claros ante todos.

Eleonor, a pesar de la humillación que le inflingía mostró indiferencia y bailó con cada uno de los invitados por los que fue solicitada.

—Pareces divertirme —dijo Sean cuando ella retornó a la mesa.

—¿Por qué no? Es mi boda y mi primera fiesta. No veo el motivo de negarme a la diversión, como tú —repuso ella.

—Esto no me place. Todo lo contrario. Me subleva. Jamás deseé esta boda —dijo él sulfurado.

—¿Acaso piensas que yo sí? Ahora eres mi enemigo —replicó ella mirándolo con frialdad.

—Una unión curiosa entre dos seres que se odian. Juntos hasta la muerte. Una existencia realmente idílica —se burló Sean.

—Tú eres el culpable.

Sean acercó el rostro hacia el oído de su esposa.

—Huiste y salí tras lo que era mío. Esta farsa es consecuencia de tu insensatez —le recriminó.

Eleonor se separó y lo miró con seriedad.

—Desgraciadamente esto no es una comedia. Estamos casados.

Sean apuró la copa y se la llenó de nuevo.

—Querida, debes estar pensando que la vida no te trata nada bien. ¿No es cierto? Fuiste mi sierva, escapaste para convertirte en la heredera de un conde por unos días y ahora vuelves a estar bajo mi poder. Claro que, con una notable diferencia. Eres lady Evans.

—No lo considero ningún honor. Para mí sigues siendo un desalmado. El hombre que me humilló.

—¿Qué te humillé? ¡Por Dios! Te saqué de las cocinas, de un trabajo duro. Te di la oportunidad de vivir como una dama con hermosos vestidos, joyas, comida abundante. ¿A eso le llamas humillación? —dijo él con sarcasmo.

—Fue como pago a los servicios que te preste.

Él la miró profundamente.

—Efectivamente. Fui generoso porque me complaciste más allá de lo que esperaba. Nunca pensé que fueses tan fogosa, querida.

—¿Acaso quedaba otra opción? No quería probar tú látigo. Así que, aparta ese gesto de vanidad. Simplemente actué como deseabas.

—Eso significa que continuarás haciéndolo. ¿No? Soy tú esposo y me debes obediencia —dijo Sean sonriendo con perversidad.

Ella alzó los hombros con indiferencia.

—La ley me obliga.

—No consentiré una desobediencia. Este enlace no nos place a ninguno, pero la realidad se impone. Para bien o para mal eres mí mujer y te comportarás como tal. No lo olvides —dijo él con irritación.

—Ante todos seré una esposa fiel. No temas.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él con gesto hosco.

Ella sonrió de un modo angelical.

—Si no recuerdo mal tú mismo me explicaste las normas que rigen la nobleza.

Sean la agarró del brazo con rudeza.

—Espero que no seas capaz de cumplir la amenaza o te mataré con mis propias manos —la amenazó.

—¿También estás dispuesto a ser fiel?

—Como hombre puedo hacer lo que se me antoje. Tú no. Si descubro que me traicionas, te arrepentirás de haber nacido —siseó él.

—Lo hice el día que me separaste de mí padre —dijo ella con resentimiento.

—Gracias a ello descubriste quien eres.

—¿Y de qué me ha servido? Vuelvo a estar prisionera, a ser una esclava —repuso ella con tristeza.

—Dale la culpa al rey —dijo Sean mirando al monarca con gesto enojado.

—¡No seas necio! Fue tu obcecación la que ha provocado este desastre. Lo único que ha querido impedir es una guerra —se enojó ella.

—Que era justa.

—¿Por qué eres tan obstinado? —se exasperó Eleonor.

—Hablo de lo que siento. No como tú que te empeñas en mentir constantemente. Confiesas una y otra vez que nunca has sentido nada por mí.

—Es la verdad. Esta noche podrás comprobarlo por ti mismo. Te aseguro que te llevarás una gran decepción, mí señor —contestó ella con desprecio.

Sean pensó que estaría más que dispuesto en demostrarlo, pero se había jurado no tocarla y no lo haría aunque esa decisión lo enfermara. Porque, a pesar de odiarla por lo que representaba, su cuerpo la deseaba de un modo desesperado. Sería un tormento insoportable vivir junto a ella.

Se llenó de nuevo la copa y miró a Alice. Había sido un imbécil al permitir que Arthur se casara con ella. Ahora no se encontraría en esta situación ilógica. Hubiese atacado a su enemigo y Eleonor continuaría siendo su sierva.

—¿No estás bebiendo demasiado? —le censuró Eleonor.

—Bebo y hago lo que me da la gana. Nunca vuelvas a recriminarme un acto. Soy tu esposo, lo que significa que soy tu amo —dijo con ojos encendidos.

—Como ordenéis, mí señor.

—Así me gusta, cielo. Que obedezcas. Ahora, retirémonos —dijo con voz pastosa.

Eleonor impidió que se levantara.

—Es el rey quien debe dar el permiso.

—¡Y yo soy tú esposo! ¡Obedece!—rugió Sean.

—No voy a permitir que armes un escándalo y que mancilles el honor de la familia. Siéntate —insistió ella.

Sean la complació y la miró con indiferencia.

—No importa. Esperaré. En realidad no tengo ninguna prisa por subir a nuestros aposentos. El lecho nupcial no me deparará ninguna sorpresa. Incluso puedo confesar que no siento ningún deseo de tenerte a mí lado.

—¿He de suponer que no cumplirás tus deberes conyugales? —preguntó ella conteniendo el aliento.

—Querida, eso te haría inmensamente feliz. ¿Verdad?

—Por supuesto. No te soporto —dijo ella.

—En ese caso, ordenaré que te preparen otra habitación —decidió Sean.

—¿Sin duda estás loco! ¿Y mí honor? ¿Qué pensarán todos? —se escandalizó ella.

—¿Tú honor? ¡Por Dios, no me hagas reír! Lo perdiste hace tiempo —escupió él con crueldad.

Eleonor lo miró con ojos húmedos.

—Gracias a ti. Pero ahora soy una dama y como a tal debes tratarme. No dejaré que se burlen.

Él lanzó un suspiro de cansancio.

—¿Acaso piensas que te creen virgen? Fuiste mí sierva. Todos saben que no soy hombre que mantenga a una mujer a su lado y la respete como si fuese la Virgen María. De todos modos, efectuaremos la comedia. No te preocupes.

—¿Y cómo? Mañana expondrán las sábanas.

—Sé como arreglarlo. ¿Satisfecha?

—Gracias. Pero pueden contar lo que pasó y...

—Nadie hablará. Los que conocían el secreto no me traicionarán.

Eleonor lo miró preocupada.

—¿Y que me dices de Matterson? No confío en él. Es ambicioso.

—Pareces conocerlo bien —dijo Sean con suspicacia.

—Como tú.

—Yo no desconfío. Siempre fue correcto. Además, mañana partirá hacia sus tierras.

Eleonor respiró aliviada.

—¿Qué ocurre con ese hombre? —inquirió él arrugando la frente.

—Nada. Simplemente me desagrada. No le des importancia.

—¿Osó molestarte? —insistió él.

—Déjalo ya, por favor. ¿Más vino?

Sean la miró con fijeza.

—¿Pretendes emborracharme?

—Nada más lejos de mí intención.

—Eleonor, he bebido mucho, pero no estoy ebrio. Y no lograrás enturbiarme la mente.

—¿Siempre eres tan desconfiado?

—Ahora que me he unido a mí enemiga, deberé mantener siempre los sentidos bien despejados. ¿No crees?

—Nunca os causaría ningún mal —dijo ella ofendida.

—Tal vez tú no. Sin embargo, tú padre puede aprovechar cualquier oportunidad para destruirme. A pesar de esta boda, sabe que no me he rendido. No se borran tantos años de odio en

un día.

—No eres tan estúpido, Sean. No harás nada que te lo haga perder todo.

Sean sonrió y alzó la copa.

—Señora, soy capaz de cualquier cosa. Lo sabéis muy bien.

Eleonor volvió el rostro. La expresión de Sean la asustó. ¿Qué pretendía? Ese hombre estaba loco. Tanto que no dudaría en desacatar la orden de su soberano.

25

Eleonor fue conducida por varias mujeres a la habitación nupcial. Sus rostros mostraban pesar. Aquella noche tendría que compartir el lecho con su peor enemigo. Con un hombre cruel y despiadado. Su señora no lo pasaría nada bien con ese bruto. Lo imaginaban desconsiderado y sin el menor tacto hacia una mujer.

—No temáis, señora. No es tan malo como dicen —le susurró la doncella mientras le quitaba el vestido—. Solo serán unos minutos. Los hombres cuando sienten deseo no se andan con tonterías. Vos solo tenéis que mostraros dócil y todo irá mejor. No debéis negaros a nada. Recordad que es vuestro enemigo.

—Ahora es mi esposo. Las guerras han terminado. No quiero volver a escuchar nada igual. ¿Comprendido? —le recriminó Eleonor.

—Sí, mi señora.

—Ahora vete. Pronto vendrá mi marido.

Las mujeres la dejaron sola. Eleonor se sentó junto al fuego y esperó con impaciencia. ¿Qué ocurriría? ¿Le haría el amor? Naturalmente. Aún la deseaba. Lo había visto en sus ojos grises. Y ahora era su esposa. Tenían que consumir el matrimonio. Era lógico.

Cuando él abrió la puerta no volvió el rostro.

Sean se acercó a ella y se apoyó en la pared mirándola con fijeza. Sus ojos de gato la recorrieron con lujuria. Con lentitud se detuvo en sus ojos verdes, en su boca, en su pecho agitado.

—Creí que dormirías —dijo.

—Te estaba esperando, mi señor —respondió ella volviendo el rostro.

—Como una buena esposa. Realmente admirable —se burló Sean.

—Debo guardar obediencia.

—Levántate —le ordenó él.

Eleonor lo complació. Sean se acercó y le acarició el rostro con delicadeza.

—Eres realmente hermosa. Cualquier hombre se volvería loco por tenerte esta noche — dijo.

Ella no apartó la mirada. No quería demostrarle la turbación que la envolvía.

—Pero no soy cualquier hombre. Soy tú enemigo —continuó él.

—Ahora eres mí consorte.

—Un marido impuesto. No por voluntad propia.

—Nos encontramos en la misma situación.

Sean esbozó una sonrisa sombría.

—¿Y qué debemos hacer? ¿Complacer a todos o a nosotros?

—Complacer al rey. Olvidarlo todo y volver a comenzar.

Sean se separó con brusquedad.

—¡Imposible! Yo nunca olvido.

—Debes hacerlo por el bien de todos —le pidió ella.

—¿Tú estás dispuesta? ¿Acaso has olvidado que eres una Clarke? ¿Qué mí familia mató a tu madre?

—Ahora soy una Evans.

—Para mí nunca lo serás —negó él.

Eleonor contuvo el aliento.

—Muy bien. Ahora sé a que atenerme, señor. No esperéis una esposa dócil ni amable. Si no me queréis como esposa, no lo seré. En ningún sentido.

—Jamás tuve esa intención. No me meto en la cama con el enemigo, señora.

—Entonces, dormid en el suelo —dijo ella dándole la espalda. Corrió las cortinas y se acostó.

Sean se sirvió una copa de vino. Su cuerpo moría por poseerla. Pero no lo haría.

Eleonor escondió el rostro en la almohada para que no la oyese llorar. Había esperado que Sean cambiase de actitud. Había sido una ilusa. No la amaría jamás. Simplemente la consideraba un objeto de su propiedad. Y si ahora se negaba a tocarla era por que le había sido impuesta, no por su elección. Sean era un hombre acostumbrado a dar órdenes no a obedecer.

Él continuó bebiendo. La embriaguez le ayudaría a mitigar las ansias por ese cuerpo tan cercano. Y al mismo tiempo tan lejano. Nadie, ni el rey lo obligarían a consumir ese matrimonio insensato. Ningún hombre de honor lo haría con la hija del que mató a su familia.

Apuró la última gota. No había servido de nada. El alcohol aumentó el deseo urgente.

Se acercó a la cama y apartó los tules. Eleonor dormía. Su cabello estaba extendido sobre las sábanas. Retiró los mechones que ocultaban su rostro y lanzó un suspiro. ¡Dios, era tan bella! Y esa maravilla era suya. De todos modos, no debía. Tenía orgullo. Sin embargo, la tentación pudo más que la cordura. Se quitó la ropa con dedos temblorosos y se acostó junto a ella. Acarició el rostro de su esposa y lentamente la mano descendió por el pulso latente de su cuello hacia sus senos.

Eleonor sintió las caricias en su sueño y emitió un suspiro.

Sean bajó el rostro. Su boca se apoderó del botón rosado, mientras le acariciaba los muslos.

Eleonor despertó sobresaltada.

—¡Déjame! —exclamó apartándose.

Sean la miró con ojos chispeantes.

—Eres mi mujer.

—Hace unos minutos lo has negado —le recordó ella.

—Esta noche lo eres. Y cumpliré con mi deber —sentenció abrazándola.

—Estás borracho —jadeó ella asustada ante la mirada felina de esos ojos plomizos.

—No lo suficiente para poder apagar el ardor que me consume. Te deseo, Eleonor y no sabes cuánto —dijo ronco.

—Yo no. ¡Te odio! No quiero que me toques. Ya no soy tú esclava. Soy una dama que no te importa lo más mínimo —protestó ella golpeándolo en el vientre. Sean lanzó un gemido de dolor y la soltó.

Eleonor saltó de la cama y corrió hacia la puerta, pero Sean la siguió y la atrapó.

—Es inútil, cielo —dijo alzándola. — Y deja de patear. No te servirá de nada. Estoy dispuesto a tomarte.

Eleonor lo miró horrorizada cuando la tiró sobre el lecho. Nunca lo había visto así, con ese aspecto de loco.

—No te atreverás —jadeó al ver su masculinidad encendida.

—¿Has visto alguna vez que algo me detenga? —rió.

—Sean, no, por favor —le pidió ella en un susurro.

—Sé que deseas que te ame, cariño —aseguró él posándose sobre ella.

—Lo único que quiero es que me dejes tranquila. Huí para no verte más. ¿No puedes entenderlo? —dijo con desesperación.

Sean contrajo el rostro. Lo estaba rechazando. La mujer que más deseaba quería verse libre de él. La cogió de las muñecas y le alzó los brazos apretándolos contra la cama.

—No te defraudaré, querida. Podrás disfrutar de tu soledad. Pero esta noche no te dejaré —sentenció apoderándose de su boca.

Eleonor se debatió. No quería rendirse a sus besos, a esas manos que la enloquecían. La había abochornado ante todos demostrando abiertamente que la rechazaba por esposa a pesar del sagrado sacramento que los unía. Dejó de agitarse y respondió con frialdad a su ardor.

Sean la miró con desconcierto. Era la primera vez que ella no reaccionaba.

—No volveré a fingir —dijo ella con rencor.

—No será necesario. Acabarás suplicándome que te posea —siseó soltándola. Le rasgó el camisón y lo hizo jirones.

—¿Qué haces? —jadeó ella.

Sean le rodeó las manos con la tela y la ató a la cabecera.

—¡Eres un salvaje! ¡El vino te ha trastornado! —gritó Eleonor.

Él emitió una risa gutural. Ahora estaba completamente a su merced y le demostraría que nunca le había sido indiferente.

—Relájate, preciosa. Te haré gozar como nunca —le aseguró hundiendo el rostro en su cuello.

—Esto es un violación —jadeó Eleonor.

—No, querida. No lo es. Porque me deseas tanto como yo a ti.

Su boca surcó la piel trémula dejando una estela de fuego a su paso, recreándose sin prisa, saboreando las yemas rosadas de sus senos, su vientre.

Eleonor cerró los ojos cuando él alcanzó su intimidad y comenzó a inflingirle un suplicio delicioso.

Sean gruñó complacido al sentir como la frialdad de ella comenzaba a fundirse y exaltado, profundizó la caricia.

Eleonor gimió impotente. Deseaba tocarlo, sentir su piel, pero las ataduras se lo impedían.

—Sean —jadeó inflamada por el deseo, alzando las caderas hacia esa boca inquisitiva y ardiente. Sentía una urgencia insoportable por obtener la cima placer.

—Aún no, preciosa —jadeó él.

Se deslizó sobre ella y la besó hambriento, sin dejar de acariciarla con sensualidad.

Eleonor estaba encendida. Sean nunca la había hecho el amor de un modo tan erótico, recreándose en su cuerpo casi con idolatría; provocándole espasmos dolorosos.

Sean parecía querer torturarla no permitiéndole alcanzar lo que tanto anhelaba. No le daría alivio hasta que se lo suplicara. Pero ella también era testaruda y no cedería.

Sean la castigó nuevamente. Sus dedos la penetraron, al mismo tiempo que su boca succionaba con avidez sus senos. Ella se retorció angustiada. Tenía la piel empapada y el rostro arrebolado por la ansiedad.

—Sean... Por favor... —sollozó.

—¿Qué quieres, preciosa? —le preguntó él mirándola con ojos febriles.

—Lo sabes muy bien.

Sean sacudió la cabeza y mordisqueó sus labios.

—No, cielo. Dímelo. Di que deseas.

Ella negó con la cabeza.

—Muy bien. Seguiré castigándote —dijo él ronco.

Buscó su boca. Mordisqueó sus labios, los lamió remolón, mientras sus manos le acariciaban las nalgas.

Eleonor podía sentir sobre su vientre su masculinidad punzante, dispuesta a darle lo que más anhelaba. Pero él se negaba a complacerla. Y sus caricias la estaban encendiendo como nunca. Gimió angustiada.

—Estás ardiendo, cariño. ¿Quieres alivio? —le susurró su marido.

—Sí. Quiero... ser tuya por... Completo. Ámame —le rogó.

Sean lanzó un grito triunfal. La desató y la posó sobre él.

—Tócame, Eleonor. Quiero que me hagas tú el amor —le pidió ronco.

Eleonor le acarició el pecho con sutileza, palpando sus músculos, su piel caliente; hasta llegar al centro de su pasión. Él cerró los ojos y ahogó un gemido. Eleonor sonrió. Sean estaba en sus manos. Se sentía poderosa. Bajó el rostro y le lamió la comisura de los labios, permitiendo que su virilidad exaltada la rozase íntimamente. Se contoneó con cadencia, provocándose un placer exquisito. Su respiración se aceleró y el orgasmo la alcanzó hasta lo más hondo. Gimoteó perdida en el éxtasis. Sean, febril, la tumbó de espaldas y la penetró, moviéndose al ritmo de los espasmos de ella.

—Cariño, te adoro —jadeó.

Ella abrió los ojos y él se perdió en sus praderas; al mismo tiempo que alcanzaba su propia liberación con un gruñido de pura satisfacción.

Sean hundió la cara en la curva de su cuello. No podía comprender la razón por la cuál en lugar de menguar el deseo por esa mujer, cada vez que hacía el amor crecía. Se sentía inmerso en un laberinto de emociones confusas. Para él las mujeres siempre habían sido un mero instrumento de placer. Pero ahora era distinto. Su cuerpo moría por ella.

—Eres tan sensual, cariño. Logras que pierda el juicio —musitó.

Saboreó su boca con languidez, recreándose. Quería guardar su sabor dulce antes de que

desapareciera de su vida. Había decidido alejarla. No le sería posible vivir junto a ella sin que lo acontecido volviese a suceder. Si no volvía a verla, la olvidaría en los brazos de cualquier otra mujer. La llevaría a una de sus posesiones.

Arrugó la frente al pensar que esa distancia podría influir sobre Eleonor y que buscara consuelo en los brazos de otro. Pero no. Ella jamás le traicionaría ahora que se consideraba una dama.

Se apartó de su boca y le acarició la mejilla. ¡Era tan bella!

Eleonor se acurrucó en sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho, cayendo poco a poco en un profundo sueño. Sean la apartó con cuidado y abandonó el lecho.

Se puso a caminar como si fuese un animal acorralado. ¿Qué debía hacer? Eleonor era un peligro. No podía tenerla, ni tampoco quería rechazarla. Muy a su pesar, se había convertido en especial. Le había hecho sentir una satisfacción sexual salvaje. Ninguna otra consiguió elevarlo a un éxtasis tan satisfactorio, siendo correspondido con igual ardor. Eran dos cuerpos que se complementaban a la perfección.

Miró como dormía y nuevamente sintió como el deseo por esa hechicera se renovaba. Regresó a la cama. Eleonor yacía de costado. La trajo hacia él y su mano la acarició entre los muslos. Eleonor se arqueó sin oponer resistencia, permitiendo que la tocara sin el menor pudor, demostrándole con sus gemidos entrecortados que ella también anhelaba su cuerpo.

Sean la penetró con urgencia sin dejar de incitarla y ella creyó morir. El placer era exquisito. El fuego de sus ingles se expandió en cada poro de su piel y gritó de puro placer al alcanzar la cima del deleite.

Sean dejó escapar un gemido gutural sobre la nuca de Eleonor. Sentía una urgencia imperiosa por obtener de nuevo esa sensación gozosa que le embargaba el alma cuando le entregaba su esencia y se movió con apremio. El estallido lo alcanzó de un modo brutal; mientras el corazón le latía con fuerza, pensando que ninguna otra podría aportarle tanta felicidad.

—¿Qué me has hecho? —exclamó, casi con temor al sospechar que no era deseo sexual lo que sentía hacia Eleonor.

Ella se dio la vuelta. Su rostro exaltado y ojeroso mostraba el placer que había experimentado. Con ternura besó su pecho y reclinó la mejilla en él. Sean la acunó.

—Duerme, cielo. Pronto amanecerá —dijo acariciando el cabello dorado.

Él no pudo conciliar el sueño. Estaba sumido en un mar confuso, en un tormento insufrible. ¿Se estaba enamorando de esa mujer? No creía en el amor. A pesar de ello, Eleonor se le había clavado en el corazón y estaba consiguiendo que su herida necesitase de su medicina para volver a ser el hombre de antes. No podía caer en sensiblerías. Eleonor era la hija de Clarke y eso era un gran impedimento.

Cuando la luz del sol penetró por la ventana, sacudió levemente a su esposa. Ella se desperezó como una gata y le sonrió satisfecha.

—Está amaneciendo —dijo.

—¿No podemos quedarnos un poco más? —le pidió ella, remolona.

Sean alzó las cejas y dejó escapar un suspiro.

—Nada más me placería, cariño. Pero no es posible. Tenemos que partir cuanto antes.

Mientras ella se vestía, él se pinchó un dedo y dejó caer unas gotas de sangre sobre la sábana.

—Solucionado.

Eleonor cogió su dedo y lo chupó. Un latigazo de deseo se expandió por la espalda de Sean. En un arrebato la abrazó y estrujó su boca casi con violencia. Ella se pegó al cuerpo fornido

y duro lanzando un suspiro.

—Eres una bruja. ¿Por qué consigues perturbarme de esta manera tan irracional? —jadeó apretándola hacia su ingle inflamada.

Eleonor le revolvió los cabellos y lo besó con avaricia.

—¡Mierda! —exclamó él al oír como varias mujeres se acercaban a la habitación. Se apartó con desgana y se cubrió con la bata.

26

Al atardecer, la comitiva se detenía ante Larenfield, una de las propiedades de Arthur. Sean ayudó a desmontar a Eleonor y la llevó junto a unos árboles para poder hablar con ella a solas.

—Eleonor, a partir de ahora este será tu hogar —dijo.

Ella lo miró con incompreensión.

—Este es el castillo de Arthur.

—Lo sé.

Eleonor endureció el rostro.

—¿Qué significa esto?

—Dijiste que querías verte libre de mí. Estoy tratando de complacerte —repuso él con un rictus burlón.

—¿Te has vuelto loco? ¡Esto es un abandono! ¿Qué dirán todos? —se escandalizó ella.

—No me importa la opinión de los demás —replicó él con indiferencia.

—Mi padre no te perdonará esto.

Él alzó los hombros con indiferencia.

—Si quiere pelea, la tendrá.

—¡Eres un canalla! —explotó ella.

—Simplemente actúo como creo que es correcto. He aceptado la boda, pero nadie me obligará a vivir con la hija de mí enemigo —bufó con enojo.

—¿También lo era anoche? —le recordó ella con tristeza.

Sean la miró profundamente. Ella no podía comprender que esa decisión lo destrozaba.

—Anoche únicamente pretendía probar que me deseabas. ¡Y vaya si lo hiciste! —dijo con sorna.

Eleonor le lanzó una mirada helada.

—Puedo asegurarte que mi voluptuosidad nada tiene que ver con tus caricias. Otro hubiese logrado el mismo efecto.

Él rió divertido.

—¿No lo crees, maldito engreído?

—En absoluto.

—Déjame aquí y llegarán a tus oídos noticias muy desagradables para tu honor —le amenazó Eleonor.

El rostro de Sean se contrajo de ira.

—Si lo intentas, te mataré.

—Pues, ya puedes hacerlo ahora mismo, porque si insistes en esta insensatez, juro por Dios que te traicionaré —le retó.

—¿Encerrada en la torre? —insinuó él.

Eleonor empalideció. Eso monstruo era muy capaz.

—¿Por qué todo esto? Puedes llevarme contigo. No te molestaré. Lo prometo —dijo con tono de súplica.

—Imposible.

—Es castillo es grande. No tenemos que coincidir si no nos place —insistió ella.

—¡Basta! Te quedarás aquí —rugió.

—¡Eres un bastardo! —explotó Eleonor con el rostro empapado por el llanto. ¿Cómo podía tratarla de ese modo después de lo que habían compartido durante la noche?

Sean la abrazó.

—Eleonor, no lo compliques. No puedo tenerte. El honor lo impide —dijo con tristeza.

Ella se deshizo del abrazo y lo miró iracunda.

—Entonces, lárgate. No quiero verte más. Desde que te conozco mi vida ha sido un infierno. Espero que a partir de ahora, sin tu presencia, conseguiré ser feliz. ¡Vete de una maldita vez!

—¡Arthur! —gritó Sean.

Su primo se acercó a ellos con gesto hosco.

—¿Qué quieres?

—Eleonor se queda con vosotros —le comunicó Sean.

El muchacho se escandalizó.

—¿Qué? Eso no puede ser. Es tú esposa. Tienes obligaciones que...

Sean lo interrumpió.

—La única obligación que me ha sido impuesta es casarme con esta mujer. La he cumplido. Eso basta. No la quiero a mí lado. Tú cuidarás de ella.

—Mejor especificar que vigilará mis actos. ¿No es esa en realidad tú intención? —dijo Eleonor con enojo.

—Te he expuesto las dos soluciones. Arthur o la torre —replicó Sean.

—¡Dios Santo, Sean! ¿Pretendes encerrarla? Estás más loco de lo que pensaba. ¡Eres un monstruo! —desaprobó su primo.

—Hasta hace poco era tú héroe —dijo Sean con cinismo.

—No te conocía bien. Ahora veo que eres cruel y carente de compasión —dijo el muchacho con un gesto de repugnancia.

—Me alegro que al fin hayas abierto los ojos.

—Vamos, Arthur —decidió Eleonor colgándose de su brazo.

Alice se acercó a ellos al ver que discutían.

—¿Qué ocurre?

—Sean ha decidido que Eleonor viva con nosotros —le explicó su esposo.

Alice miró a Sean con extrañeza.

—No os entiendo, señor. Desafiasteis al mismo rey por ella y ahora os negáis a convivir con vuestra esposa. ¿Por qué deseáis separaros de la mujer que amáis?

El rostro de Sean enrojeció de cólera.

—¿Qué sabéis vos de mis sentimientos! Yo no amo a esta mujer. Siempre fue un mero capricho. Alguien con la que saciar mi apetito carnal. Ahora ya no me apetece y no estoy dispuesto a que una esposa me recrimine que tenga amantes. Sin duda habréis escuchado decir que soy libidinoso y que no tengo corazón. Pues, es cierto. ¿Os ha quedado claro, señora? Ahora, seguid vuestro camino que yo seguiré el mío.

Eleonor, horrorizada por sus palabras, echó a correr hacia los caballos.

—Eres un animal sin entrañas —le reprochó Arthur. Dio media vuelta y fue tras Eleonor.

—Sé que vuestras palabras son falsas, Sean. Amáis a Eleonor —dijo Alice.

—Ella es mi enemiga, señora. Solo puedo sentir desprecio hacia ella.

—Y si tenéis un hijo, ¿también lo despreciaréis?

—Eso no será factible —aseguró él.

—Que la alejéis no os libera de la paternidad. Amanda ya ha compartido vuestro lecho.

¿No es cierto?

Sean negó con la cabeza.

—Ella no está embarazada.

—¿Se lo habéis preguntado?

Él se tensó.

—¿Os ha dicho que está preñada?

—No he hablado sobre este tema con vuestra esposa.

—Entonces, no me confundáis, señora. No busquéis complicaciones donde no las hay.

Alice dejó escapar un suspiro.

—Los hombres son realmente estúpidos. ¿Acaso no habéis cumplido esta noche con vuestra obligación?

—Si quedara embarazada, no me importaría lo más mínimo —dijo él con desprecio.

Alice lo miró con tristeza. Ese hombre estaba amargado. Toda su vida había estado dominada por el odio y su corazón se había secado. Ni tan siquiera el amor de Eleonor ni la posibilidad de tener un hijo mitigaban esa rabia que lo consumía.

—Es inútil hablar con vos —dijo al fin.

—Ahora, si me disculpáis, tengo prisa. Y recordad que no quiero volver a ver a Eleonor ni saber que es de su vida —dijo Sean encaminándose hacia el caballo.

Alice lo siguió.

—Sois un mentiroso, señor. Si ella no os importara lo más mínimo, la devolveríais con su padre.

Él la miró con ojos llenos de rencor.

—¿Jamás le daría este gusto a Clarke! Esta es mí venganza.

—Eleonor es inocente, Sean —le recordó ella.

—Por sus venas corre sangre de ese bastardo. Eso me basta para menospreciarla.

—Sois despiadado, señor.

—Aprendí a serlo cuando niño, en el mismo instante que su padre me arrebató lo que más quería. ¿Sabéis lo que significa perder a tu madre de un modo tan salvaje? ¡Los soldados de ese canalla asentaron más de una docena de cuchilladas en su pecho! Yo lo presencié, señora. Y me juré que acabaría con esa estirpe, pero entre todos lo habéis impedido. Pero no cedo. Eleonor jamás engendrará un hijo. Los Clarke morirán junto a ella. Y ahora, debo irme —escupió subiendo al caballo. Lo espoleó con furia y se alejó.

Alice lo miró apenada. Comprendía el dolor que sacudía las entrañas de Sean, pero no aceptaba que Eleonor pagara lo sucedido en el pasado y se prometió intervenir para que esos dos estúpidos volvieran a estar juntos. Regresó junto a su esposo. Eleonor estaba llorando sin consuelo.

—No llores, por favor —le pidió.

—¿Cómo no voy a hacerlo? He sido repudiada y si mí padre se entera, las guerras volverán a estallar. ¡Maldito, Sean! ¡Lo odio! —exclamó con desesperación.

—No lo permitiremos, querida —le aseguró Arthur—. Conseguiremos que este tonto recupere la cordura y vuelva contigo. Ahora, cálmate. Entremos en el castillo.

Eleonor no quiso cenar y se retiró a su habitación.

—Esta situación es absurda, Alice. Sé que Sean ama a Eleonor. Lo vi en su angustia cuando ella desapareció. Tenemos que hacer algo —dijo Arthur sirviéndose una copa de whisky.

—Yo me he propuesto lo mismo —dijo su mujer sonriendo con malicia.

—¿Y qué has pensado? No será fácil convencer a ese testarudo.

—Celos —dijo Alice.

Arthur parpadeó sin comprender.

—Cariño, Sean se volverá loco si se entera que su esposa tiene expectativas hacia otro hombre. Es posesivo y aunque la repudie, no deja de ser suya. La sacaré de aquí y teniéndola a su lado, acabará aceptando que no puede vivir sin ella.

Su marido sacudió la cabeza con gesto asustado.

—¡Ni hablar! Sería una locura. Sean reaccionará del único modo que sabe: matándola.

—¿Tú lo harías? —le preguntó ella acariciándole el cabello ensortijado.

—¡Por supuesto! No podría soportar que otro te tocara. Eres mía y te amo —exclamó él con énfasis.

—Sean también ama a Eleonor. Tenemos que arriesgarnos. Puede que ahora menosprecies a tu primo, pero él es responsable de nuestra dicha.

Arthur asintió, mientras besaba apasionado a su esposa.

Sean estaba ebrio. En realidad no había dejado de estarlo desde del día que dejó a Eleonor. Había pensado que la distancia calmaría su dolor, pero no era así.

—¿Qué os ocurre, señor?

Sean miró a la muchacha que estaba sentada sobre sus rodillas. Era bonita, pero no podía compararse con su esposa.

—Sírreme más vino —le pidió con voz pastosa.

Ella lo complació. Se sentía afortunada por haber sido requerida por el amo. Sabía lo generoso que era con sus amantes. Sacaría algún vestido bonito e incluso alguna joya.

Seanapuró la copa y la extendió hacia la muchacha.

—¿No creéis que ya habéis bebido bastante?

Sean la apartó de un empujón y ella cayó al suelo.

—¡Yo decido no tú, miserable campesina! Lárgate!

Ella obedeció con celeridad. Su aspecto era diabólico.

—¿Qué pasa? —preguntó el mayordomo.

—Ese hombre está loco. Será mejor que no entres —le dijo ella alejándose a toda prisa.

El lacayo no temía a Sean. Lo había cuidado desde que era un niño y siempre había tenido deferencia con él.

El conde estaba sentado junto al fuego con el rostro sin afeitar y desaliñado. Sus ojos estaban rodeados por ojeras muy oscuras. Ofrecía un aspecto lamentable. Jamás lo había visto así y era desesperante no poder hacerlo reaccionar. Parecía como si lo que ocurría a su alrededor no le importara nada. Desatendía sus obligaciones e incluso la diversión.

—Mí señor. ¿Os preparo el baño?—le dijo inclinándose.

—Fuera —rezongó Sean.

—Deberíais...

—¡Nadie me da órdenes! —exclamó mirándolo con ojos encendidos mientras se servía más vino.

—No podéis continuar así. Tenéis que hacer algo si tanto la echáis de menos.

Sean golpeó con el puño la mesa y la jarra cayó desparramando el vino.

—¿Dé que hablas? Esa mujer no me interesa. ¿Me oyes? ¡Puede morir y no me dolería lo más mínimo!

Charles sacudió la cabeza. Ese muchacho se estaba destruyendo.

—Como digáis, mí señor.

—¿Acaso no me crees? —siseó Sean.

—Por supuesto que sí, señor.

—Déjame solo —le ordenó Sean.

Charles salió del cuarto y decidió enviar un mensaje al amo Arthur.

Cuando Arthur leyó la carta sonrió satisfecho. Era el momento adecuado para poner en marcha el plan que Alice había trazado. Sean abandonaría la actitud autodestructiva. La ira que tanto le caracterizaba volvería.

—Querida, es necesario que te marches —le dijo Arthur a Eleonor en cuanto se sentó a la mesa.

—¿Me echáis? —preguntó herida.

—No, cielo. Pero esta situación no puede continuar. Sean y tú debéis reconciliaros —le dijo Alice con ternura.

—Él no me ama. No puedo volver a su lado —se negó Eleonor.

—No lo harás. Debes vivir en Greenfalls.

—¿Por qué? Allí no tengo amigos.

—He recibido noticias de Charles. Tu marido no esta muy bien que digamos. Y es por tú causa. Pero es tan orgulloso que se niega a admitirlo. Si ocupas la casa que te pertenece por herencia materna, saldrá a buscarte. Es incapaz de resistirse a los desafíos —le dijo Arthur con una sonrisa malévola.

—¿Quieres que me mate? ¡Ni lo sueñes! —protestó ella.

—Él no hará nada de eso. Confía en nosotros —le pidió Alice.

Eleonor tomó aire indecisa.

—Alice, a pesar de su abandono, sigue siendo mi esposo. Le debo obediencia.

—Y él también a ti. Demuéstraselo —dijo Arthur sirviéndole un trozo de pollo.

—Eleonor, informamos a tú padre de lo que sucedía y está de acuerdo —le comunicó Arthur.

—¡Dios, se pondría furioso!

—Fuimos discretos. Le dijimos que era una riña de enamorados.

Ella bajó el rostro.

—Todos opinan sobre nuestros sentimientos sin conocerlos. Yo no amo a Sean y él me aborrece. Opino que es una majadería lo que pretendéis.

—Él te ama —aseguró Alice.

Eleonor se alzó encolerizada.

—¡Sean solo sintió lujuria por mí y me apartó de su lado porque ésta se apagó! ¿No podéis comprender eso? ¡Claro que no! ¡Vosotros compartís algo que nosotros nunca tuvimos y que no tendremos jamás!

Después se dejó caer con cansancio en la silla y estalló en un llanto angustioso.

Alice se acercó a ella y la abrazó con ternura.

—Cariño, tú también estás ciega. No viste a Sean enloquecer cuando te alejaste de él. Créeme. ¿Acaso no percibiste que amaba a Arthur con toda mí alma a pesar de querer disimularlo? No puedes permitir, ninguno de nosotros permitiremos, que vuestra cabezonería os impida ser felices. Así que, mañana mismo te irás. Lo quieras o no.

Eleonor alzó el rostro.

—Sean os matará si me dejáis partir.

—A pesar de su aspecto fiero, mí primo tiene buen corazón —dijo Arthur.

—Un corazón de lobo —musitó Eleonor.

—Que reaccionará en cuanto le provoques. Ya verás como todo sale bien y esta pesadilla será olvidada.

—Ojala tengas razón —dijo ella en un susurro.

En realidad dudaba que Sean corriera tras ella.

Al día siguiente le prepararon el equipaje y partió hacia Greenfalls.

El castillo le pareció hermoso. Carecía del aspecto defensivo y frío del de sus, ahora parientes, aunque el único torreón era lo suficientemente invulnerable.

El interior era hermoso. Cortinajes de seda, lámparas de bronce pulido, cuadros y jarrones exquisitos. Se notaba que había pertenecido a una mujer. A su madre.

—Señora, bienvenida —le dijo el lacayo inclinándose ante ella.

—Gracias.

—¿No os acompaña vuestro esposo?

—No, por el momento —respondió Eleonor.

—Si me seguís, os mostraré vuestras habitaciones. Supongo que el viaje os habrá agotado.

¿Cenareis arriba?

Ella asintió con cansancio.

La habitación era espaciosa. La cama amplia presidía la estancia, el tocador de madera tallada con maestría estaba junto a la ventana permitiendo que la luz del sol iluminara el espejo. Sobre él había unos peines de plata repujada. Los rozó con dedos trémulos. Su madre había peinado sus cabellos dorados con ellos.

Con agotamiento se sentó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se miró en el espejo. Su aspecto era penoso. Ojeras y palidez eran lo que más se destacaba. Sus ojos ya no brillaban.

El sirviente entró con la bandeja, pero ella no probó nada. Lo único que quería era dormir y no despertar jamás. No podía asegurar cual sería su reacción si Sean regresaba a por ella. Estaba convencida que sería incapaz de negarse a sus requerimientos. Y eso, que hasta ahora la había enfurecido, ahora la entristecía. Sean no merecía el amor que aún le profesaba.

Pero Sean no se presentó. Ni al día siguiente ni las dos semanas siguientes. Estaba claro que ya no sentía ningún interés por ella. Tal vez ya tenía a otra en la cama para endulzar sus noches. Era lógico en un hombre tan voluptuoso como él.

Ese pensamiento le hizo encoger el estómago. A pesar de las ignominias aún sentía amor hacia ese maldito embustero. Noche tras noche recordaba sus caricias, sus ansias locas cuando la poseía y su corazón se rompía en mil pedazos al comprender que él no volvería jamás.

Charles entró en el cuarto de Sean sin llamar. Había descubierto que era un gesto inútil. El conde continuaba sin atender a nada ni a nadie.

—Señor, ha llegado otra carta de vuestro primo —le comunicó.

—No me interesa —dijo él alzando la mano con desprecio.

—Puede ser importante —insistió el criado.

—Esa gente ha muerto para mí.

—Mí señor...

—¡Vete! —aulló.

Charles decidió arriesgarse y poner fin a esa locura.

—Señor, esto no es propio de vos. Todos estamos muy preocupados. Habéis dejado la administración, abandonado a vuestros hombres. Esta casa es un desastre. Debéis dejar de beber y ser el de antes. ¿Dónde está el hombre que admirábamos? ¿Acaso se ha dejado vencer por una mujer? ¿Por su enemiga? ¿Decid? Ella debe de estar muy satisfecha con vuestra derrota.

Sean volvió el rostro lentamente y lo miró rabioso.

—No me asustáis, señor. Hablo con la verdad. Os habéis comportado como un pelele, como un hombre sin voluntad propia a manos de una muchacha. Sois su marioneta —continuó el mayordomo.

—Nunca nadie me ha vencido —siseó Sean.

—Hasta ahora. ¡Por Dios! ¿Acaso os habéis visto? Ni un pordiosero vestiría y olería como vos.

Sean se levantó y se miró en el espejo. Charles estaba en lo cierto. La espesa barba cubría gran parte del rostro. Sus ojos eran dos líneas plomizas surcadas por enormes ojeras negras y sus labios resecos dos líneas apenas visibles.

—¿Ese soy yo? —musitó.

—¿Vais a reaccionar, señor?

—Prepárame el baño —asintió con gesto decidido.

Charles lo complació con una sonrisa llena de satisfacción.

Sean se quitó la ropa y arrugó la nariz al oler el hedor.

—Ahora comprendo tus reprimendas. ¡Estoy asqueroso!

—Nos hacíais sufrir a todos. Nunca os vimos tan deprimido.

—¿Y cómo no iba a estarlo? El rey me obligó a cometer la peor de las atrocidades casándome con una enemiga.

—Un suceso lamentable para todos, señor.

Sean se metió en la tina y suspiró satisfecho al sentir el agua tibia.

—Lee esa carta —le pidió.

—“Querido Sean, te hemos escrito en varias ocasiones sin recibir respuesta. Sé que nos desprecias. A pesar de ello, me veo en la obligación de comunicarte que algo muy grave ha sucedido que te hará enfurecer. He de informarte que Eleonor nos ha abandonado y se ha instalado en Greenfalls...”

—¡Qué! —exclamó Sean golpeando el agua.

—¿Puedo seguir, señor? —dijo Charles sin inmutarse. Sean asintió.

—“Como supondrás intentamos impedirlo. Fue inútil. Como bien sabes, nadie puede retener a esa insensata cuando se empeña en escapar. Espero que tu sentido común la haga

recapacitar y evitar el deshonor que recae sobre la familia. Por favor, ve a buscarla y demuéstrole que no puede desobedecer a su esposo y señor”.

Sean, con gesto lento, abandonó la bañera y se cubrió con la bata.

—¿Debo ir, Charles?

El mayordomo lo miró estupefacto. Era la primera vez que el muchacho le pedía consejo.

—Bueno. Creo que deberíais. Ninguna mujer puede deshonorar a su esposo. Ni que la gente haga comentarios especulativos por el motivo que la ha llevado a apartarse de su marido.

Sean lo miró con ojos sombríos.

—¿Piensas que puede tener un amante?

Charles carraspeó con nerviosismo. Por supuesto que podía yacer con otro. Pero jamás diría eso en voz alta sino quería morir de inmediato.

—No, señor. Pero la gente así puede creerlo.

—Partiré ahora mismo —decidió.

—Si me permitís, mí amo, primero deberíais rasuraros la barba. No os sienta nada bien. Mientras pueden prepararos algo de equipaje —le propuso Charles.

Aceptó.

—¿Qué pensáis hacer, señor? ¿Le daréis una paliza? —se interesó el mayordomo.

—No me gusta lastimar a las mujeres.

Charles le extendió el jabón por las mejillas.

—Aunque, ella lo merece, sin duda. Es una Clarke.

—Cuando estaba aquí lo desconocía.

—Entonces todo era distinto. Vos erais feliz y ahora os ha destrozado.

—No del todo, amigo mío. Esa jovencita sabrá con quien está casada. No le toleraré ni una desobediencia más, ni que rebata mis actos —dijo Sean sonriendo al recordar la primera noche que la poseyó. Eleonor no se dejó amedrentar por su ira. Lo retó de un modo feroz y eso fue precisamente lo que más le gustó de ella. Su carácter fuerte y nada sumiso.

—¿Seguro que lo haréis? Os conozco y esa muchacha os encandilará de nuevo con su belleza. Acabaráis seducido. Esa mujer es peligrosa. Por ninguna otra sentisteis nada igual. Incluso os negasteis a casaros con lady Alice —dijo Charles pasando la hoja de acero por su cuello.

—Arthur y ella se amaban. Era lo justo —se excusó Sean.

Charles le limpió el rostro.

—No tratéis de engañarme. Vos amáis a vuestra esposa. Esa es la única verdad.

Sean se levantó y apoyó la mano en el hombro del mayordomo.

—¿Y qué puedo hacer? He intentado con todas mis fuerzas apartar ese sentimiento. Lo sabes. Ha sido imposible. Esa mujer está clavada en mí alma. No puedo apartarla de mi mente. He sido incapaz de gozar con ninguna otra. ¿Puedes creerlo? El peor de los libertinos guardando castidad, desesperándose por una mujer que lo aborrece. ¡Por su enemiga!

—¿De veras pensáis que ella no os ama? ¡Por Dios, señor! Esa joven hubiese hecho cualquier cosa por vos. Si escapó de vuestro lado fue por no ver como lady Alice tomaba al hombre que quería.

—Tú lo has dicho. Que quería. Ahora está demostrando que me desprecia. Pero no se saldrá con la suya. La obligaré a volver, lo quiera o no. Es mía y no consentiré que me abandone —dijo con firmeza.

La puerta se abrió y una doncella entró con una bandeja repleta de comida.

—Señor, antes de iros debéis alimentaros —dijo Charles.

—No tengo tiempo —rechazó Sean.

—Insisto.

Sean se sentó ante la mesa. La testarudez de Charles podía compararse con la suya, así como el firme carácter, su valentía, su honradez. Algo de eso le había legado estando constantemente a su lado.

Al probar el primer bocado descubrió que estaba hambriento. ¿Cuánto hacía que no comía? Pensó que semanas.

—Has estado acertado, Charles —dijo arrancándole un ala al pollo.

—Como siempre, señor. Y opino, si me permitís, que es razonable que hagáis entrar en razón a vuestra esposa y os la traigáis. Debéis concebir cuanto antes un hijo para que sea el heredero de vuestras posesiones y las de Clarke. Y si os da una niña, volvéis a preñarla hasta que os de el heredero que precisáis.

Sean parpadeó perplejo.

—Charles. ¿Con cuantas mujeres me he acostado? Ni tan siquiera puedo recordarlas, y no he tenido ningún hijo. Temo que soy estéril.

—¡Por Cristo! Sois un hombre sano. ¡No digáis estupideces!

—Nunca tendré un hijo.

Charles resopló con agitación. Ese muchacho era testarudo, muy testarudo.

—¡Bien! Ya estoy harto. Ha llegado la hora de partir —dijo Sean alzándose.

Una hora más tarde partía junto a varios soldados hacia Greenfalls sumido en pensamientos tenebrosos. ¿Habría sido capaz Eleonor de traicionarlo, de gemir de placer con otro? Esperaba que no, o la mataría sin dudarle.

Quando Eleonor vio el pequeño ejército ante la puerta creyó morir. Sean había acudido a pesar de sus ruegos para impedir el enfrentamiento.

—¿Qué hacemos? —le preguntó el lacayo con el rostro lívido por el miedo.

—No podemos negarle la entrada. Es mi esposo. Abrid la puerta —dijo Eleonor tomando aire.

—Señora, debe de estar muy furioso —le dijo su doncella.

—Mary, le debo obediencia. ¡Abrid! Comunicadle que le espero en el salón.

Los soldados desmontaron y aguardaron en el patio mientras Sean entraba en el interior con gesto enérgico.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó con evidente enfado.

—Le... espera en el salón, mi lord. Seguidme —tartamudeó el mayordomo.

Sean entró. Eleonor estaba junto al fuego con el rostro pálido, sin poder esconder su temor. Eso le gustó. Le daría una buena lección para que no olvidara que le había desobedecido; que él era el único que podía decidir sus actos.

—Señora. ¿Podríaís darme una explicación coherente a este acto insensato? —siseó acercándose a ella.

— Vos me abandonasteis y supuse que no os importaría dónde viviese. Encontré lógico vivir en mis posesiones y de mis rentas, y no de vuestra caridad —contestó ella temblando al ver que sus ojos reflejaban hostilidad.

—¿Caridad? ¡Sois mi esposa! —rugió avanzando unos pasos más.

—Una esposa que no os interesa, señor —replicó ella con el rostro arbolado.

—Ese no es el caso. Os ordené que vivierais con Arthur, como amo y señor vuestro. ¿O también habéis olvidado eso?

—No, por desgracia— dijo ella en un murmullo.

—¿Cómo decís? —inquirió él alzándole el mentón.

Ella le clavó sus ojos verdes como los lagos de las nieves y le pareció ver en la profundidad grisácea un reflejo de afecto. Pero solo fueron unos instantes. Sean volvió a mirarla con furor.

—No, señor. No he olvidado que os debo sumisión.

—No lo habéis demostrado en absoluto, señora —le recriminó.

Eleonor se apartó y se enfrentó a él.

—¡Ni vos, señor! Me abandonasteis al día siguiente de nuestra boda. ¿Cómo pensáis que me sentí? Deshonrada! En el pasado tuve que aceptar vuestras vejaciones porque era una esclava. Pero esta no. No a la hija del Conde Willox Clarke.

Sean apretó los dientes. Aquella muchacha no aprendía.

—Ahora sois una Evans. ¡Mí mujer! Y haréis lo que os mande. Si decido dejaros, lo haré. Y vos no protestaréis ni me desafiareis como lo habéis hecho ahora —dijo agarrándola del brazo.

Ella respiró agitada.

—Si esa es vuestra intención hacedlo. Creí que nunca volvería a veros y ahora os presentáis con un ejército. ¿Es ese vuestro modo de demostrar que no me queréis a vuestro lado? ¡Bonito modo! Todos mis sirvientes creyeron que íbamos a morir.

—Habéis tenido suerte de que mi cólera se aplacara.

—¿Nos habríais atacado? —se escandalizó ella.

—Ya me conocéis. Todos me llaman Sean el despiadado —dijo él con ironía.

Eleonor se sentó de nuevo.

—¿Qué pensáis hacer conmigo?

—¡Alzaos! No os he dado mi permiso —gritó él.

—¿También queréis mandar en eso? ¡Inaudito! —resopló ella.

—Tengo poder absoluto sobre vuestros actos. ¡Sobre todos!

—Pero no sobre mis sentimientos. En eso siempre seré libre. No podéis controlarlos. Mi corazón no os pertenece, ni será vuestro nunca.

Sean apretó los puños. Su respiración se aceleró. ¡Cómo se atrevía a decir algo así! Él que estaba enfermo por su ausencia.

—¿Acaso pertenece a otro? ¿Esa es la causa de vuestra huida? —inquirió con voz gélida.

—No tengo porque contestar a esta impertinencia —dijo ella dándole la espalda.

Su marido la volvió con violencia hacia él.

—¿Tienes un amante?

—¿Pensáis que soy tan vil?

—¡Contesta, maldita sea! —le exigió.

—No. No lo tengo, mí señor.

—Ni jamás tendrás la oportunidad. Ordena que te preparen el equipaje.

—¿Me devolvéis con vuestro primo? ¿O dejaréis que viva con mí padre?

—Vendrás conmigo. Eres mí esposa —decidió él.

—¿Ahora lo soy? ¿Solo por qué os he desafiado? —dijo ella enojada.

—Me perteneces. Todas mis propiedades están bajo mí control. No tolero desobediencias.

Ya lo sabes.

—¿Qué castigo merezco por esta rebelión, esposo mío?

Él la miró con gesto especulativo.

—Es evidente que os habéis ganado unos azotes. Subid a vuestro cuarto.

Eleonor lo miró incrédula.

—No os atreveréis —murmuró.

—¡Sube! —aulló indicándole la escalera.

Eleonor caminó con lentitud seguida de Sean. Abrió la puerta de la habitación y entró. Él cerró la puerta con un gesto violento.

—Yo... Os pido perdón, mí señor —dijo ella en un intento de que él olvidara sus intenciones.

Sean se sentó en la cama.

—Demasiado tarde. Ven.

Eleonor no se movió. Estaba petrificada por el terror. Sean se alzó y tiró de ella. La mantuvo frente a él y la tomó de las manos mirándola con gesto circunspecto.

—¿Os he pedido disculpas! —exclamó ella.

—Eres testaruda y debo asegurarme que no volverás a intentar huir.

—Juro que no lo haré —jadeó Eleonor.

—Lo lamento. Sin embargo, debo castigarte.

—Sabéis perfectamente que no es necesario. Pero os agrada atormentarme. Siempre lo habéis hecho. Buscáis cualquier excusa para dañarme, para ejercer vuestro poder.

—Únicamente me enojo con los insumisos. Tú lo has sido. Es lógico que lo ejerza. Has dañado mí honor. ¿No es cierto? —dijo él con voz calmada.

—No —negó ella.

—Eleonor, no seas tozuda y admite de una vez que me has originado un serio problema.

—¿Qué problema? Simplemente dejé el castillo de Arthur para vivir en otro lugar. A vos no os interesaba en absoluto.

—¡No es lo mismo, maldita sea! Allí estabais bajo el control de la familia —se exasperó él.

—Sé cuidarme sola, señor.

Sean tomó aire. Eleonor no entraba en razón y aún sintiéndolo con toda el alma, debería aplicar el castigo.

—Nadie puede testificar que me habéis sido fiel.

Ella inspiró con fuerza.

—Lo he sido. No soy tan inmoral como vos.

—Tumbate —le ordenó.

Ella lo complació dispuesta a no ceder ante su brutalidad.

—¿Aún pensáis que no soy justo? —le preguntó.

Ella no respondió.

—Contesta —insistió él.

Eleonor apretó los puños.

Sean alzó el vestido y le asentó el primer golpe.

—No seas estúpida. Reconoce el error —le pidió Sean con gesto apesadumbrado.

Su mujer continuó en silencio y la sacudió de nuevo.

—Eleonor— casi le suplicó él.

—No... No sois injusto —balbució ella sin poder reprimir el llanto. No por el dolor. Sean no había utilizado toda su fuerza, si no por la vejación.

Sean la alzó y la sentó sobre su regazo. Enjuagó sus lágrimas y la acunó como a un bebé.

—Aunque no lo creas, me ha dolido hacer esto. Espero no tener que volver a dañarte. Vamos, cálmate —murmuró con voz dulce.

Ella dejó caer la cabeza en su pecho sin poder dejar de llorar. ¿Cómo podía comportarse de un modo tan brutal y los pocos segundos como el hombre más tierno?

—No podrás evitarlo, Sean. Siempre encontrarás una razón. Me odias.

—No a ti.

—A lo que represento. Siempre seré una Clarke. Es algo que no puede modificarse —dijo ella con tristeza.

—He llegado a la misma conclusión —reconoció él.

—¿Y me mantendrás siempre apartada?

Sean la abrazó con fuerza. ¡Era tan fácil poder olvidarlo todo cuando estaba así, entre sus brazos!

—Comprende. Toda mí vida ha estado marcada por esa familia.

—Y la mía por ti —le recordó ella alzando el rostro.

—Los dos hemos sufrido para poder perdonar todo de un solo golpe. Necesitamos tiempo.

Ella lo miró con pesadumbre.

—Nunca podremos vivir en paz. Siempre te recordaré los horrores del pasado.

—Y mis debilidades. Te odio con toda el alma, y al mismo tiempo me desespero por tenerte. Nunca en la vida me sentí tan confuso, tan impotente. Me gustaría olvidarte, pero es imposible. Te juro que lo he intentado. Eres como una poción que debilita mí voluntad y que me hace perder la razón. ¿Cómo puedo apartarte de mí mente? ¿Di? —dijo Sean entre dientes.

—Solo soy una obsesión. Nada importante. Vete y comprobarás que con el tiempo olvidarás que me conociste. Tal vez alejados encontremos la paz y la felicidad.

Sean le tomó el rostro entre las manos y la miró con ojos sulfurados.

—¿Quién es él? —siseó.

—¿Por qué insistes? No hay ningún otro hombre en mí vida —dijo ella con el corazón encogido. Sean volvía mostrar su lado desagradable.

—¡Mientes! La única razón que tienes para que te conceda la libertad es tu amante.

Ella extendió las manos y lo empujó liberándose de él.

—¡Deseo ser libre porque me dañás!

Sean se levantó y comenzó a pasear por la habitación agitado.

—¿Tú no? ¡Di! Acabo de confesarte que es un suplicio estar sin ti. ¿Y qué haces? Me pides que te deje. Hay otro. Lo sé.

—No, pero merecerías que te engañara. Otra en mí lugar no hubiese dudado. Pero soy tan estúpida que aún os...

—¿Aún qué? —inquirió Sean mirándola con ansiedad.

—Que aún os respeto como esposo —respondió ella.

—Bien. Entonces lo demostrarás. Se acabaron las tonterías. Prepáralo todo. Mañana partimos hacia casa. No me importa lo más mínimo que nunca tengamos paz entre nosotros. Eres mí mujer. ¡Mí esposa! Y jamás te concederé la libertad —gritó.

—Como ordenéis, mi amo —dijo ella haciéndole una reverencia.

—Eleonor, hablo en serio. No permitiré que vuelvas a desobedecer. Recuérdalo.

—He podido experimentar en mis propias carnes como actúas cuando alguien lo hace —dijo ella con ironía.

—Eso no ha sido nada, querida. Aún no sabes como es mí cólera.

—Te equivocas. He visto los castigos a los que sometías a tus siervos. Nunca pensé conocer a alguien tan inhumano —dijo ella con amargura.

—¿Te has parado por un momento a pensar el delito que cometieron? Claro que no. Siempre he actuado de un modo razonable.

—Por supuesto, esposo mío.

Sean lanzó un bufido.

—¡Oh, Señor! Es inútil hablar contigo. Prepara el equipaje. Como he dicho, mañana, al amanecer nos marchamos —dijo saliendo de la habitación.

Eleonor cerró la puerta y se reclinó en ella. No iba a ser fácil la vida a partir de ahora. Tendría que convivir junto a un hombre que la odiaba, mientras que ella, a pesar de su crueldad, aún continuaba amando.

30

Sean miró con curiosidad a su mujer que se movía con sigilo por el corredor y se preguntó hacia dónde se dirigía a esas horas de la noche.

Decidió seguirla. Deseaba descubrir que pretendía amparándose en las sombras. ¿Iría a reunirse con un amante?

Esa idea lo llenó de ira. Hacía semanas que habían llegado y apenas se habían visto; solo en ocasiones especiales cuando recibían a un invitado importante. No quería tenerla cerca o caería en la tentación de olvidarlo todo.

Eleonor bajó y continuó su camino hacia el ala de los sirvientes. ¿Acaso era un siervo su amante? Lo más probable. En la parte noble del castillo solamente había mujeres y un par de viejos sirvientes.

A llegar ante la puerta de la alacena, Eleonor entró. Sean atisbó con cuidado. Ella encendió una lámpara. Estaba sola. Se acercó a una fuente con restos de un pastel y comenzó a devorarlo con verdadero apetito.

Sean controló las ganas de reír. No existía ningún amante. Solo hambre y por lo que veía, canina. Eleonor comía con verdadero deleite cada alimento que probaba.

Lanzó un suspiro. Su mujer estaba deliciosa con los labios empapados de miel y deseó poder lamerlos. Abandonó el escondite y entró.

—¡Dios! —gritó ella asustada.

—Soy yo —le dijo Sean en apenas un susurro.

Ella se ruborizó al ver que la había descubierto como a una niña glotona.

—¿Acaso no habéis cenado? Parecéis realmente hambrienta —dijo él sonriendo divertido.

—Yo... Sentí apetito y no quise molestar a Mary —respondió ella, temblando.

—¿Sentís frío? No me extraña. Vais casi desnuda —dijo Sean con una llama de fuego en sus ojos grises.

—Bajé por unos minutos. Ya me iba.

—¿Por qué tanta prisa? Aún queda más pastel.

—He quedado satisfecha, señor.

—¿De veras? — inquirió Sean acercándose. La visión de Eleonor le embotaba los sentidos. Tenía las mejillas ruborizadas, el cabello revuelto, el cuerpo apenas cubierto por el camisón y los labios brillantes y apetitosos. Nunca la había deseado de un modo tan animal.

—¿Puedo irme? —preguntó ella asustada. Los ojos de Sean eran puro fuego. En ellos se reflejaba la lujuria y quería escapar antes de que fuera demasiado tarde. No podría resistir la tentación de aceptar su seducción. Ella también tenía el cuerpo encendido.

—¿Tanto miedo os doy, señora? —murmuró él plantándose ante ella.

Eleonor retrocedió, pero la mesa le impidió la huida. Apoyó las manos respirando con agitación. ¡Señor! Sean no podía imaginarse lo atractivo que estaba.

—Eleonor, no te lastimaré —dijo bajando el rostro hacia su boca.

Ella esperó el ataque, pero Sean mantuvo los labios sumamente cerca, pero no le rozó la boca.

—Sabes que te deseo. Que me vuelve loco verte y no poder acariciar tu piel —dijo en tono grave.

—No lo hagas, por favor —le suplicó Eleonor.

Él le tomó la cabeza entre las manos y la miró con tanta intensidad que sintió miedo.

—¿Olvidas quién soy? —gimió Eleonor.

—No lo olvido. Eres mi esposa. Mía. Solo mía —jadeó él lamiéndole la comisura del labio, saboreando la dulzura de la miel que los empapaba —. ¡Dios! Eres tan dulce.

El corazón de Eleonor latió con fuerza. Aquel acto tan sensual la encendió de un modo brutal. Sean descendió la boca abierta por su cuello y la humedad caliente le abrasó la piel.

—Te he añorado, cielo. Me moría por saborearte —musitó Sean acariciándole los pechos y Eleonor exhaló un suspiro de puro deleite.

Sean la tomó de las nalgas y la sentó sobre la mesa. Apartó el camisón y su lengua lamió los pezones sonrosados, para después tomarlos en su boca ardiente y húmeda.

Eleonor alzó las manos y revolvió los cabellos negros incitándolo a que continuase castigándola de aquel modo tan dulce.

Sean gruñó acalorado. Sus manos la recorrieron, levantando el camisón para recrearse en sus muslos, perdiéndose con urgencia en el triángulo, acariciando el botón que encendía su ardor.

Ella empujó las caderas hacia esa mano incitadora lanzando gemidos entrecortados. Sean elevó el rostro y la miró arrebatado por la pasión.

—Tú también me has añorado. Deseabas que hiciese esto. ¿Verdad, cariño? —dijo ronco. La empujó con delicadeza y ella no protestó. No podía. Lo único que quería era que él siguiese provocándole ese gozo indescriptible.

Sean la complació, pero de una manera aún más demoledora. Colocó sus piernas alrededor del cuello y hundió la boca en su calidez excitada, bebiendo de ella como un sediento, lamiéndola con idolatría.

Eleonor jadeó entrecortadamente, derritiéndose ante su ataque erótico y osado. Una ráfaga de placer recorrió cada poro de su piel e intentó alzarse para poder tocarlo, pero él no se lo permitió. Continuó hurgándola con frenesí, dejando escapar de lo más profundo de su garganta un gruñido de pura satisfacción cuando ella se convulsionó espasmódicamente al alcanzar el orgasmo.

Sean abandonó su sexo y la besó con apetencia. Ella le correspondió con la misma avidez,

pegándose a su cuerpo, acariciándole la espalda desnuda, recorriendo con lentitud cada uno de sus músculos endurecidos por horas de entrenamiento.

Cuando sus bocas se separaron, ella tenía las mejillas ruborizadas.

—Niega ahora que me deseas —dijo él recorriendo con el dedo la comisura de sus labios hinchidos por sus besos.

Eleonor bajó las manos hasta los calzones y los deslizó, y sin ningún impudor acarició su masculinidad hinchida y pulsante.

—Admito que deseo esto. Quiero sentirlo dentro de mí. Notar como su dureza me traspasa una y otra vez —musitó mirándolo con descaro.

Sean exhaló un lamento. Su frente estaba empapada de sudor. Aquellas manos lo estaban alterando hasta la demencia.

—Detente— le suplicó.

—¿Acaso no quieres que te complazca? —dijo ella mordisqueando su boca.

Él le apartó las manos.

—Lo harás, cielo —aseguró cogiendo el tarro de miel.

—¿Qué vas a hacer? ¿Comer ahora? —protestó ella.

—Exacto, preciosa —dijo dejando caer el líquido dorado sobre sus senos.

Ella respiró expectante y suspiró cuando la boca lamió sus senos, el estómago, el vientre, entre sus muslos, siguiendo el hilo de la miel; comprobando que Sean conseguía provocarla de nuevo.

—Eres perverso —jadeó Eleonor.

—¡Hummm! Y tú la mujer más apetitosa del mundo y quiero alimentarme de ti ¿Tú no tienes apetito? —dijo con voz sugerente, dejando caer miel sobre su torso.

Eleonor se ruborizó ante su petición. De todos modos, no pudo resistir la tentación. Deseaba besar esa piel encendida.

—Esto hambrienta —musitó. Bajó el rostro y lo lamió con sutileza, apenas rozándolo con la punta de la lengua.

Sean cerró los ojos absorto en esa boca ávida y contuvo el aliento cuando ella bajó de la mesa y comenzó a lamer cada vez más abajo, más abajo...

—Cariño. Para o no respondo —gimió al sentir la humedad ardiente de su boca.

Eleonor se levantó y lo miró con atrevimiento.

—¿Acaso no os complazco, mí señor?

Sean la abrazó y la tumbó sobre la mesa.

—Tú llenas todas mis ansias —aseguró ronco. Y colocándose entre sus muslos, dijo: ¿Quieres que colme las tuyas?

—Sí, Sean. Necesito sentirte. Ahora —le pidió envuelta en un deseo frenético.

La penetró sin contemplaciones y saqueó su boca mientras acariciaba los pezones erectos, moviéndose con cadencia, recreándose en ese momento mágico.

Eleonor enredó los dedos en el cabello de Sean y empujó con las caderas apremiándole para que la liberara del delirio que roía sus entrañas.

Sean se había sumergido en una espiral enloquecedora. No podía sentir nada que no fuese esa calidez húmeda que lo envolvía reclamándole el paraíso.

Eleonor se sentía embargada por su aroma, por su fuerza. Nada podía percibir fuera de él, del placer que le proporcionaba con sus embestidas y emitió un grito de impaciencia. Sean se detuvo desconcentrado al ver su convulsión.

—Por favor —le suplicó ella aferrándose a sus nalgas.

—No te dejaré, cielo. Aún no —prometió él, acelerando el ritmo de las embestidas, emocionado ante su respuesta fogosa.

El terremoto de orgasmo se expandió por cada poro de la piel de Eleonor. Sollozando, dejó caer la cabeza en la curva del hombro varonil y mordió su carne encendida.

—Cariño... ¿Qué me estás haciendo? Vas a matarme —gruñó él.

Y traspasado por el goce más exquisito, se convulsionó sacudiéndose con ímpetu para llenarla con su esencia, emitiendo un gemido profundo.

Sean comprendió que no era lujuria lo que minaba su sensatez. Y admitió que amaba a Eleonor con toda su alma y esa revelación lo entristeció. Eleonor continuaba siendo su enemiga.

—¿Estás bien? —le preguntó besándola en la mejilla con ternura.

Ella asintió temblando.

—Hace frío. Vamos —dijo Sean arropándola en sus brazos.

La llevó a su habitación. Era absurdo continuar separados después de lo que habían vivido.

La dejó junto al fuego. Mojó un paño en el agua y se limpió el rastro de miel que aún le pringaba el cuerpo. Después se acercó a Eleonor y comenzó a frotarla con delicadeza, recorriendo cada centímetro de su piel.

—Sean.

—¿Si, cielo?

—¿No volveremos a pelear, verdad? —murmuró ella.

—Eleonor, ya no me importa quien eres. Solo sé que deseo tenerte junto a mí, como ahora —dijo él mojado sus senos.

Ese acto tan simple, Sean lo convirtió en una caricia muy sensual. Cerró los ojos para sentir con más intensidad al placer.

Sean curvó los labios en una sonrisa maliciosa al ver su reacción. Empapó el paño en el cuenco. Se sentó en la butaca y con voz seductora dijo:

—Ven.

Ella se sentó en su regazo. Él, con estudiada maldad frotó su entrepierna.

—Para, te lo ruego —jadeó ella asustada ante su respuesta voluptuosa. ¿Qué le pasaba? Debía aborrecerlo por todos sus desprecios y lo recompensaba entregándose sin el menor pudor.

Su esposo la miró con ojos chispeantes. Esa mujer lograba encenderlo sin tan siquiera tocarlo. Ya estaba ebrio de deseo.

—¿Cómo podría? —dijo ronco llevándole la mano hacia su miembro inflamado, guiándola.

Eleonor exhaló un suspiro de complacencia ante su plenitud.

—Me han dicho que los hombres suelen necesitar reposo tras un encuentro carnal y tú ya estás dispuesto. ¿Cómo es posible?

Sean se echó a reír.

—Cierto es.

—¿Entonces? —insistió Eleonor clavando sus ojos en el miembro inflamado.

Él tomó su rostro entre las manos y mirándola con lujuria, dijo:

—No todos tienen la fortuna de poseer una esposa tan sensual y voluptuosa, cariño. Tú eres la culpable de avivar este volcán que me ruge en las entrañas. Me vuelves loco. Te deseo tanto que podría morir si no puedo tenerte.

El corazón de Eleonor comenzó a latir descontrolado. Ella también moría por ser suya una vez más. Presa de un delirio incontrolable, grácil como una gacela, abandonó el regazo de su

esposo y como una amazona montó sobre sus piernas. Se abrió para recibirlo y exhaló un suspiro de pura satisfacción cuando su virilidad la llenó.

—Eleonor...

Ella lo abrazó y lo acalló con un beso voraz; moviéndose con cadencia. Despacio, intentando sentir cada punzada de placer.

Sean, enloquecido, aferró sus nalgas y la instó a cabalgar con mas dureza. Ella correspondió como demandaba y mirándolo a los ojos, dejó que el orgasmo la liberara. Él, fue incapaz de apartar la mirada de ese rostro sofocado, de esos labios temblorosos y henchidos por sus besos. Eleonor era la viva imagen del éxtasis más glorioso.

—Te adoro —rugió, uniéndose a sus espasmos.

Eleonor se desperezó con languidez. Se sentía maravillosamente. Abrió los ojos y vio a Sean como dormía. Parecía un niño, un hombre sin problemas. Y puede que así fuese a partir de ahora. No existían razones para que las dos familias continuasen enfrentadas. Y las cosas entre ellos, tras lo compartido durante la noche, seguro que se arreglarían.

Suspiró feliz y acarició con ternura la mejilla de su marido.

—Buenos días, dormilón —le dijo con una sonrisa.
Él sonrió y su corazón brinco alborozado.
—No te has ido —dijo aliviado.
—¿Por qué debería? Ahora todo ha cambiado entre nosotros. ¿No?
—¿Lo dices de verdad? —inquirió él con reserva.
—De todo corazón, Sean. Quiero que nuestro matrimonio funcione. Que las dudas y odios se alejen para siempre.
—Yo también, cielo —dijo él besándole el cuello.
Ella sonrió y lo apartó.
—El sol ya está alto.
—¿Y qué? No tenemos nada que hacer. Además, después de tantas peleas tenemos que reconciliarnos.
Eleonor rió divertida.
—¿Acaso no lo hicimos anoche unas cuantas veces?
—He decidido que por cada riña, habrá una aproximación —bromeó Sean atrayéndola hacia su pecho.
—Sean, Mary vendrá enseguida. Puede vernos.
—¿Y qué? Soy tú esposo. Es lo más lógico.
Eleonor se desprendió de su abrazo y abandonó la cama.
—Vuelve —le pidió él con una expresión de pena en su rostro.
—¿Es una orden, mí señor? —preguntó ella con gesto inocente.
—Un mandato indiscutible.
Eleonor se acercó. De repente su rostro empalideció. Corrió hacia la tina inmersa en unas nauseas espantosas. Sean se levantó con evidente preocupación.
—¿Qué té pasa?
Eleonor lo miró asustada. ¿Debía decírselo?
—Un simple mareo.
—¿Estás enferma?
—No te preocupes, Sean. No es nada.
—¿Qué me ocultas? —insistió él.
—¿Volvemos a las suspicacias? Dijiste que no habría más dudas —se quejó ella sentándose.
—Entonces, no entiendo por qué no me lo cuentas —dijo él molesto.
—Sean, no debes preocuparte. De verdad —dijo ella.
Él posó las manos en sus hombros y la miró con gravedad.
—No saldrás de esta habitación si no sé lo que té pasa.
Ella empalideció. Volvía a comportarse como un déspota.
—Por lo visto has olvidado lo que dijiste antes. Que no querías más peleas —le recriminó.
—Eres tú quien la provoca, Eleonor. Simplemente te he hecho una pregunta.
—Y la he respondido.
—Con mentiras —aseguró él.
Eleonor emitió un suspiro de cansancio.
—Es inútil intentar llevarnos bien.
—Yo pongo todo de mí parte, pero tú lo haces difícil. Por favor, contesta a mi pregunta.
Eleonor lo miró con ojos temerosos. ¿Y si le disgustaba la noticia? Tal vez, pero era

absurdo ocultarlo por más tiempo.

—Estoy encinta —musitó.

Si Sean hubiese sido traspasado por una daga en pleno corazón, no le habría causado tanto dolor.

—¿Te disgusta? —susurró su mujer al ver su rostro impenetrable.

Sean la soltó.

—¿Embarazada? ¡Imposible! —estalló en un arranque de ira.

—¿Por qué? Hemos hecho el amor en muchas ocasiones y es lo lógico —dijo ella desconcertada ante su reacción.

—¿Con quién más te has acostado? ¡Di! —gritó él.

Eleonor lo miró estupefacta.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo. ¡Afirmo! ¡Contesta!

La puerta se abrió y Mary quedó paralizada al ver la escena.

—¿Nadie te ha enseñado a llamar? ¡Largo! —le rugió Sean. Ella desapareció al instante —. Eleonor, quiero que me expliques que has hecho. Y no trates de negarlo. No te creeré.

—Digo la verdad —insistió ella.

—¡Mientes!

Eleonor apoyó las manos en su pecho en un gesto de súplica.

—Sean. Anoche hicimos el amor. ¡El amor! ¿Crees que podría engañarte? Te quiero. Te he amado siempre, incluso cuando me humillabas. ¡Por Dios! Este niño es tuyo. Lo concebimos la noche de nuestra boda.

Sean la empujó con crueldad mirándola con odio.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? Creí en ti y ahora descubro que eres peor que una mujerzuela. No insistas. No ves que me estás destrozando —dijo él con el dolor reflejado en su rostro.

—Solo tú te dañas. Piensas que te he traicionado y no podría hacerlo jamás. Te amo.

—¿Qué me quieres? ¡Por Cristo! Nunca vi tanta crueldad en un ser humano.

Ella tomó aire para intentar retener el llanto.

—Sean, dime porque estás tan convencido de que este niño no te pertenece —le pidió.

—No puedo tener hijos —contestó él.

—¿De dónde has sacado esa idea tan absurda? —inquirió Eleonor con gesto perplejo.

—No eres la primera mujer con la que me acuesto. ¿Has visto algún bastardo por ahí?

—No sé si tienes hijos, Sean —dijo ella sin apenas voz.

—¡Pues no los tengo! Jamás vino nadie a reclamar mí paternidad y eso es una prueba irrefutable, querida. Cualquiera mujer lo habría hecho para sacar una buena tajada de la situación. Así que, no insistas. No puedes llevar en el vientre ninguna semilla mía. Has intentado hacer pasar a un bastardo por un Evans. Pues te ha salido mal. Nunca lo reconoceré.

Ella sacudió la cabeza con un gesto cargado de tristeza.

—¿Se trata de eso, verdad? No quieres que nuestra unión se reafirme con un descendiente. Debí suponerlo. Solo quieres tenerme a tu lado y en tu cama, pero no deseas formar una familia. Tu orgullo y odio no te lo permite. ¡Dios! Anoche hasta llegué a pensar que me amabas.

—Nunca dije que te amara. Has sacado una conclusión errónea. Lo único que deseaba era tu cuerpo y ahora ni eso. ¡Me das asco! Preferiría costarme con una hiena. Sería menos peligroso —exclamó él con crueldad.

Eleonor no pudo evitar que las lágrimas estallaran. Se sentía desolada. No podía creer lo

que estaba pasando. Sean la odiaba mucho más de lo imaginado. Negaba su paternidad por ser ella la hija de Clarke. ¿Cómo podía ser tan despiadado? ¿Cómo podía estar enamorada de una bestia así?

—No lloriques. No te servirá de nada. No me enternecerás —dijo él con frialdad.

—Como quieras. No me verás más —decidió ella.

—Eso espero. Por mí puedes hacer lo que te plazca. Pero nunca consentiré que pregones por ahí que ese bastardo es mío.

—Yo sé que es tuyo. De todos modos, no insistiré. Sería inútil convencerte del error.

—Exacto. Y me entristece que hayas destrozado la oportunidad que teníamos de ser felices —dijo él con tristeza.

—¿Contigo? Nadie podría serlo. Estropeas todo aquello que tocas. El rencor te ha corroído el alma y nadie puede arrancártelo. Quédate con el odio. Yo me voy. Tengo a alguien que me quiere de verdad —exclamó ella con indignación.

—¿Con tu amante? —inquirió Sean con insolencia.

—Con mí padre.

—¡No lo consentiré! —gritó él.

—¿Acaso no has dicho que no te importa nada mí vida a partir de ahora?

—Pero esa solución sería humillante.

—¿Humillante? ¿Eso lo dice el hombre que acusa de adulterio? ¡Qué desvergüenza! —se quejó ella.

—¡Calla de una maldita vez! ¡No es mi hijo! —explotó Sean golpeando la mesa con el puño—. Y puedes irte con quien te plazca. No me importa. Lo único que deseo es olvidar todo esto. Olvidar que te conocí. Has sido la causante de todos mis males. Me obligaron a casarme y acepté por ser una orden real. ¡Estúpido! Debí negarme y acabar con tu familia. Entre todos habéis intentado destruirme. Esto ha sido un plan sutil por vuestra parte. Hacer que un Evans reconozca a un bastardo como propio. ¿Es el padre un siervo? No me extrañaría. ¡Que burla para el enemigo! Pero os ha fallado. ¿Qué dirá ahora tú querido padre? ¿Te castigará? ¡Qué pena me das!

—Eres tú el que me la da. No entiendo como pude enamorarme de un monstruo como tú. Porque a pesar de que no me crees, te amé. Ahora solo me repugnas —le escupió ella con desprecio. Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—¡Detente! —le exigió él.

Ella volvió a mirarlo.

—Aún eres mí esposa. Ponte una bata. Y prepara tus pertenencias. Quiero que te largues cuanto antes —dijo saliendo del cuarto.

Eleonor se tiró sobre la cama y sollozó con desconsuelo. ¿Cómo era posible que estuviese sucediendo aquello?

Mary entró y al ver su estado se acercó.

—Señora. ¿Qué ha pasado? —preguntó con preocupación.

—Nos vamos —respondió Eleonor enjuagándose las lágrimas.

—Pero anoche el amo y vos...

Eleonor la miró con dureza.

—No estás aquí para opinar. Prepara el equipaje.

—¿Adónde vamos?

—A casa de mí padre. ¡Acata la orden de una maldita vez! Quiero desaparecer de esta casa enseguida —exclamó Eleonor.

Eleonor miraba embelesada al pequeño James. Era precioso. Nunca pensó que pudiese concebir algo tan perfecto.

Durante meses imaginó como sería. Ahora que lo tenía entre sus brazos todas las expectativas habían quedado cortas. Era el niño más agraciado de la tierra.

—Gracias, hija. Hoy es el día más feliz de mí vida —dijo Willox visiblemente emocionado. Tomó al bebé entre sus brazos y lo acunó—. Nunca pensé que tendría un nieto. Este niño es un regalo del cielo.

—Lo es —musitó Eleonor con un toque de tristeza.

—Cariño, en cuanto Sean lo vea, comprenderá que se equivocó. Es su vivo retrato. Es la única pega que le encuentro.

—Papá, por favor.

Willox sonrió.

—Era una broma, cariño. No me importa en absoluto que sea todo un Evans.

—¿De verdad?

—¡Por supuesto! Estoy orgulloso de él. Como lo estará tú marido —aseguró el conde.

—Jamás lo aceptará. Nos odia demasiado.

Willox dejó al niño junto a su madre y la miró con seriedad.

—Conoces el motivo de su rechazo.

—Eso no lo disculpa. Debió confiar en mí —protestó ella.

—Todo ocurrió en circunstancias anómalas. Tú huida...

—¡Por Dios! Sabes que soy incapaz de cometer una traición —exclamó ella con el rostro arrebatado de indignación.

—Cuando un hombre no tiene bastardos, es lógico que desconfíe. Yo solo te concebí a ti.

—Porque mamá murió —le recordó ella.

Willox sonrió con malicia.

—Querida, eso no significa que tomara a otras mujeres. No era un monje. Tenía mis

necesidades. Por eso no debes culpar a Sean.

—¿Qué te ocurre? ¿Ahora defiendes a tú enemigo?

—Ese hombre es tu esposo.

—¿Y qué? Me ha repudiado.

—Cariño, todo ha sido un mal entendido. ¿Quieres que odie al padre de mí nieto? No, Eleanor. Ya soy viejo y estoy cansado de peleas. Este niño unirá a las dos familias para siempre. Deberías perdonar a tu marido y mostrarle el error que cometió —dijo Willox.

—¡Nunca! —se negó ella.

—Eleanor...

—Padre, no lo haré. Él me desprecia. Y yo le odio con toda mi alma. Jamás podré olvidar las ignominias que ha ido soltando por ahí; y que los demás han creído.

—¿Ni por tu pequeño?

—El no necesita a un padre que no lo quiere.

—A ti te ama.

Eleanor se echó a reír con amargura.

—Es la verdad. Todos lo saben.

—La gente cree estupideces. Incluso piensan que él tiene razón. Y como ves, se equivocan —dijo Eleanor mostrándole al niño de cabellos negros y ojos grises como los de un gato.

Willox se sentó al borde de la cama. Su rostro mostró preocupación.

—Cielo. No quería decirte esto, pero debo hacerlo. Sean lo pasó muy mal cuando te fuiste.

—Orgullo —dijo ella con desprecio.

—Nada de eso.

—Humillación. Me alegro. Le he pagado con la misma moneda.

—Fue desesperación. Tanta que se alistó en el ejército para luchar en Francia.

—El rey le prohibió luchar contra nosotros y Sean disfruta siendo un sanguinario. Ya lo conoces —dijo ella.

—Le causaste mucho dolor, reconócelo.

—¡Inaudito! Ahora soy yo la mala —se quejó ella.

—No he dicho eso, hija.

—Padre, déjalo. No me convencerás. Sean es un desalmado y no me causa ninguna pena. Por mí, puede irse al infierno. No lo necesito, ni James tampoco.

—No digas eso. Pueden cumplirse tus deseos —la regañó Willox.

—¡Ojala! —dijo ella con rabia.

—Eleanor. Tú esposo está en la guerra. Hace dos meses que nada se sabe de él. Incluso el rey está preocupado. ¿Y si ha muerto? ¿No te importa? —le recriminó él.

Naturalmente que le importaba. Después de todo lo ocurrido aún no había podido apartarlo de su corazón.

—Sean no puede estar muerto —musitó.

Willox le tomó las manos y la miró con dulzura.

—Cariño, sé que le amas. Y este niño merece conocer a su padre. Te pido que si regresa, intentes arreglar vuestra situación.

—Sean no aceptará nada de mí. Me odia demasiado. Siempre será su enemiga.

—No es cierto. Un hombre que está dispuesto a perderlo todo por recuperar a la mujer que cree que le ha sido arrebatada y que marcha a una muerte segura por el dolor que le embarga al separarse de ella, no puede odiar. Todo lo contrario. Su corazón te ama. Aunque, él no lo sepa.

Eleanor miró a su hijo.

—Puede que ya sea demasiado tarde, padre.

—Hablaremos con el rey. Él le hará volver —dijo Willox.

—Nunca aceptará. Es demasiado orgulloso —aseguró ella.

—Una orden real nunca se cuestiona. Sean regresará y verá que su actitud fue errónea.

Reconocerá a su hijo.

Ella sacudió la cabeza con escepticismo.

—¿De veras lo crees? ¡Por Dios! Incluso Arthur, uno de mis mejores amigos, está convencido que James no es de su primo. Su ausencia así lo demuestra. Sean ha conseguido que todos me crean una adúltera.

—Algún día demostrarás que eres una mujer decente y deberán pedirte perdón. Sobre todo ese idiota de tú marido —dijo Willox con el rostro contraído por la ira.

—Ya no me importa la opinión de nadie. Mí única preocupación es este niño.

Su padre la miró con reproche.

—Mí honor también está en juego, cariño. Y no consentiré que nos desprecien. Obligaré a Sean a reconocer a su hijo.

—Antes preferiré la muerte, padre.

El niño comenzó a llorar.

—He de amamantar a James. Si no te importa...

—¿Por qué ese empeño en alimentarlo tú misma? Hay nodrizas que podrían hacerlo —dijo su padre sacudiendo la cabeza.

—Soy su madre. Es lo más natural.

—Está bien. No volveremos a discutir por eso —suspiró su padre con impotencia. Eleonor era muy testaruda y no la haría cambiar de opinión —. Volveré más tarde.

Eleonor ofreció su pecho al niño y él se aferró con glotonería.

Lo miró con ternura. Era su única alegría, a pesar de que su rostro le recordaba constantemente a Sean. Era su vivo retrato. Si lo viese, no dudaría. Pero Sean no estaba allí y tal vez nunca conseguiría conocerlo. ¿Y si había muerto?

—No. Eso no —murmuró con el corazón encogido. Sean aún no podía morir. No antes de haber apartado el odio que le embargaba el alma. Ya había sufrido demasiado. Dios no podía ser tan despiadado —. Cariño, papá vendrá. Te querrá mucho y se sentirá muy orgulloso. Estoy segura. Solo hubo un malentendido.

Eleonor quería creer firmemente en ello. Pero el engreimiento de Sean la hacía dudar. Si regresaba, nadie lo convencería de que fuese a conocer al niño. Al hijo de la mujer que detestaba. Su padre estaba equivocado. No la amaba. Toda la ternura que demostró la última noche que pasaron juntos fue falsa. Sean solo deseaba de ella placer y su actitud enfurecida distaba mucho de ser provocada por el amor. Esa locura fue motivada por creer que la mujer que le pertenecía se había entregado a otro; una afrenta demasiado deshonrosa para un hombre acostumbrado a ser dueño de todo lo que le apetecía. No. Sean jamás volvería a verla. Se sentía traicionado y era un delito que él jamás perdonaría.

Mary entró en la habitación y la miró con reproche.

—Señora. ¿Acaso no sabéis que el pecho se deforma? Estas cosas deben hacerlas las nodrizas.

Eleonor se cubrió el pecho y le entregó al niño.

—¡Qué pena me da que se parezca tanto a ese desalmado! —exclamó la criada mirando a James.

—Te prohíbo que vuelvas a comentar nada parecido —le dijo Eleonor con evidente

disgusto.

—¿Aún lo defendéis? ¡Por Dios, señora! Ese hombre no merece vuestra piedad después de lo que os ha hecho —se quejó Mary dejando al niño en la cuna.

—Sigue siendo el padre de mí hijo y merece respeto. Ahora, déjame. Estoy cansada.

—Sí, señora —dijo Mary saliendo de la habitación sacudiendo la cabeza con energía. No comprendía como esa muchacha continuaba amando a ese bastardo. Ella, si pudiese, sería capaz de matarlo con sus propias manos por haber dañado de un modo tan cruel a su querida niña.

33

Charles miró consternado como traían a su señor. Nunca hubiese imaginado que algo así le pasara a un hombre tan fuerte y joven. Ahora estaba tendido con el rostro pálido y delgado como una calavera. Era como si la muerte estuviese coqueteando con él para tentarlo, para arrastrarlo con sus garras despiadadas.

El doctor lo examinó y sacudió la cabeza.

—Me temo que nada puedo hacer.

—¿Están infectadas las heridas? —quiso saber el mayordomo.

—No.

—¿Entonces?

—El conde parece que no desea vivir. No lucha —dijo el médico cerrando la caja de los medicamentos.

—¡Imposible! Él jamás se ha dejado vencer y menos por la muerte —protestó Charles.

—Lo lamento, pero es la verdad —sentenció el doctor saliendo del cuarto.

Charles no pudo evitar romper a llorar. Se acercó al lecho y lo miró desconsolado.

—Sean, debéis luchar. ¿Me escucháis? No dejaré que os muráis. Tenéis un hijo. Un pequeño Evans. He oído decir que es igual a vos. Eleonor no os engañó. Sois padre.

Sean ni parpadeó. Tocó su frente. No había fiebre. El médico tenía razón. Ese muchacho no deseaba vivir. Era desesperante verlo vencido.

—Traeré a Eleonor. Ella es la única que puede hacerlo reaccionar —decidió.

Cuando el Conde Willox leyó la carta, ordenó la partida.

—No pienso ir —dijo Eleonor.

—Irás. No consentiré una vez más que os comportéis como dos estúpidos. Es una orden paterna. Coge al niño y prepárate.

—Yo no voy. Solamente mi marido tiene potestad sobre mí.

—Y en su ausencia, tú padre. Así que, levántate y ordena que preparen tú equipaje. ¡Es un mandato indiscutible! —exclamó su padre furibundo.

Charles suspiró aliviado cuando el conde Clarke y su hija llegaron casi al anochecer.

—¿Cómo está? —se interesó Willox.

—Muy mal, señor. Subid. Podréis comprobarlo por vos mismo —dijo el mayordomo.

Eleonor ahogó un gemido al ver a Sean. ¡Dios Santo! Estaba en los huesos y un vendaje cubría su pecho.

—El médico ha dicho que no quiere vivir. Por eso mande llamar a la señora —dijo Charles visiblemente preocupado.

—¿Y qué puedo hacer yo? Él me odia. Me echó de su lado —musitó Eleonor.

—Con todo el pesar de su corazón señora. Debéis creerme. Yo estaba junto a él cuando decidió irse a la guerra. Estaba como loco.

—¿Qué le pasó? —quiso saber Willox.

—Una lanza le hirió en el pecho. Por fortuna no afectó ningún órgano vital.

—Entonces, se recuperará.

—No quiere, señor.

—¡Absurdo! Sean es un hombre fuerte. Y testarudo. Vencerá a la muerte.

Charles exhaló un suspiro.

—Eso pensamos todos. Pero miradlo. Está deshecho.

—No perdamos las esperanzas. No permitiré que deje a mi hija y a mí nieto. Se lo prohíbo —dijo Willox tajante.

—Padre, solo él puede salvarse —dijo Eleonor.

—No estoy de acuerdo. Si vos le habláis, puede que reaccione —sugirió el mayordomo.

Ella dudó.

—Por favor, señora —le suplicó Charles.

Eleonor asintió.

—Lo intentaré. Pero dejadme a solas. Padre, llevaos al pequeño.

—¿Puedo ver al hijo del amo? —les pidió el mayordomo.

Eleonor lo miró emocionada. Era el primer extraño que creía en su inocencia sin haber visto aún a James. Se lo mostró y sonrió al ver la expresión de orgullo del criado.

—¡Es precioso! ¡Caray! Igualito al conde. Si lo sabré yo que ha estado a mi cuidado desde que nació —exclamó Charles acompañando a Willox.

Eleonor se acercó a la cama y se sentó junto a Sean. Su rostro continuaba pálido y sin ningún gesto de expresión.

—Sean, abre los ojos —le rogó visiblemente preocupada.

Él continuó impasible y ella no pudo evitar el llanto. Era desesperante ver a un hombre como Sean en ese estado, al hombre fuerte e indestructible a merced de la muerte.

Varias horas después, Charles entró con una bandeja.

—Señora, debéis comer algo.

—No tengo apetito.

—Hacedlo por el pequeño. Tenéis que estar bien alimentada.

Ella asintió y aceptó la comida.

—¿Cómo sigue el señor?

—Igual. ¡Oh, Charles! ¿Por qué no reacciona? —se lamentó ella.

—No quiere vivir. Ha sufrido demasiado.

—Lo único dañado fue su orgullo —dijo Eleonor.

—¿De veras pensáis eso? ¿Y por qué estáis aquí?

—Soy su esposa. Es mi deber.

El mayordomo sonrió con dulzura.

—No podéis engañarme. Ninguno de los dos. Os amáis. Esa es la verdad.

—Si pudiese creerte —suspiró ella.

—Él me confesó que os amaba, señora. Por eso fue a buscaros. Quería que las rencillas acabaran y vivir a vuestro lado.

—¿Por qué calló? —se quejó Eleonor.

—Siempre fue un testarudo. Y supongo que al recibir la noticia de su paternidad, al pensar que no era posible, enloqueció. Pero todo se arreglará. No os preocupéis. En cuanto vea al

pequeño James, comprenderá su gran error. Ahora comed y después dormir un poco. Estáis agotada.

Mary entró en la habitación con el niño y miró hacia el lecho con aprensión. No entendía como su ama había acudido al lado de ese salvaje que la había repudiado de un modo tan cruel.

—Es la hora, señora —dijo entregándole a James.

—Gracias a los dos. Ahora podéis marcharos.

—¿Queréis que os releve? —le preguntó Charles.

—No.

En cuanto quedó sola, amantó al pequeño y después lo tendió en el catre, regresando junto a Sean. Tocó su frente. Estaba fría como el hielo.

—¡Por Dios, Sean, no me hagas esto! —exclamó zarandeándolo con angustia—. Por favor, no te mueras.

Sean, desde lo más profundo de su inconsciencia escuchaba una voz que le resultaba familiar. Una voz parecida a la de su querida Eleonor. A la mujer que tanto daño le había causado. Parpadeó y abrió los ojos.

—¡Sean! —gritó Eleonor aliviada.

Él no dijo nada. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué había pasado? ¿Por qué ella estaba llorando?

—¡Gracias a Dios! —exclamó su esposa.

—Eleonor...

—Calla. No debes cansarte —le pidió ella.

Sean miró la venda que rodeaba su pecho y recordó lo sucedido. Había sido herido en la peor de las batallas a las que había asistido. Y todo por culpa de esa mujercuela que sollozaba ante él.

—Vete —escupió.

—No debes alterarte. Has estado a punto de morir —le pidió ella.

Los ojos grises de Sean la miraron con odio.

—Que pena que no lo haya hecho. ¿Verdad?

—Deja de decir estupideces. Nadie desea tu muerte —se quejó Eleonor.

—A ti te hubiese venido bien, así podrías vivir en total libertad con tu amante.

—¡Basta! No sabes lo que dices —le recriminó ella.

—Lo sé muy bien. ¿A qué has venido? ¿Di? ¿Quieres torturarme aún más? —dijo él con amargura.

—No es el momento de iniciar una discusión.

—Nada tenemos que discutir. Todo quedó muy claro el día que te eché de mí lado. ¿Dónde está Charles?

—Descansando.

—Dile que venga— le exigió Sean.

—He dicho que reposa. Soy yo la que te cuida.

Sean la miró con desprecio.

—No te quiero aquí. Vete.

—Sean...

—¡Acaso no hablo claro! ¡Lárgate! Ya te dije que no te quería en mí vida —rugió él.

Ella se alzó y lo miró con ojos encendidos.

—Sigues igual de ofuscado. Pero no me rendiré.

—¿Por qué insistes? Nada puede haber ya entre nosotros. Me mentiste.

Ella sacudió la cabeza con malestar.

—Siempre dije la verdad, Sean. Ese niño es tuyo. Todos lo saben. Todos menos su padre.

—Ellos ven al ángel que creen que eres. A una esposa fiel que cuida a su esposo en el lecho de muerte a pesar de haber sido repudiada. Pero te conozco. No puedes engañarme. Ya lo hiciste una vez y del modo más cruel para un hombre. ¡Me asqueas! —dijo él con resentimiento.

Eleonor no pudo reprimir el llanto.

—Deja de gimotear. Lo estropeaste todo. ¡Lárgate de una maldita vez!

Ella, destrozada, salió de la habitación.

34

Sean cerró los ojos ante el terrible dolor que su corazón sentía.

El llanto de un niño lo sobresaltó. ¡Qué desfachatez! Eleonor había osado traer a su bastardo junto a él.

Miró hacia el catre y vio al pequeño. Sabía que no era suyo, pero la curiosidad pudo contra su rabia. Con dificultad se levantó y se acercó al niño. Vio el cabello azabache y sus ojos grises, el rostro, los hoyuelos.

—No es posible —musitó.

Lo miró con más detenimiento. ¡Era su viva estampa! Estaba claro que Eleonor no le engañó nunca. Ese pequeño era su hijo. Sangre de su propia sangre.

—¡Señor! —gritó alborozado.

Lo tomó en sus brazos y lo besó con ternura. James dejó de llorar y le sonrió. Y en ese momento, quedó prendado de su hijo.

—Hola, pequeño. Soy tu padre —dijo Sean con orgullo, pensando que a partir de ahora todo cambiaría. Recuperaría a Eleonor. Le pediría perdón por comportarse como un animal y ella lo aceptaría. Había visto su angustia ante el temor de que muriese. Además, ahora existía ese niño para unirlos. Serían una verdadera familia, sin rencores ni odios.

Mientras tanto, Eleonor se había refugiado en un cuarto para que nadie viese su dolor. Sean la odiaba y no había reconciliación posible.

De repente, recordó que había dejado a James solo con él. Abrió la puerta y se lanzó por el corredor angustiada.

Cuando entró en el cuarto de Sean lo vio con el niño en los brazos.

—¡No, Sean! ¡No lo lastimes! ¡Te lo imploro! —gritó desesperada.

Sean la miró atónito.

—Por favor, dámelo —le suplicó con la respiración agitada.

—Eleonor, jamás dañaría a un bebé —dijo él entregandoselo.

—¿Y cómo puedo saberlo? Tú me desprecias y él es tu vergüenza. ¿Qué puedo imaginar?

Sean mostró en sus ojos un inmenso dolor.

—No soy como piensas.

—Hace unos minutos me has demostrado que eres cruel. Vine a esta casa al saber que te estabas muriendo. Lo hice por...

—¿Compasión? —la interrumpió él.

—No.

—¿Por burlarte de mí? ¿Por qué, Eleonor?

Ella lo miró con frialdad.

—Por deber. Soy tu esposa.

—¿Por nada más? —insistió él.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué ese tono tan dulce? ¿Ya has olvidado que te doy asco? —inquirió ella.

—Nunca me repugnaste. Mentí —confesó él.

—Por supuesto, debo creerte —dijo ella con una sonrisa escéptica.

—Sí.

—Lo lamento. Demasiado tarde.

Sean dio unos pasos y su rostro se contrajo de dolor.

—Te dije que te quedaras acostado. Ven —le ordenó ella. Dejó al niño en la cama y ayudó a su marido a costarse. La fuerza de él la arrastró. Sus cuerpos quedaron pegados. Sean no pudo evitar tomar su boca y besarla con ternura. Ella se apartó con brusquedad.

—¿Te has vuelto loco? —dijo jadeante.

—Creo que sí —respondió él con ojos brillantes.

—Se abrirá le herida si continuas haciendo tonterías —le riñó ella.

—Puede partirse mí pecho si es por esta causa —repuso Sean con ardor.

—Fuimos unos estúpidos creyendo que ibas a morir.

—Evidentemente —rió él.

—Será mejor que descanses. Iré a buscar a Charles...

—Quédate, por favor. Tenemos que hablar —le pidió Sean tomándole la mano.

—¿Para qué? Según tú nos lo hemos dicho todo —dijo ella con ironía.

—Ahora todo es distinto.
—¿Por qué razón?
—He visto al niño. Decías la verdad. Soy su padre.
—¿Y si digo que no lo es? —dijo ella mirándolo con seriedad.
—No te creería. Es igual a mí.
Eleonor sacudió la cabeza.
—No importa lo que pienses. Este niño es mío. Solo mío. Jamás te lo daré.
Sean la miró con ojos oscuros.
—No me lo arrebatarás.
—Su apellido es Clarke.
—¿Es mi hijo! —rugió él.
Eleonor se acercó al catre y tomó a James entre sus brazos.
—Ya que te has repuesto, regresaré a mí casa.
Sean se levantó de un salto y la herida se abrió empapando el vendaje de sangre.
—¡Ah! —exclamó con dolor.
Eleonor volvió el rostro y gimió al ver la herida abierta.
—¡Por Dios! ¿Acaso no puedes permanecer quieto?
—No te marches, por favor —le suplicó él.
Eleonor lo recostó. Quitó el vendaje y mojó un paño en agua para limpiarle la herida.
Sean la miró con admiración. La maternidad aún la había hecho más bella. Era como un sueño tenerla cerca y con su hijo. Todos sus deseos se habían cumplido.
—Eleonor, no me dejes. Ahora somos una familia. ¡Ah!
—No exageres, Sean. Apenas puede dolerte —le reprendió ella.
—Me duele tú intención de abandonarme. Pero no lo harás. ¿Verdad? —dijo mirándola con afección—. Cielo. Nuestro hijo tiene que ser feliz. ¿No querrás que sus padres vivan alejados y odiándose? No sería justo. Ya ves en lo que me he convertido por solo pensar en la venganza. Todos me desprecian. Pero estoy dispuesto a cambiar.
—No hagas promesas que no puedes cumplir —dijo ella colocándole un nuevo vendaje.
—Hablo en serio, Eleonor. ¡Ay! No hace falta que me tortures.
—No te estoy torturando. No soy tan cruel como...
—¿Cómo yo? Puedes decirlo. Lo he sido. No puedo ocultarlo. Ya ves. Incluso reconozco mis defectos. ¿Curioso, no? El temible Conde Sean Evans disculpándose.
—Debes descansar —le pidió ella.
—No podré hacerlo si no arreglamos nuestra situación. Siéntate, por favor.
Eleonor aceptó. Cuanto antes terminaran, antes sabría a que atenerse.
—Cariño, sé que te ofendí. Debí confiar en ti. Pero el odio me había ofuscado. Nunca nadie me dio amor. Todas las mujeres estuvieron a mí lado por el poder y el dinero...
—Yo también lo estuve por ser tu esclava —lo interrumpió ella.
—Y por amor.
—No —mintió ella.
Él lanzó un suspiro.
—¿No crees que ya es hora que seamos sinceros?
—Siempre lo fui. Sin embargo, ahora todo ha cambiado.
—¿Qué quieres decir? ¿Ya no me amas? —preguntó Sean con ansiedad.
Naturalmente que lo amaba. Sin embargo, no merecía que se sincerara tan pronto. Quería que sufriera como ella lo había hecho. Merecía un escarmiento.

—No lo sé, Sean.
—Claro que me quieres. Estás aquí —casi gritó él.
—Cuidaría a cualquiera.
—Yo soy tu marido.
—Por un tiempo lo olvidaste —le recordó ella.
—Aunque lo hechos así lo confirmaran, nunca lo hice, Eleonor. La última noche que pasamos juntos te dije que quería vivir contigo.
—Prefiero no recordarla —dijo ella bajando el rostro.
Él le alzó el mentón.
—¿Por qué? Fuimos felices. Aún pudo recordar la miel en tus labios, en tus...
—Calla —musitó Eleonor con vergüenza.
—No debes sonrojarte, cariño. Cuando dos personas se desean...
—El deseo no es amor.
—Es un principio. Vamos, mujer. No seas tan inhumana. Te necesito.
—¿Por qué tienes un hijo? —le preguntó ella.
—Por todo, Eleonor.
Ella tomó aire.
—Debo meditar. Estoy confusa. Ya no sé que creer. Estos meses han sido muy duros. Y ahora me dices que debo olvidarlo todo.
—Eso es, cielo.
—Puede que para ti sea fácil.
—Y lo será para ti. Somos una familia. Ya no hay rencores.
Eleonor clavó sus ojos esmeraldas en los de Sean. Parecía haber sinceridad en ellos. De todos modos, no confiaba. La había engañado demasiadas veces. Y aún, a pesar de sus palabras conciliadoras, no le había dicho que la amaba.
—Apenas he dormido. Estoy cansada. Hablaremos más tarde.
Sean aceptó su decisión. No quería forzar la situación o ella podría abandonarlo.
—Muy bien. ¿Podrías traer al niño?
Eleonor se lo acercó y él lo miró embelesado. Aún no podía creerlo.
—¿Cómo se llama?
—James.
Él ladeó el rostro en un gesto poco conforme.
—No estabas para dar tú opinión y simplemente me gustó el nombre —dijo ella con tono de reproche.
—Deberías comprenderme —se exculpó él.
—Por supuesto. Te creías estéril.
—Eleonor, olvida el pasado. Hazlo por nuestro hijo. Míralo. ¿No es hermoso?
—El más maravilloso del mundo —dijo ella con orgullo.
Sean miró a su esposa. Eleonor parecía quererlo mucho y eso significaba que no podía odiar a su padre. Mentía al decir que ya no le amaba.
—Será muy feliz. Ya lo verás. Tendrá unos padres que lo adorarán. Le enseñaré a montar, a pelear. Será todo un caballero —dijo Sean entusiasmado.
—Aún no he decidido quedarme —le recordó ella.
—¡No dejaré que te marches! —gritó Sean.
James rompió a llorar.
—Mira lo que has hecho. No tienes remedio, Sean. Siempre quieres hacer tú voluntad y

conmigo no surtirá efecto —se enojó ella alzándose—. Llamaré a los demás y les diré que ya estás fuera de peligro.

—Eleonor, perdona —musitó él.

Ella no lo escuchó y salió de la habitación. Cuando cerró la puerta, sonrió. Sean estaba en sus manos por primera vez en su vida y estaba dispuesta a disfrutar de su poder. Le haría suplicar, ponerlo de rodillas. Merecía esa satisfacción.

—Mi vida, papá pronto estará con nosotros. ¿No es estupendo? —dijo.

Cuando comunicó que Sean ya había vuelto en sí, los demás respiraron aliviados.

—¡Es un milagro! Sabía que vos obraríais el milagro —exclamó Charles.

—Quiere verte. Y ten cuidado. Su mal humor no se ha disipado. Sigue testarudo como antes —le advirtió Eleonor.

—No puede ser. ¿Ha visto al niño? —dijo Willox.

—Sí. Está alborozado. Sin embargo, no se lo pondré fácil, padre. Así, que no os extrañéis de nada de lo que haga a partir de ahora. Ese engreído merece una lección.

—Me parece correcto, hija —rió su padre.

—Estoy de acuerdo —dijo Charles sonriendo. Estaba seguro que ahora todo cambiaría. Sean sería un hombre feliz de una vez por todas.

Las semanas que siguieron, Sean fue un enfermo modélico. Jamás se quejó de los cuidados de Eleonor. Obedecía en todo.

—Me temo que estás haciéndote el remolón. Es hora que te levantes de la cama —le dijo su esposa.

—¿Te he dicho ya hoy que estás preciosa? —dijo él sonriendo.

—No eludas la cuestión, Sean. Eres un hombre sano y debes volver al trabajo.

—¿Para qué? Bajo tus cuidados todo anda perfectamente.

—Te has convertido en un verdadero vago. ¡Arriba! —dijo ella tirando de él. Lo único que consiguió es que su marido la atrajera hacia su pecho.

Eleonor dejó de sonreír.

—Suéltame —le pidió.

—¿Acaso no deseas que abandone el lecho? Alentadme, señora —le pidió él con ojos brillantes.

—Sean, no seas niño —protestó ella con el rostro encendido.

—Solo pido un beso, cielo. ¿A qué temes?

—Acordamos una tregua. Por favor —replicó ella separándose.

Su marido la dejó dejando escapar un lamento de decepción.

—Como deseas. No te obligaré a nada.

—Yo sí. Álzate o traeré a todos tus soldados para que vean en lo que te has convertido. Es un holgazán sin remedio.

—Estoy enfermo. Necesito de cuidados —dijo Sean acomodándose entre las sábanas.

—¡Por Dios, Sean! —se impacientó ella.

—Mí corazón sigue enfermo por la duda. Si me levanto, ¿te irás? —le preguntó él con seriedad.

—Depende.

—¿De qué?

—De tú comportamiento —aseguró ella.

—Hasta ahora ha sido ejemplar.

—Estabas débil. Supongo que ahora todo volverá a la normalidad.

Sean la miró con gesto grave.

—Te aseguro que no cometeré las mismas estupideces, Eleonor. No estoy dispuesto a perderos.

Ella lanzó un suspiro.

—Me gustaría confiar.

Sean se levantó.

—¡Cúbrete, por Dios! —se escandalizó ella al contemplar su desnudez.

—¿A qué viene este aspaviento? Me has visto en cueros infinidad de veces —dijo con tono risueño.

—Pero Mary no y quiero que siga en la ignorancia.

Sean elevó la boca dibujando una sonrisa socarrona.

—¿Celos?

—Compostura. Que es lo que se espera de un conde. Pero claro, tú eres incapaz de seguir las reglas. ¿Y me pides confianza?

Él arrancó la sábana y se cubrió.

—Eleonor, yo no confié y se produjo el desastre. No hagas lo mismo. Cariño, es inútil intentar escapar. Estamos destinados. ¿No lo ves? Las familias se han reconciliado, algo que parecía imposible. Cuando te vi aquélla tarde de crudo invierno supe que eras especial. No me equivoqué. Lo eres. Eres la única mujer que se ha clavado en mí corazón. La vida sin ti no tiene ningún sentido.

—Sean...

—No digas nada. Déjame continuar. Quiero que sepas que nunca te dejaré marchar, porque te necesito. Conseguiré que me aceptes, como yo lo he hecho, a pesar de ser una Clarke.

Eleonor sintió un nudo en la garganta. Aquellas palabras la habían reconfortado el

corazón. Sin embargo, se apartó. No quería equivocarse otra vez. Sean veía en ella a la madre de su hijo, a la mujer que lo complacía en la cama. No el amor.

—Te ruego que no me apremies. Ahora vístete —dijo saliendo de la habitación.

Entró en el salón. Su padre estaba leyendo un pergamino.

—Pequeña, el rey quiere vernos —le comunicó.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó ella con preocupación.

—¡Oh, todo lo contrario! Quiere condecorar a Sean por su heroísmo en la batalla. ¿Podrá acudir Sean? Nos espera dentro de seis días.

—Perfectamente. Hoy ya había decidido regresar a la vida cotidiana.

—¡Excelente! Puedes ordenar que os preparen el equipaje —dijo Willox visiblemente complacido.

—¿También me convoca? —inquirió Eleonor.

—A todos sin excepción.

—Prefiero quedarme, padre. Mí comportamiento puede avergonzaros. Recordad que jamás viví entre nobles y la etiqueta me es desconocida —se excusó ella.

Willox le tomó las manos y sonrió con ternura.

—Hija, jamás podrías avergonzarme. Eres mi orgullo. No temas. Esos nobles te aceptarán con sumo agrado.

—Y si no lo hacen, se las verán conmigo —dijo Sean entrando en el salón.

—Muchacho, me alegro de tu recuperación. Ha sido muy oportuna. Le estaba diciendo a Eleonor que debemos ir a la corte. El rey quiere recompensarte por los servicios que le has prestado —dijo Willox.

Sean alzó las cejas sorprendido.

—¿Premiarme? Simplemente actué como lo hubiese hecho cualquier soldado.

Clarke sacudió la cabeza en desacuerdo.

—Un noble como tú no tenía necesidad de estar en primera línea. Arriesgaste mucho. Es justo que seas condecorado.

—¿Cuándo hemos de partir? —quiso saber Sean.

—Mañana mismo.

—Pero... No quiero separarme de James —dijo Eleonor.

—El niño también ha sido invitado. Ahora, si me disculpáis, iré a prepararlo todo —dijo Willox dejándolos a solas.

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso no te alegra ir a la corte? —se extrañó Sean al ver la palidez de Eleonor.

—No deseo ser la burla de todos.

Su marido la miró desconcertado.

—¿Por qué deberían burlarse? Eres la hija de un conde. Tan noble como ellos.

—Soy una mujer repudiada por su esposo debido a la peor de las traiciones. Al parecer, mi hijo es un bastardo. ¿Lo habéis olvidado, señor? —dijo ella con acritud.

—Cometí un grave error —se disculpó él.

Ella lo miró con rencor.

—Una injusticia por la que he sido despreciada; a pesar de ser la hija de uno de los hombres más importantes de la nación. Todos, sin excepción, creyeron que tú tenías la razón. ¿Y pretendes que ahora acuda a ellos como si nada hubiese pasado? No lo haré, Sean. No permitiré que mi hijo sea expuesto como un mono de feria.

—Ni yo, por supuesto. Vamos, Eleonor. Nada debes temer. Si es necesario, me postraré

ante todos. Pediré perdón públicamente ante el rey.

Eleonor lo miró estupefacta.

—¿Harías eso?

—Cometería cualquier locura con tal de compensar todo el mal que te he causado — respondió él mirándola con tristeza.

—No será necesario —musitó ella realmente conmovida.

Sean sonrió levemente.

—No me importaría, cielo. Puedes pedirme lo que quieras.

—Entonces, te ruego que no me obligues a ir a palacio.

Sean dejó de sonreír.

—Esta vez no puedes evadirte. Además, no consentiré que sigan murmurando. Tu reputación debe repararse. No mereces ningún desprecio. ¿Comprendido?

Eleonor apretó los labios con enojo.

—No has cambiado.

—Esto nada tiene que ver con el carácter. El rey lo ha ordenado. Como sus súbditos debemos obedecer. Por favor, Eleonor. No me obligues a ejercer el derecho de esposo. Ahora no —le dijo él en tono de súplica.

—Está bien, pero como vea alguna burla o desprecio, me iré inmediatamente —decidió ella.

—Te aseguro que no te despreciarán. Nadie podría hacerlo tras conocerte.

Eleonor observaba todo admirada. Nunca estuvo en una ciudad tan grande, con tantos habitantes y tantos comercios. Ni jamás había visto tanta riqueza en los ornamentos ni un castillo de tamaña dimensión; como tampoco vestidos tan exquisitos en las damas.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Sean al ver su expresión de pesadumbre.

—Nada.

—Cariño, tranquila. Todo irá bien —le susurró su esposo al oído.

El lacayo los acomodó en una habitación espléndida. Varios tapices de seda cubrían las paredes y lámparas brillantes como el oro caían como cascadas del techo. Los cristales de las ventanas eran muy finos, casi transparentes. Hubiese encontrado que era una estancia perfecta si no

fuese por la visión de la cama.

Sean sonrió al ver como sus ojos se habían detenido en ella. Evidentemente no permitiría que pidiese otro cuarto. Para todos era su esposa y no darían que hablar. Además, esa circunstancia podía acercarlos de nuevo.

—Olvídate. No ocurrirá nada de lo que piensas —dijo ella.

—No tengo la menor intención de dormir en el suelo —dijo él.

—Iré al cuarto del niño —decidió Eleonor.

—¡Ni lo sueñes! Nadie murmurará sobre nosotros —protestó Sean.

—Un poco tarde. ¿No crees? —replicó ella con ironía.

—Eleonor, te comportarás como mi amante esposa.

—¡Ya estamos! De nuevo dando órdenes —se quejó ella.

—Únicamente pretendo que nadie nos dañe.

—Me da lo mismo. No pienso moverme de aquí —insistió Eleonor.

—Lo harás. El rey quiere vernos.

—Dile que estoy indispuesta.

—No aceptará excusas.

—Sean...

La puerta se abrió. Arthur y Alice los miraron sin osar entrar.

—¡Me alegro de veros! —exclamó Eleonor acercándose a ellos.

—El rey nos mandó venir —dijo Arthur.

—A nosotros también.

Sean miró a Arthur. El muchacho mostró frialdad. No lo culpaba. Se había comportado como un animal y ahora merecía su desprecio. Decidió que era hora de volver a reconciliarse.

—¿Cómo estás?

—Veo que has vuelto. ¿Ya te has cansado de correr aventuras? —repuso su primo.

—Por favor, cariño. No comencemos otra vez —le pidió Alice.

—Solo digo la verdad.

—Sean ha estado al borde de la muerte. Si marchó a la guerra no fue por diversión —le recriminó Eleonor.

—¿Cómo puedes defenderlo después de lo que te hizo? —se escandalizó Arthur.

—Fue un error.

—Y ahora debemos hacer como si nada hubiese pasado. ¡Muy bonito!

—Arthur. Te recuerdo que tú también me has dañado. Creíste a tu primo y me repudiaste.

—No importa, Eleonor. Tal vez en su lugar hubiese hecho lo mismo —dijo Sean con pesar.

—¡Claro que importa! Ya hemos sufrido demasiados odios. Es hora de vivir en paz.

Arthur dudó unos instantes. Sean no merecía perdón, pero él aún lo quería. Había sido su padre, su hermano, su mejor amigo.

—¿De veras has estado muy enfermo?

Sean sonrió feliz.

—Eso dicen. Pero, ya ves. ¡Estoy en plena forma! Y ahora que por fin volvemos a ser una familia, he de felicitarte por la administración de las fincas.

—He hecho lo que he podido, dado las circunstancias. Eleonor, te veo muy bien. Aún estás más hermosa si cabe.

—¿Verdad que sí? —dijo Sean con orgullo.

—Veo que todo se ha arreglado entre vosotros —dijo Alice.

—Casi —dijo Eleonor.

—¡Oh, no penséis mal! James, nuestro hijo, nada tiene que ver con nuestras pequeñas diferencias. Tengo entendido que aún no lo conocéis. Supongo que por falta de tiempo —dijo Sean.

Alice y Arthur carraspearon.

—Lamentamos nuestra actitud. De verdad —se disculpó Arthur.

—No importa. Era lógico que pensaseis que el niño no era de Sean —dijo Eleonor.

—Vamos. Os enseñaré a mi heredero —les pidió Sean llevándolos al cuarto del pequeño.

—¡Es precioso! —exclamó Alice tomándolo entre sus brazos.

—Es igual a ti, Sean. ¡Sorprendente! Dos gotas de agua. Cuando lo vean nadie podrá dudar —dijo Arthur mirando a Eleonor con turbación.

—Por favor, no vuelvas a disculparte. Pero, debo decir que jamás hubiese esperado eso de vosotros —dijo Eleonor apesadumbrada.

—Aquí el único que debe solicitar clemencia soy yo. Esta situación la produje por mí insensatez. De todos modos, esta noche quedará zanjado este molesto asunto —dijo Sean.

—Ya te he dicho que no asistiré a la fiesta —dijo Eleonor.

—Irás.

—No.

—Eleonor, no seas testaruda. Estás obligada.

Ella le lanzó una mirada iracunda.

—Tendrás que llevarme amordazada.

—No tientes a la suerte. ¡Irás por voluntad propia o a rastras! —gritó Sean.

—¿Así es como os habéis reconciliado? —bromeó Arthur.

—Aún no está decidido que continuemos juntos —dijo Eleonor mirando a Sean con enojo.

—Deja de decir estupideces. Ahora, será mejor que vayamos a vestirnos. Es tarde —decidió Sean.

—No iré —insistió su mujer.

—¡Maldita sea! —gruñó Sean.

—Querida, nada debes temer. Estamos aquí y te protegeremos —dijo Alice.

—Yo... No tengo nada que ponerme —dijo Eleonor.

Sean estalló en carcajadas.

—¿Qué te parece tan gracioso? Es la verdad. ¿Acaso no has visto como van vestidas todas esas damas? Pareceré una mendiga a su lado.

—Eleonor, no digas tonterías. Tus vestidos son adecuados —dijo Sean quitándole importancia.

—¡Tú que sabrás! —exclamó su mujer.

—Tiene razón Eleonor. En palacio las cosas son muy distintas. No te preocupes, querida. Tengo una buena amiga que te prestará gustosa uno. Vamos —le propuso Alice llevándosela con ella.

—Parece que el gran problema se solucionará —bromeó Arthur.

—Eso espero —dijo Sean con rostro sombrío.

—¿Acaso las cosas no van tan bien como aparentan? —quiso saber su primo.

—Eleonor aún desconfía de mí.

—¿Te extraña?

—En absoluto. La herí demasiado al desdeñarla por pensar que James no era mío.

—¿Por qué pensaste algo tan horrible?

—Jamás tuve un bastardo y llegué a la conclusión que no podía tener descendencia.

Cuando fui a buscar a Eleonor decidí que era hora de olvidarlo todo y ser feliz junto a ella. Pero cuando me dijo que estaba embarazada enloquecí.

—Y decidiste ir a la guerra para olvidarla.

—No lo logré. Amo a esa mujer, Arthur. La quiero con toda el alma y ahora ella me rechaza. ¿Qué puedo hacer? —dijo Sean con impotencia.

—Dale tiempo.

—¿Cuánto? No puedo vivir así. Está a mí lado, pero más alejada que nunca. Y no soporto su indiferencia.

—¿Indiferencia? No he notado nada de eso. Te defendió con ardor cuando te reprimí tu locura. Ella te ama. Puedes estar bien seguro.

—Pero es tan testaruda, que no cederá.

Arthur esbozó una sonrisa malévola.

—Dale celos.

Sean parpadeó confuso.

—Aquí hay damas realmente hermosas.

Sean sacudió la cabeza con énfasis.

—Cometería el último error. Eleonor no lo perdonaría jamás. Me abandonaría definitivamente.

—Es tu mujer. No puede hacer eso.

—Arthur, nunca obligaría a Eleonor a permanecer junto a mí contra su voluntad —dijo Sean.

Su primo lanzó un silbido.

—Ahora veo que verdaderamente estás enamorado de tu esposa. Chico, he de reconocer que nunca hubiese imaginado que el hombre de hielo lograra derretirse.

—Eleonor lo ha logrado y lucharé con fiereza para que ella me crea de una maldita vez —aseguró Sean.

Cuando Eleonor entró en el salón con el pequeño James en brazos, todos volvieron los rostros para mirar a la mujer que el Conde Evans había repudiado.

Ella se tensó, pero Sean la tomó de la cintura y la acarició levemente para infundirle entereza.

Con pasos firmes, se encaminaron hacia el monarca.

—Acercaos. Deseo ver a vuestro hijo —les pidió el rey.

Eleonor y Sean le mostraron al niño.

—Un verdadero Evans, sin duda —dijo el rey, mirando con recriminación a Sean al ver el gran parecido del pequeño con su padre —. Señora, permitid que os dé la enhorabuena, aunque un poco tarde, por el nacimiento de James. Espero que a partir de ahora las cosas regresen a la normalidad y vuestras familias vivan en paz. Ahora, haré entrega de la medalla de honor al Conde Sean Evans por su valentía al luchar contra el enemigo poniendo en peligro su vida.

Sean se inclinó y el monarca le colgó la medalla de oro. Los aplausos retumbaron en el salón, mientras los músicos iniciaban los primeros compases.

—Gracias, majestad —dijo Sean.

—No me las deis. Merecéis este honor. Aunque, si volvéis a cometer una estupidez, os aseguro que no os quedará ninguno. ¿Comprendido? —dijo el soberano amonestándolo con afabilidad.

Sean sonrió.

—Prometo que se acabaron las locuras, señor.

—Ahora, disfrutad a la fiesta.

Sean y Eleonor se alejaron del trono.

—¿Lo ves, cielo? Todo ha salido a la perfección. El rey está satisfecho, se ha reparado el error y tú estás hermosísima. Esa amiga de Alice debe de estar loca por prestarte un vestido tan elegante. Eres la dama más exquisita de la fiesta —dijo Sean visiblemente satisfecho.

Arthur y Alice se unieron a ellos.

—Estoy orgulloso de ti, primo —le dijo Arthur.

Mary se acercó a ellos.

—¿Me llevo al niño, señora?

—Sí —dijo Eleonor entregárselo, no sin antes besarlo con devoción en la frente.

Alice la miró con ojos tristes.

—¿Qué te ocurre, querida? —le preguntó.

—¡Desearía tanto tener también un hijo!

—Y lo tendremos. Si quieres, nos ponemos ahora mismo a ello. Te aseguro que no será

ningún esfuerzo, como ya sabes —dijo Arthur sonriendo con gesto pícaro.

—¡Arthur, por favor! —jadeó su esposa escandalizada.

—Será mejor que bailemos —rió el muchacho arrastrándola junto a los bailarines.

—Ese chico cada día se parece más a mí —dijo Sean con orgullo.

—¡Espero que no! —exclamó Eleonor.

—¿Tanto me desprecias? —inquirió Sean mirándola con desasosiego.

Ella sonrió divertida.

—Era una broma, tonto. Anda. Se amable y trae algo para beber. Estoy sedienta.

No pudo complacerla. Eleonor fue requerida continuamente por los asistentes a la fiesta. Estaban deseosos de conocer a la mujer que había sido sierva y que ahora se había convertido en una condesa. En la noble más hermosa.

Sean estaba furioso. Eleonor parecía pasarlo muy bien con las atenciones de los caballeros, mientras que a él apenas le había prestado atención. Y parecía realmente interesada en el joven de cabellos rojizos que la miraba embelesado. Harto de la situación, se acercó a ellos.

—Disculpad, señor. Esta dama es mi esposa y la requiero —dijo con gesto hosco agarrándola del brazo.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? Todos nos miran —se escandalizó Eleonor.

—A ti no han dejado de hacerlo en toda la velada. Vamos —dijo llevándola al jardín.

—Me he limitado a ser sociable y a bailar. Cosa que tú no has hecho —le recriminó ella.

—Nunca tuve tiempo para perder en esas cosas. El baile es absurdo.

—¿No sabes bailar? ¿Es eso? —rió Eleonor.

—Nunca encontré nada positivo en dar saltos de un lado hacia otro.

—Es diversión, Sean.

—No para mí. Hay cosas mucho más gratificantes —dijo mirándola con intensidad.

—Sean —le riñó ella.

—Lo lamento, no puedo evitarlo. Eres mi esposa y te comportas como si nunca hubiese ocurrido nada entre nosotros.

—Nuestra relación ha sido tormentosa. Llena de dolor.

—Quiero compensarte por ello, cariño. Todo será diferente si vuelves a aceptarme. Por favor, confía —le pidió.

—Necesito tiempo.

—¿Aún más? Todas estas semanas me he comportado correctamente.

Ella lanzó un suspiro.

—Durante los largos meses que permanecimos separados pude meditar. No deseo volver a equivocarme. Ya he sufrido demasiado.

—¿No te basta que aceptara el fin de las rencillas entre nuestra familia? Ha sido un gran esfuerzo para un hombre como yo.

—Lo sé, Sean. La venganza era tu razón de ser.

—Y ahora tú eres la única.

—¿O tu hijo? —inquirió ella clavándole sus ojos esmeraldas.

—Él también, por supuesto. Los dos me importáis. Sois míos.

Eleonor endureció el rostro.

—Naturalmente, somos de tu propiedad. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Pensé que habías cambiado. Me equivoqué de nuevo.

—No se trata de nada de eso. No comprendes...

—Comprendo muy bien. Como has dicho eres el amo y señor. Nadie te arrebató lo tuyo.

—Cariño...

—Estoy cansada. Discúlpame ante todos —dijo Eleonor alejándose de él.

Sean parpadeó perplejo. ¿Qué había hecho ahora? ¿Decirle que era importante para él? Las mujeres eran realmente complicadas. Eran unos seres difíciles de entender.

Decidió ir tras ella. No permitiría que su relación fracasara. Ahora no. Eran una familia.

—Arthur, nos retiramos.

—Buenas noches, primo.

Sean llegó ante la habitación y abrió la puerta. Eleonor estaba amamantando a James. Miró fascinado como su hijo se aferraba con glotonería a su seno.

—¡Sal! —gritó ella al ver a su esposo.

—¿Por qué? ¿Acaso un padre no tiene derecho a ver como su hijo es alimentado? Por lo que aprecio, el niño tiene buen apetito.

—Sí y comerá más a gusto si te marchas.

—No —se negó él.

Eleonor lo miró furiosa. Continuaba igual de testarudo.

Mary entró en la habitación y miró a Sean con gesto hosco. Ese hombre tenía una gran desfachatez. Había lastimado a su niña y ahora volvía a entrar en su vida como si nada hubiese pasado.

—¿Acaso no recuerdas que te ordené que llamaras? —le recriminó Sean con irritación.

—Mary, puedes llevarte al niño —dijo Eleonor.

—¿Os arreglo el cabello, señora?

—No es necesario. No regresamos a la fiesta —dijo Sean despidiéndola.

—Pero...

—¡Largo! —le gritó él.

La criada abandonó el cuarto a toda prisa.

—No deberías asustarla. Es una buena mujer —le regañó Eleonor.

—Una mujer impertinente. Tiene la mala costumbre de interrumpirnos —gruñó Sean comenzando a quitarse la ropa.

—¿Qué... qué estás haciendo? —musitó su mujer.

—Voy a acostarme. No pretenderás que lo haga vestido. ¿No?

—Te dije que no quería compartir el lecho contigo.

—Pues, solo hay uno. Tú dirás —repuso él quitándose la última prenda.

Eleonor no pudo evitar clavar los ojos en ese cuerpo tan conocido. ¡Señor, como lo añoraba!

—Mujer, que no eres ninguna jovencita virginal —se burló él al ver el rubor en sus mejillas.

—Esto no está bien. No debemos... no...

—¿Qué? —inquirió él divertido.

—Nada. Dormiré en el suelo —decidió Eleonor apartando los ojos de su espléndida desnudez.

—¡No digas tonterías! Te quedarás helada —protestó Sean.

—Me da igual.

—Vamos, querida. Te prometo no tocarte si tú no lo deseas.

Ella negó con la cabeza.

—Como quieras —dijo Sean acostándose.

Eleonor se sentó en la silla enfurecida. Aquel hombre era un bruto. Permitiría que

durmiese en el frío suelo. Un caballero no lo consentiría jamás. Pero él no. Él únicamente atendía sus necesidades.

Se acurrucó en el incómodo asiento y poco a poco se quedó dormida.

El frío la despertó. Miró hacia el fuego. Se había apagado y no quedaban más leños.

—¡Maldita sea! —masculló.

Miro a Sean. Dormía placidamente. Su rostro estaba tranquilo, relajado. Nunca lo había visto así. Era como si todas las pesadillas hubiesen desaparecido. Así era fácil creer que todo podría ser maravilloso a su lado. Pero tenía miedo. Sabía que ese rostro angelical podía transformarse en el mismo diablo. Le había prometido que todo había cambiado. Sin embargo, dudaba. Un hombre como él no podía transformarse con tanta facilidad.

El frío la hizo tiritar y decidió meterse en la cama. Se quitó el vestido y se deslizó con cuidado entre las mantas.

Sean se movió y ella contuvo el aliento. No quería despertarlo. No podría enfrentarse a él en esa situación. Cedería a sus requerimientos sin la menor duda.

Sean se dio la vuelta y sus brazos la rodearon. Pero no ocurrió nada más y ella respiró aliviada, dejándose vencer por el sueño.

Pocos minutos después, él abrió los ojos y sonrió al verla. Con delicadeza besó su mejilla y contuvo las ansias de estrecharla contra su cuerpo, de liberar el deseo que lo consumía desde hacía meses. No debía precipitarse. Eleonor acudiría a él por propia voluntad.

Al amanecer, Eleonor despertó sobresaltada. Miró hacia su costado. Sean estaba observándola embelesado.

—Buenos días, cielo —dijo él dedicándole una gran sonrisa.

Ella se tensó.

—¿Qué pasa? Toda la noche has dormido arropada por mis brazos —se burló él.

—Sean, déjame.

El se separó con desgana y se levantó.

—¡Cielos! ¿No sabes llamar? ¡Maldita sea! —rugió cubriéndose con la sábana al ver a

Mary.

—Yo... Lo lamento, señor. Traía al pequeño —balbució la criada.

Sean se lo arrancó de los brazos.

—Que sea la última vez que ocurre esto. ¡La última o te haré azotar! ¡Largo! —gritó.

Mary desapareció. Aquel hombre la aterrorizaba y no comprendía como la señora podía amarlo.

Sean le entregó el niño a su mujer y ella lo amamantó, ante la mirada maravillada de su esposo.

—¿No tienes nada que hacer? —se quejó ella.

—Nada.

—Últimamente estás muy vago.

—He trabajado durante muchos años. Merezco un descanso. Además, mi hijo debe de estar al lado de su padre. No es bueno que se críe solo entre mujeres —dijo Sean cogiendo una manzana de la mesa.

—Recuerda que no es tu hijo. Es James Clarke —dijo Eleonor.

—Esto tiene fácil solución. En cuanto termines, arreglaremos la situación. Lo reconoceré ante el mismo rey —dijo Sean dándole un mordisco a la manzana.

—Nada de eso. La madre soy yo y...

—¡Y yo el padre, demonios! —se exasperó él tirando la manzana.

Eleonor se enfrentó a él.
—Hasta ahora no lo quisiste. El niño me pertenece.
—Yo lo engendré. Es parte mía. Arréglate.
—¡No! —se negó Eleonor.
Sean la miró con ojos encendidos.
—No me obligues a ejercer mi derecho de esposo —le pidió él.
—Pégame. No me importa. No te lo daré jamás.
Sean la miró con infinita tristeza.
—No se trata de propiedades. Es nuestro hijo. Lo amas y no puedes permitir que crezca en medio del odio. ¿Qué pensara de su padre si no deseas que lleve su apellido?
—Eso lo único que te importa. Puro egoísmo.
Sean se arrodilló junto a la cama.
—Quiero a ese niño. Deseo que él tenga todo de lo que yo carecí: amor, felicidad. Tener unos padres que lo adoren, que cuiden de él. Por favor, cariño. Solamente quiero su bien.
Eleonor entendía todo eso. Ella también quería lo mejor para James. Y, evidentemente no se lo daría si iniciaba su existencia junto a unos padres que se aborrecían.
—Está bien, pero ello no significa que ceda en todo.
—Gracias, Eleonor.
Ella lo miró sorprendida. Era la primera vez que escuchaba palabras de agradecimiento en ese hombre. ¿En verdad había cambiado? ¡Dios! Lo anhelaba con todo su corazón. Pero no debía confiar. Aún no. No hasta que le confesara que la amaba.

Eleonor rió divertida ante la imagen de orgullo que ofrecía Sean ante sus hombres mostrándoles a James.

Hacía casi un mes que su marido convivía junto a ella sin haber mostrado su parte desagradable. Se comportaba con gentileza y su paciencia era inagotable ante sus continuos rechazos de aceptarlo en su lecho. Pero intuía que pronto se cansaría. ¿Y si se buscaba a otra? No podría recriminárselo. Ella sería la única culpable. Un hombre tenía necesidades y ella conocía muy bien el ardor que su esposo poseía.

Decidió que había llegado el momento de la reconciliación. No importaba que él aún no le hubiese confesado que la amaba. Ahora solo deseaba que su matrimonio fuese relajado, sin odios.

Su hijo lo merecía.

Aquella noche, Eleonor lo esperó ansiosa. No dejaría que se marchase después de desearle las buenas noches.

Pero la hora iba pasando y él no llegó. ¿Qué estaría haciendo?

Salió de la habitación y al pasar junto a la biblioteca, se detuvo al escuchar risas. Atisbó con cuidado. Margaret, la doncella, estaba con un hombre. Con el corazón latiéndole por la sospecha, abrió la puerta.

Sean estaba intentando desvestir a la doncella y ella simulaba resistencia.

—¡Dios! —gimió estallando en un amargo llanto.

Sean volvió el rostro. Apartó a Margaret con brusquedad y salió tras su esposa.

—¡Suéltame! —gritó Eleonor.

—Cielo...

—¡Eres un bastardo! Creí que habías cambiado, pero es evidente que no es así —le recriminó.

Sean la arrastró con él hacia la habitación.

—A nadie le importa nuestras desavenencias conyugales.

—¡Por favor! Si todos te habrán visto.

Sean le tiró sobre la cama.

—No te atrevas a moverte —la amenazó.

—Traidor —siseó ella.

—Si lo fuese, sería solo por tu insensatez. Tengo una esposa a la que adoro y ella se niega a darme lo que por derecho me pertenece.

—Nunca te detuviste ante nada. ¿Lo has olvidado?

—Prefiero no recordarlo. Es una parte de mí vida que deseo borrar para siempre —dijo él con amargura.

—Yo no la olvidaré nunca. ¡Te aborrezco! —exclamó Eleonor con el rostro encendido por la indignación.

—Eso parece —dijo él con tristeza.

—Tú mismo lo impides. Cuando comenzaba a confiar en ti, te encuentro en brazos de otra mujer. Una antigua amante.

—Y eso me condena.

—Era evidente lo que estabais haciendo.

—¿De veras? Eleonor, he tratado de comportarme como el hombre que deseas. He sido amable, paciente. Me he humillado constantemente por ti, para demostrarte que era distinto. Y tú me lo pagas desconfiando de mí. Si estaba con Margaret era por tu causa. He comprado un vestido y quería comprobar como quedaría. Ella tiene tu misma talla. Era una sorpresa, para tu cumpleaños. Pero mi querida esposa pensó que el depravado de su marido había vuelto a sus vicios. Desde que te conocí, jamás he vuelto a estar con otra mujer. Lo creas o no. Esa es la única verdad. Y lamento el día que apareciste en mí vida. Solo me has proporcionado sufrimientos —dijo con verdadera aflicción.

—Sean...

—No, Eleonor. Es inútil intentar acercarme a ti. Me odias y no te lo reprocho. He sido un salvaje sin entrañas.

Ella quedó paralizada al verlo salir. Nunca había visto tanta tristeza en un ser humano, ni tanta derrota. Sean se daba por vencido. Si no hacía algo, lo perdería para siempre.

Se levantó y echó a correr.

—¿Has visto al amo? —le preguntó a Charles.

—Creo que iba hacia las caballerizas, señora. ¿Ocurre algo?

Eleonor salió de la casa. La lluvia torrencial cayó sobre ella, pero no le importó. Debía detener a Sean. Entró en las cuadras.

—¡Sean! —exclamó al ver que él preparaba el caballo.

Él la miró. Estaba empapada.

—¿Te has vuelto loca? ¡Por Dios! ¡Vas a coger una pulmonía!

—No te marches, por favor —le suplicó ella.

—Es absurdo intentar que lo nuestro funciones, Eleonor.

—Te equivocas. Te amo, Sean. Siempre te he querido. No me abandones otra vez. Siento lo que ha pasado. De veras. Perdóname —sollozó.

Sean la estrechó entre sus brazos y la apretó con fuerza.

—Cariño, yo también te necesito. Y no es cierto que maldiga el día en que te conocí. Eres lo mejor que me ha pasado. La única alegría que he tenido. La única razón para vivir. Ya no me interesan las rencillas, ni la venganza. Solo me importas tú y nuestro hijo.

—Sean...

Él atrapó su boca. La devoró con avidez, con una desesperación angustiada; siendo correspondido con la misma ansiedad.

Sus cuerpos cayeron sobre el heno. Sus manos se buscaron con frenesí, hambrientas, separando las ropas que los separaban de un modo salvaje.

Los labios de Sean recorrieron su piel con devoción, alimentándose de ese cuerpo tan añorado.

Eleonor gimió con angustia. Necesitaba sentirlo, comprobar que era suyo, solo de ella. Sean la complació y se unieron para alcanzar la gloria.

—¿Piensas realmente que podría desear a otra? —le preguntó ronco—. Jamás traicionaría el amor que siento por ti. Te amo demasiado.

Eleonor lo miró con ojos húmedos.

—¿Qué ocurre? —se inquietó él.

—Pensé que nunca lo dirías —contestó ella sonriendo.

—¿El qué? —inquirió él sin comprender.

—Que me amas.

—Es la verdad. Te adoro. ¿Aún no lo crees?

—Nunca me lo confesaste.

Él le alzó el mentón.

—Se trataba de eso. ¿Verdad? Pues a partir de ahora te cansarás de oírlo. Te amo, te amo, te amo...

Eleonor apoyó la mano en sus labios.

—Basta, señor. Os creo —rió ella.

Sean la miró con seriedad.

—¿De veras me amas, Eleonor?

—Soy sierva de vuestro amor, amo.

—No, cielo. Yo soy tu siervo. Un hombre rendido ante la mujer que ama. El hombre más feliz de la tierra —confesó él.

Eleonor lo abrazó con fuerza. Ya no había dudas. Los odios y miedos habían desaparecido para siempre.

